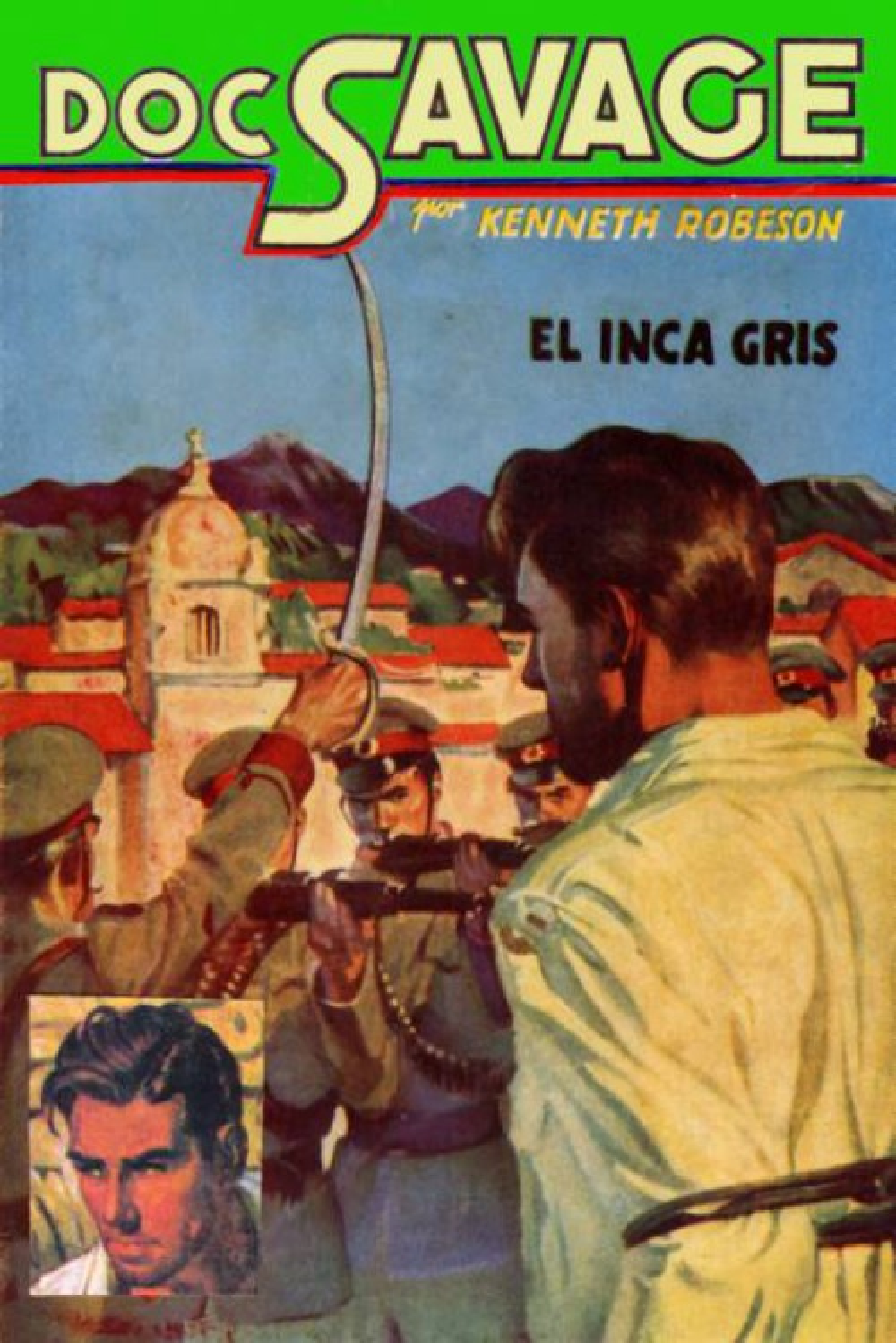

DOC SAVAGE
por KENNETH ROBESON
EL INCA GRIS

El inca gris

Kenneth Robeson
Doc Savage/30

CAPÍTULO I

SE INICIA EL JALEO

EL aparato evolucionó para aterrizar, de una manera capaz de ponerle los pelos de punta a cualquiera, dando la impresión de que al piloto le tenía sin cuidado por completo su vida.

Se dejó caer del cielo sudamericano a una velocidad fantástica. El gemido producido por el roce del aire se oyó a muchas millas de distancia.

Por fin recobró el equilibrio, y resbaló de lado de tal forma, que parecía imposible que pudiera resistirlo el avión. Luego aterrizó.

El aterrizaje reveló muchas cosas. EL piloto no era ni temerario ni loco. Era un verdadero brujo.

El hombre que saltó del aeroplano parecía a punto de morir. Y no era que estuviese herido ni fuese víctima de dolencia alguna. Era, simplemente, un saco de huesos, un saco pálido y no muy grande, por añadidura.

Su color era tan apetitoso como el de los plátanos verdes.

Miró a su alrededor. Luego, bruscamente, metió la mano en el pecho de su grasiento mono de aviador.

El campo de aviación parecía temblequear, visto a través de las oleadas de vaho. Los aviones de caza —aparatos militares muy modernos por cierto, situados junto a los hangares militares, parecían insectos asados que acabaran de arrastrarse fuera de los hangares que eran hornos.

Un pelotón de soldados morenos avanzaba desde los cobertizos. Andaban con precisión matemática, a pesar de ir aprisa. Eran sus rostros sombríos y llevaban amartillados los relucientes fusiles.

El oficial al mando del pelotón daba la sensación de ser muy eficiente.

Se acercó al aviador que parecía un invalido y le apuntó con una pistola.

Habló rápidamente, en español.

—Este es un aeródromo militar, caballero. No se permite aterrizar aquí. Queda usted detenido.

—Aguarde un momento, amigo —dijo el aviador.

Sacó la mano del mono con un puñado de documentos. Los entregó.

El oficial los cogió, los leyó, y enarcó las cejas. Habló en inglés entonces; pero bastante mal.

—Nuestro cónsul no es quién para autorizarle a usted a aterrizar aquí. Esto es...

—Sí; ya lo sé: es anormal. Pero... ¿Por qué no llama usted a su jefe, o me pone en contacto con alguien del Ministerio de Guerra? Hice algunas llamadas telefónicas antes de emprender el vuelo.

El oficial reflexionó.

—Veré —dijo—. Aguarde.

Tomó los papeles del aviador y se alejó rápidamente, pasando delante de los hangares por el camino que conducía a la dirección del aeropuerto.

Daba largos pasos, mirando, de vez en cuando, los documentos que, evidentemente, tenían un gran interés para él. Sacudió la cabeza y monologó:

—Si este aviador es quien dice ser —murmuró,— significa que van a ocurrir cosas grandes y asombrosas.

Dobló una esquina sin aflojar el paso. El camino, que era un poco más que una callejuela, pasaba por entre tupidas paredes de arbustos.

—Si este hombre es quien él asegura —repitió, agitando los papeles,— el misterio del Inca Gris puede ser que se resuelva después de todo.

De entre los arbustos salió un hombre al camino, detrás del oficial. Lo hizo rápidamente y sin hacer casi ruido.

Estaba encorvado, con las manos pegadas al vientre, como si experimentara un dolor permanente en él. Un mendigo, a juzgar por su aspecto. Tenía el cabello largo; el poncho rozado; las sandalias de fibra desgastadas.

A menos que se fijara uno mucho en él, hubiese sido difícil darse

cuenta de que estaba excelentemente disfrazado.

—Señor militar —dijo—, tengo algo importante que decirle.

El oficial se detuvo y se volvió, sorprendido, dejando que el harapiento se acercase a él. No desconfiaba.

En la república sudamericana de Santa Amoza, los paisanos trataban a los oficiales del ejército con respeto. El no desconfiar, fue el error del oficial.

El mendigo tenía un cuchillo escondido en la mano. Pero el oficial no se dio cuenta de ello hasta que bajó la vista y vió la empuñadura clavada por encima de su corazón. Cosa singular, el militar no abrió la boca.

Pero, a los pocos instantes, unos hilos rojos se escaparon, de las comisuras de sus labios. Luego, de una forma lenta y horrible, cayó de rodillas y luego de bruces, apoyándose en la empuñadura.

El peso de su cuerpo hizo que la punta del puñal le saliera por la espalda.

Se agitaron convulsivamente sus miembros y murió.

El asesino era hombre ahorrador. Recuperó el cuchillo. Luego se apoderó de los documentos. Tras lo cual escapó por entre los arbustos haciendo el menor ruido posible.

Más allá del campo de aviación se hallaba la selva. Esta se encontraba por todas las partes en que llovía de la costa donde se alzaba Alcalá, capital de Santa Amoza.

Una vez en la selva, el asesino corrió como si su propia sombra fuera un demonio que le persiguiera.

AL cabo de un rato llegó a una casa, mejor dicho, a una cabaña de miserable aspecto, deshabitada al parecer, pero en la que se hallaba instalado un teléfono moderno.

El teléfono era verdaderamente singular: no el aparato en sí, sino la caja del mismo por la que pasaba el circuito.

Era del tipo llamado "batidor" o sea de la clase instalada en líneas gubernamentales donde se procura precaverse contra la posibilidad de que un espía haga una derivación de la línea.

Sólo un "desbatidor" instalado al otro extremo del cable podría hacer inteligibles los sonidos que pasaran por la línea.

—Es preciso mandarle aviso al Inca Gris —dijo el asesino—. Ha ocurrido lo que nos temíamos.

—¿Qué quieres decir? —exigió una voz áspera.

Hablaban en español.

—El comandante Tomás J. Roberts acaba de aterrizar en el aeródromo militar. Creí reconocerle. Empleé mi cuchillo contra un oficial y me apoderé de unos pasaportes diplomáticos que demuestran que el aviador es el comandante Tomás J. Roberts, en efecto.

—Y... ¿quién es ése comandante Roberts?

—¿Quién fue tu padre, amigo mío? —preguntó el asesino.

—Un hombre de sangre inca, cosa de la que estoy orgulloso —respondió el otro—. ¿Qué? ¿Qué tiene que ver eso con...?

—Yo creí que habría sido un buey, porque sólo un buey puede ser padre de un hijo tan estúpido. El tal Roberts es conocido vulgarmente bajo el nombre de Long Tom.

—Bueno y ¿qué, perro mal educado? —preguntó el otro—. ¿Es este Long Tom el diablo en persona?

—¡Es algo peor! Es el ayudante, mejor dicho, uno de los cinco ayudantes del único hombre a quien teme nuestro señor, el Inca Gris.

—Continúa, hombre de muchas palabras y poca información.

—¡Doc Savage! Long Tom es ayudante de Doc Savage.

Hubo un silencio. Fue un silencio largo, como si el que escuchara al otro extremo de la línea hubiese sufrido un rudo golpe del que procuraba rehacerse. Luego empezó a renegar y sus reniegos eran como explosiones de cohetes. Empezó en voz alta y atemorizada y no paró hasta quedarse sin aliento.

—Aguarda —dijo.

El asesino aguardó cinco minutos antes de que volviera a tomar el teléfono el otro.

—El Inca Gris dirigirá este asunto personalmente —dijo—. Será eliminado ese Long Tom.

—Adiós, hijo de buey —murmuró el asesino riendo.

Y colgó el aparato.

Allá en el solitario aeródromo, reinaba gran excitación, porque había sido hallado el cadáver del oficial.

La excitación era ordenada, sombría, dado que los soldados de Santa Amoza estaban bien disciplinados y de largo tiempo, porque la guerra duraba cuatro años ya.

Long Tom Roberts se hallaba en el despacho del comandante del

campo de aviación, completamente desnudo, porque le habían quitado toda la ropa para registrarle.

Parecía más que nunca, un cadáver ambulante. Pero el español que hablaba no tenía nada de moribundo. Era buen español. Lo empleó en grandes cantidades y en voz muy alta.

—¡Llamen a don Junio Serrats, ministro de Guerra de Santa Amoza! —bramó—. Él me garantizará, pues sabe que he de llegar aquí.

Por fin llamaron, en efecto, a don Junio y lo que éste dijo debió ser mucho y fuerte, porque la oficialidad del aeródromo empezó a deshacerse, bruscamente, en excusas.

—Lamento extraordinariamente el tratamiento a que se le ha sometido; pero debe comprender que nuestro país está en guerra —dijo el propio comandante del aeropuerto—. Y el misterioso asesinato del oficial…

Sin aguardar a más excusas, Long Tom se marchó. Tomó un coche tirado por un caballo y conducido por una vieja que parecía la encarnación del concepto que los norteamericanos tienen de una bruja.

Toda la gasolina había sido requisada para usos militares en Santa Amoza y todos los hombres útiles estaban en el ejército. Long Tom llegó, por fin, a la población.

Alcalá al estilo de las ciudades sudamericanas, era una población de mucho colorido y, a la sazón, las numerosas banderas que colgaban por las calles la animaban aún más.

Los rayos del sol hacían más blancas las casas encaladas y llenaban las calles de oleadas de calor. Los turistas se hubieran entusiasmado viendo aquella ciudad.

Pero no había turistas: ¡había guerra!

Se notaba en algo más que en el número de hombres uniformados. Los semblantes eran sombríos, helados.

Long Tom abandonó el vehículo porque los escuadrones de soldados que pasaban con frecuencia le obligaban a detenerse y podía ir más aprisa a pie.

El andar, decidió Long Tom al poco rato, era un error. Había mendigos —la guerra crea mendigos— harapientos, sucios y suplicantes, le siguieron.

Les echó unas monedas, comprendiendo que hacía mal, porque

acudían muchos más, como moscas atraídas por la miel.

Echó más monedas; pero se hicieron más atrevidos, más insistentes.

Corrieron a su lado, tirándole de la ropa.

La presencia de los mendigos no era extraña, porque las ciudades tropicales acostumbran estar llenas de ellos.

Pero, de pronto, sí que resultó extraño. Era siniestro. Tenía un objeto determinado.

Un mendigo, tan harapiento, sucio y suplicante como los demás, se acercó, con los brazos caídos, arrastrando los pies por el polvo de la calle sin adoquinar. De pronto, rodeó el cuerpo de Long Tom con sus brazos.

—¡Espía! —aulló el mendigo—. ¡Es un espía!

La muchedumbre soltó un rugido. La rapidez con que ocurrió, era prueba de que todo aquello estaba preparado de antemano.

Manos sucias cayeron sobre Long. Parecía haber docenas y docenas de atacantes.

Entonces Long Tom —aquel que parecía inválido— asió al primer mendigo que le había agarrado. Usándole a modo de maza, derribó a media docena más.

Era una proeza que el hombre más forzudo hubiera estado orgulloso de poder contar.

En los segundos que siguieron, Long Tom exhibió algunas de las cualidades que le hacían digno de ser ayudante del hombre cuyo nombre era famoso hasta en los más apartados rincones del mundo: Doc Savage.

Long Tom empleó los puños al principio y los golpes que propinó hacían poco menos ruido que disparos de pistola.

Se abrió un espacio alrededor de él, en el cual yacían los cuerpos de los que habían quedado sin conocimiento. La muchedumbre, sin dejar de rugir, formó un corro en torno del hombre cuyo aspecto engañaba tanto.

Luego empezaron a estrecharlo y salieron a relucir numerosos cuchillos.

Arrancaron el escalón de delante de la puerta de una casa, y usaron como proyectiles los pedazos. Long Tom recibió uno de ellos de lleno en el pecho y cayó al suelo. Mientras yacía allí jadeando, se metió las manos en los bolsillos. Sacó unas ampollas de vidrio. Las

rompió en el suelo, quedaron unas manchas que se evaporaron casi instantáneamente. Era un gas inodoro que privaba del conocimiento a cuantos lo aspiraban, producto del genio de Doc Savage. Long Tom contuvo el aliento para no respirarlo.

Luego se puso en pie y echó a correr.

Se metió por una puerta, sin saber a dónde conducía. Tuvo suerte. Daba a un patio. Trepó por una palmera hasta un tejado, cruzó éste y salió a otra calle.

Después, sería dudoso que ninguno de los mendigos hubiera podido seguirle. Los oía gritar:

—¡Espía! ¡Matadle!

—El que ideara ese plan para asesinarme —gruñó Long Tom, mientras corría,— fue bastante listo.

CAPÍTULO II

LOS MUERTOS GRISES

ALCALÁ, capital de Santa Amoza, tenía todas las señales externas de una ciudad atrasada y pobre. No era ninguna de las dos cosas.

Santa Amoza era un país rico en recursos naturales —nitratos y petróleos entre otros— y, antes de la guerra, un chorro continuo de exportaciones había salido de Alcalá, que era puerto, y un chorro de oro había entrado sin cesar.

Alcalá había sido un campo muy rico para los vendedores norteamericanos.

El hospital del gobierno era un ejemplar de lo moderna que era Alcalá. El edificio era enorme, blanco y de hermosa piedra.

El interior era blanco también, y reunía inmejorables condiciones sanitarias, extremadamente modernas.

Long Tom Roberts siguió a un enfermero de severo rostro por un pasillo y entró en un cuarto grande, donde yacía un hombre en una cama blanca.

El hombre parecía una momia, pues estaba envuelto en vendas casi por completo. No tenía al descubierto más que las manos y la cara.

Su rostro era interesante. En alguna ocasión, la nariz le había entrado en contacto con un objeto más duro que la carne y que el hueso. Lo aplastado de su apéndice nasal le daba el aspecto de un perro dogo.

Dentro de su envoltorio de vendas, el cuerpo del hombre sería, con toda seguridad, anguloso y fuerte.

No vió a Long Tom al principio.

Este sonrió y dijo:

—Estás empaquetado como para que te embarquen.

El hombre vendado dio la vuelta. Los ojos azules casi se le desorbitaron.

Intentó saltar de la cama y cayó al suelo.

—¡Long Tom! —bramó—. ¡Esqueleto viviente! ¡Saco de huesos!

—¡Ace Jackson! —rió el otro.

Le ayudó a volver a la cama y ambos sonrieron, se dieron golpes y dijeron muchas tonterías.

—Ace Jackson —dijo Long Tom—. El mismo Kiwi de siempre. No te había visto desde los tiempos en que volabas con un "Spad" en la Guerra Europea.

—Igual digo —rió Ace Jackson—. No sabes cuánto te agradezco que hayas venido a verme, so cartucho de dinamita.

—Estaba en la Argentina preparando un proyecto hidroeléctrico —explicó Long Tom—. Vine corriendo aquí en cuanto me enteré de que habías intentado volar sin alas. ¿Qué significa eso? ¿Es que llevas tanto tiempo volando que crees haber echado alas?

Una expresión sombría apareció en el rostro de Ace Jackson y no contestó.

Long Tom retrocedió unos pasos y contempló al aviador vendado, con curiosidad.

—Muy buen luchador aéreo debe haber sido el que te derribó —dijo, con sequedad—. ¿Se te echaron muchos encima? No creo que haya hombre alguno que pueda solo contigo en el aire.

—El Inca Gris tal vez no sea un hombre… o así pienso yo a veces —contestó Ace Jackson muy despacio.

Por primera vez, Long Tom se dio cuenta de que había una muchacha en el cuarto. Era alta y morena, y su cutis era tan límpido como el de una castellana de pura raza. Se adelantó al comprender que Long Tom la había visto.

A éste le pareció que estaba contemplando a la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Ace Jackson hizo las presentaciones.

—Esta es la señorita Anita Carcetas, hija del presidente de esta república —dijo—. Anita, te presento al comandante Tomás J. Roberts, más conocido bajo el nombre de Long Tom, verdadero mago de la electricidad. Y es hombre que prefiere pelear a comer, y eso que el comer le gusta con delirio. Donde haya jaleo, encontrarás siempre a Long Tom. Es amigo mío.

—No me he sentido jamás tan deslumbrado desde que vi por primera vez una salida de sol —dijo Long Tom con galantería.

Se dio cuenta enseguida de una cosa: Los dos jóvenes estaban enamorados.

La muchacha estaba colocando bien las almohadas, ajustando la ropa y las vendas, y haciendo cuanto le era posible para que Ace Jackson estuviera cómodo.

Lo estaba haciendo tan amorosamente, que Long Tom la dejó continuar un rato. Luego habló.

—Dijiste algo hace un momento —le recordó a Ace Jackson.

El aviador herido le miró.

—¿Eh? —dijo.

—El Inca Gris —explicó Long Tom.

En el rostro de Ace Jackson apareció la misma expresión que si se acabara de encontrar cara a cara con un enemigo odiado.

—Supongo que es un hombre —dijo—. A veces, sin embargo, no parece tan seguro.

—Dime otra adivinanza —propuso Long Tom—. Me gustan con delirio.

Un pensamiento le asaltó. Ace Jackson se incorporó en el lecho, sin hacer caso de la exclamación de la muchacha.

—Dime la verdad sobre lo que voy a preguntarte —dijo.

—Claro que lo haré.

—¿Te mandó Doc Savage a Santa Amoza?

—No vine aquí más que para ver a un antiguo compañero herido. Y ahora, ¿qué es eso del Inca Gris? ¿Es un secreto?

Ace Jackson se sentó, rígidamente, en la cama.

—No creerás lo que voy a contarte —dijo,— pero te lo contaré de todas formas.

—Habla. Tengo bastantes buenas tragaderas.

—¡El Inca Gris es el responsable de esta guerra!

Ace se dejó caer hacia atrás, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Long Tom miró al aviador.

—Supongo que "Inca Gris" será el mote de algún general de Delezon, que es el país, según tengo entendido, contra el que está peleando Santa Amoza —dijo.

—No me has entendido bien. El Inca Gris es algo… algo terrible.

Nadie sabe si es de Delezon o no.

Ace Jackson volvió a incorporarse en el lecho.

—Te daré un ejemplo —dijo—. Hubo un momento en que el ejército de Santa Amoza tenía vencido, al parecer, a Delezon. Habíamos abierto una brecha en su frente en un ataque a fondo, y avanzábamos a marchas forzadas por el desierto en dirección a la capital. De pronto, una noche, todos los oficiales que pintaban algo en la fuerza expedicionaria, murieron misteriosamente. Fue obra del Inca Gris.

—A mí me suena como obra de un espía —observó Long Tom.

Ace Jackson movió negativamente la cabeza.

—El Inca Gris ha hecho cosas horribles: asesinatos, verdaderas carnicerías, cosas calculadas para poner frenética a la nación de Santa Amoza. Nuestro enemigo Delezon no haría una cosa así. El general Fernández Vigo, jefe de las fuerzas enemigas, es un hombre noble, aun cuando sea una fiera luchando.

Long Tom gruñó:

—Aun digo que el espionaje…

—Te daré otro ejemplo. Habría…

La encantadora señorita Carcetas le interrumpió:

—Permítame que le ponga como ejemplo el caso del señor Ace Jackson.

El aviador se miró las vendas, ceñudo.

—Tengo cara de ser un magnífico ejemplo.

La muchacha continuó, como si no la hubieran interrumpido.

—Ace Jackson es el jefe de la aviación da Santa Amoza —explicó—. Se enteró de que en un pueblo de la montaña se había declarado una epidemia entre los indígenas. Hacía falta suero para salvarles. Ace Jackson se ofreció voluntariamente para llevar el suero en avión hasta el poblado.

—Vas a conseguir que me ruborice —afirmó Ace Jackson.

—EL Inca Gris trató de matar a Ace Jackson —acabó diciendo la joven—. Nuestro enemigo, el general Vigo, no hubiera hecho una cosa así. La epidemia se halla en su país tanto como en el nuestro.

Long Tom movió negativamente la cabeza.

—Eso no suena a razonable.

—Ya lo sé —gruñó Ace Jackson.

—¿Quién es, exactamente, el Inca Gris?

—Misterio. Nadie lo sabe. No es más que un nombre que se oye pronunciar en voz muy baja.

La señorita Carcetas miró a Long Tom, pero habló a Ace Jackson.

—Ace, podrás decirle a Long Tom lo que estábamos hablando esta mañana.

Long Torn interpuso:

—¿Cómo te derribaron, Ace?

—Tú sabes que nunca despego sin haber repasado el aparato. Lo repasé como siempre diez minutos antes de despegar. A pesar de eso se desprendió un ala en pleno vuelo. Alguien había andado con mi paracaídas. Se rajó; pero no tanto como habían esperado, al parecer. Me estropeé un poco el físico.

Long Tom movió afirmativamente la cabeza.

—Bueno, ¿y de qué estuvisteis hablando?

Ace Jackson abrió la boca para hablar y volvió a cerrarla. Un enfermero, el mismo que había conducido a Long Tom hasta allí, entró con un vaso de leche y comida en una bandeja.

El enfermero parecía muy cansado, como si hubiese trabajado muchas horas. Tal vez eso explicara el pequeño accidente que sufrió, un accidente sin importancia en sí, pero que estaba destinado a tener terribles consecuencias.

Dio un traspiés. Leche y comida se derramaron sobre la chaqueta de Tom.

—Mil perdones, caballero —exclamó, contrito, cogiendo una toalla y limpiándole. No consiguió gran cosa.

—No se preocupe —dijo Long Tom.

—No, no, señor. Se lo limpiaré —exclamó el enfermero—. En unos minutos estará listo.

Long Tom sonrió y se quitó la chaqueta.

—Tome —dijo—. Si queda usted más tranquilo limpiándola, hágalo.

El enfermero cogió la chaqueta sin dejar de excusarse —quizá la presencia de la hija del presidente había contribuido a enervarle— y retrocediendo hacia la puerta echó un brazo hacia atrás para abrirla.

Permaneció allí, haciendo reverencias, medio dentro y medio fuera del cuarto.

Nadie se dio cuenta de que el brazo sobre el que se había echado la chaqueta de Tom estaba fuera, en el pasillo, mientras el resto de su cuerpo se hallaba en el cuarto.

—Lo lamento mucho, señor —volvió a decirle a Long Tom.

—No se preocupe —repitió Long Tom—. A cualquiera puede ocurrirle un accidente.

EL enfermero retrocedió hacia el corredor y cerró la puerta.

La señorita Carcetas dijo:

—¡Pobre hombre! Con toda seguridad, trabajará con exceso y estará fatigado.

Long Tom le preguntó a Ace Jackson:

—¿Qué era lo que estabas a punto de...?

Se oyó un sonido en el corredor, cerca de la puerta, un ruido desagradable, como el producido por un cuerpo al caer. Y se oyó un grito, corto pero horrible, en voz de hombre.

Long Tom corrió a la puerta y la abrió de un tirón. La señorita Carcetas exhaló una exclamación de horror. Ace Jackson se levantó de la cama, no pudo mantenerse en pie y cayó al suelo.

Long Tom miró de un extremo a otro del pasillo. No había nadie a la vista.

Luego se inclinó sobre el cuerpo del hombre que yacía en el pasillo.

Este se hallaba tumbado boca arriba, con los ojos abiertos y una expresión de profunda angustia. Era el enfermero. Aun llevaba la chaqueta de Tom al brazo.

Pero era el rostro del enfermero lo que atraía la atención del ayudante de Doc. Estaba gris, casi blanco. Examinó con mayor atención la cara para descubrir qué era lo que le daba aquel color.

Parecía estar cubierta de un polvillo gris.

Abanicó con al mano las facciones del hombre y se alzó como una nubecilla de polvo.

—¡Aléjate de ese polvo! —aulló Ace Jackson.

CAPÍTULO III

EL MENSAJE SUBSTITUIDO

SIN volverse, preguntó Long Tom:

—¿Por qué no puede tocarse?

—¡El Inca Gris mató a ese hombre! —gritó Ace Jackson.

Long Tom se volvió, rápidamente.

—¿Cómo?

—El polvo gris... Siempre se encuentra sobre sus víctimas.

La señorita Carcetas dijo:

—Esa muerte le iba destinada a usted señor Long Tom.

—Ya lo sé. Sólo se le veía la chaqueta que llevaba al brazo cuando estaba en la puerta. El asesino creyó que era yo.

El intercambio de palabras había durado un instante tan sólo. Long Tom dirigió una mirada a uno y otro extremo del pasillo. Decidió que el asesino habría huido por la derecha, hacia la salida. Corrió en dicha dirección.

Llegó a la puerta y se encontró a un soldado de guardia, con el fusil preparado. EL hombre debía de haber oído el grito de angustia del enfermero.

—¿Ha pasado alguien por aquí? —preguntó Long Tom en español.

El centinela dijo que no. Long Tom retrocedió por donde había venido, abriendo puertas a derecha e izquierda.

Se oyeron gritos y rumor de pasos presurosos por otras puertas del hospital.

Sin duda acudiría gente para saber qué había ocurrido.

Fue en una espaciosa sala de operaciones donde Long Tom encontró algo de interés.

Ese algo era un hombre: un hombre pequeñito, vestido

elegantemente de azul. Era bien parecido y tenía un bigotito moreno.

Se veía una mancha de polvo gris en la manga derecha de su chaqueta.

Long Tom corrió al lado del hombrecillo.

Este hacía esfuerzos por levantarse del suelo donde yacía, haciendo muecas de ira.

—Un demonio con capa y antifaz —exclamó—. Me derribó de un golpe y huyó.

Señaló una ventana abierta.

Long Tom corrió a la ventana. No se veía a nadie. El suelo estaba lo bastante cocido por el sol para que no quedaran en él huellas y había arbustos y maleza en suficiente cantidad para que hubiera podido ocultarse un pequeño ejército.

Long Tom dio la alarma y apareció un soldado que se puso a registrar los alrededores del hospital.

Volviendo al lado del hombrecillo del bigote, Long Tom le examinó atentamente. De pronto, le asió del brazo.

—¡Suélteme! —exclamó el otro—. ¿Qué significa esto?

—Fue usted atacado —le dijo Long Tom bruscamente,— ¡pero eso es lo que usted cuenta! No tiene la menor señal.

El hombre intentó hablar. Pero Long Tom le sacudió y le empujó, furioso e incoherente, hacia el cuarto de Ace Jackson.

Este abrió desmesuradamente los ojos al verle entrar, y dijo:

—Veo que maltratas a la gente sin preocuparte gran cosa de quién se trate.

—¿Qué quieres decir? —gruñó Long Tom.

Ace señaló al prisionero.

—¿No sabes quién es?

—No te comprendo.

—Es el señor don Junio Serrats —le anunció Jackson.

—¡Repámpano!

—Ni más ni menos. El señor Serrats es el Ministro de Guerra de este país.

Long Tom soltó, apresuradamente, a su cautivo. No era cosa de arrastrar a un ministro de un lado para otro como si se tratara de un criminal vulgar.

Porque en aquellos países, los ministros de guerra tenían con

frecuencia más poder que el propio presidente de la república.

—Lamento extraordinariamente mi enorme error, señor Serrats —murmuró.

Era un rasgo de diplomacia. Piense uno lo que piense, mal puede acusarle a un ministro de guerra de un crimen del que podrá resultar muy difícil demostrarle culpable.

Long Tom quedó bastante sorprendido cuando el señor Serrats pareció no darse por ofendido.

—No es una indignidad ser maltratado un poco por un hombre que pertenece a uno de los grupos más famosos del mundo —murmuró—. He oído hablar mucho de Doc Savage y de sus cinco ayudantes.

Long Tom intentaba componer una respuesta no menos cortés, cuando se armó un guirigay en el exterior. Se acercaron a la ventana y vieron que el pelotón de soldados que había estado registrando los alrededores había hecho dos prisioneros. Estaban entrando en el hospital con ellos.

Ambos prisioneros iban bien vestidos. Uno era muy alto y el otro muy bajo.

—Los soldados se han equivocado —aseguró el señor Serrats.

—¿Conoce usted a los prisioneros? —inquirió Long Tom.

—Sí. EL alto es el conde Hoffe. Es el representante de una fábrica europea de municiones y armas que nos suministra cuanto necesitamos.

—¿Y el bajo?

—Se llama Don Kurrell.

—¿Otro vendedor de armamentos?

—No; Don Kurrell es el representante de la compañía concesionaria de nuestros pozos petrolíferos. Le interesa que se acabe la guerra. Los pozos de petróleo están en la zona de guerra. A menos que gane nuestra nación, perderá los pozos y cuanto dinero haya invertido en ellos su compañía.

No tardaron en entrar los prisioneros. Los soldados explicaron que ambos habían estado obrando sospechosamente al ser detenidos.

El conde Hoffe se quitó el sombrero, exhibiendo una cabeza rapada, y explicó:

—Buscábamos un lugar donde refugiarnos. Oímos el jaleo y

temíamos que hubiera disparos.

—¿Qué hacían ustedes aquí? —inquirió Long Tom.

Los dos hombres se miraron; luego miraron al señor Serrats, y por último los dos dirigieron la vista a Ace Jackson.

Este dijo:

—Creo que todos tienen la misma idea.

—¿Qué idea es esa? —preguntó Long Tom.

—Lo que yo empecé a contarte.

—Desembucha.

—Queremos que venga Doc Savage aquí. Queremos que acabe con el Inca Gris.

Hubo conversación después de eso —explicaciones de lo que se sabía del Inca Gris. Pero, en conjunto, resultaba muy poco más de lo que ya había oído Long Tom.

El Inca Gris era un ser misterioso que estaba haciendo que continuara la guerra por algún motivo misterioso, que nadie lograba comprender.

—Veré lo que puedo hacer —les dijo Tom al final—. Mandaré un cablegrama a Doc.

Y salió.

Un minuto después de haberse marchado Long Tom, el conde Hoffe se cuadró, hizo una reverencia, y dijo:

—Créanme, me satisface enormemente que Doc Savage venga a Santa Amoza. Esta carnicería sin fin resulta terrible.

Y se fue a su vez.

Ace Jackson se quedó mirando hacia la puerta, después de haberse ido el conde. Murmuró:

—A veces me da mucho que pensar ese tipo. Es el único que se me ocurre que puede salir ganando con que esta guerra se prolongue.

—¿Quiere usted decir con eso que pudiera ser el Inca Gris él? —inquirió el ministro—. También se me había ocurrido a mí pensar eso.

—Y a mí —aseguró Don Kurrell—. Por eso me he estado haciendo amigo suyo. Estoy investigándole.

—¿Ha averiguado usted algo? —preguntó Ace Jackson.

—No —dijo Don Kurrell.

Todos se despidieron.

Los del cuarto hubieran experimentado vivo interés por los movimientos de una extraña figura en un parque cercano, unos minutos más tarde.

Ni mirándola de cerca se hubiera podido saber si se trataba de un hombre o de una mujer.

Una capa larga de un material gris, con una capucha que le cubría la cara, le proporcionaba un excelente disfraz. Esta figura se deslizaba por entre los arbustos, procurando no ser vista, y se detuvo debajo de un árbol muy grande y viejo.

Se dejó caer detrás del mismo, sacó un cuaderno de notas de debajo de la capa y escribió algo en él. Las hojas del cuaderno eran de papel cebolla.

Hizo un rollito con la nota y metió la mano enguantada en un hueco que había en la parte inferior del tronco.

Si el extraño individuo había hecho ruido alguno; quedaba ahogado por el arrullo de las palomas que poblaban el parque durante el día.

El individuo gris sacó la mano del árbol y se marchó.

Unos momentos después, una paloma se alzó de la copa del árbol. No era más que una paloma entre muchas y no había nada que hiciera suponer al observador casual que se trataba de una paloma mensajera que había salido del tronco hueco del árbol, procedente de la jaula escondida en la parte inferior.

Tampoco hubiera podido suponer un observador que el pájaro llevaba una nota encerrada en un canutillo de pluma, debajo de las alas.

Long Tom Roberts también se estaba encontrando con palomas; pero eran de la clase corriente, que volaban por las calles y se paraban en el suelo, y no les hizo caso.

Estaba pensando en dos cosas: en los dos atentados de que había sido objeto. Era de suponer que ambos eran obra del Inca Gris y no era difícil adivinar el motivo. A Doc Savage no se le quería en Santa Amoza.

Todo aquello del Inca Gris era cosa completamente nueva para Tom. Sin embargo, eso no tenía nada de extraño.

La guerra entre Santa Amoza y Delezon duraba ya cuatro años, no obstante lo cual era muy posible que gran parte de la población de Nueva York no se hubiera enterado siquiera de que hubiese

guerra. Los periódicos, como es natural, habían publicado noticias de las batallas más importantes; pero apenas habían hablado de las que se libraban casi todos los días.

En sus artículos de fondo, los diarios consideraban el asunto como una de esas luchas periódicas que se daban entre las dos repúblicas por la soberanía del trecho de desierto y selva que las separaba.

Washington había decretado un embargo sobre la exportación de armas a los beligerantes en la esperanza de poner fin a la contienda.

—Apostaría a que esa medida le encantó al conde Hoffe —murmuró Long Tom.

Entró en una estafeta e impuso un cablegrama concebido en los siguientes términos:

Doc Savage.

Nueva York.

Cosas muy misteriosas Punto Dicen guerra prolongada por misterioso personaje llamado Inca Gris Punto Sería conveniente vinieses a liquidar asunto.

Long Tom.

Salió de la estafeta y siguió su camino, buscando un hotel.

Momentos después de haberse marchado Long Tom, cuando ya se había alejado lo suficiente para no oír lo que ocurría, sucedió una cosa extraña.

Apareció un hombre que corría como un loco calle abajo, perseguido por varios otros. Se metió en la estafeta, como si esperara escapar así.

Una vez dentro, cogió una silla y se preparó para defenderse. Sus perseguidores entraron. Se armó un jaleo enorme.

Volaron los muebles de un lado a otro. Fueron derribados pupitres y mesas.

El telegrafista empezó a dar gritos pidiendo socorro.

La policía acudió por fin. Pero, para entonces, los misteriosos luchadores se habían marchado. Es más, se habían reunido ya con el siniestro personaje que soltara la paloma mensajera en el parque.

—¿Cómo salió todo? —preguntó el de la capa gris.

—Perfectamente, amo —le respondieron. Uno de los que habían luchado sacó un cablegrama del bolsillo. Era el que habla impuesto

Long Tom.

El encapuchado rió al verlo.

—¿Dejasteis en su lugar el que yo os entregué?

—Sí.

—Está bien. Si nos hubiéramos limitado a robar éste, el oficial de telégrafos hubiera podido echarlo de menos.

—Hicimos un trabajo excelente —se jactó uno de los hombres.

—Es cierto; pero aun no ha terminado nuestro trabajo.

El otro pareció sorprenderse, y enarcó, interrogadoramente, las cejas.

—Ahora hay que eliminar a Long Tom —observó el encapuchado, con brevedad.

*****

Long Tom había encontrado, por fin, hotel en que alojarse.

—¿Ha llegado mi equipaje? —le preguntó al conserje. Este sonrió, le hizo una reverencia y le entregó la llave de su cuarto.

Long Tom subió la escalera y llegó a un pasillo que resultaba oscuro después de la luz del sol. Tardó unos momentos en encontrar la puerta a que correspondía la llave que le habían dado.

Hizo girar la llave en la cerradura y, algo cegado aún, abrió la puerta.

Dos hombres habían estado bastante ocupados examinando la maleta de Long Tom. Se pusieron en pie de un brinco. Aparecieron sendos cuchillos en sus manos.

AL ayudante de Doc no le asustaba ningún hombre armado de cuchillo.

Fuera como fuese, había una silla entre la pareja aquella y él. Podía cogerla y usarla como arma.

Pero no llegó hasta dónde estaba la silla. Los dos hombres que habían estado registrando la maleta sólo se habían movido para atraer su atención.

Había otro hombre junto a la puerta. Este se adelantó, con una pistola en la mano que empleó a modo de maza.

Los otros dos cogieron al mago de la electricidad para que no hiciera ruido su cuerpo al caer.

Apareció entonces una figura encapuchada, procedente del pasillo. Examinó cuidadosamente a Long Tom, para asegurarse de que estaba sin sentido.

—Traed un baúl —ordenó—. Vamos a llevárnoslo.

—¿No hay peligro, ¡OH! Inca Gris? —inquirió uno de los hombres.

—No discutáis mis órdenes —respondió el misterioso jefe—. Conducid a Long Tom Roberts al lugar situado en las afueras de la ciudad, donde me reuniré con vosotros.

CAPÍTULO IV

EL PELIGRO EN NUEVA YORK

EN la tranquila actividad prenocturna de Nueva York, se oían sonidos bastante singulares. Sonaban éstos en el piso ochenta y seis de un edificio que era, con toda seguridad, el de más pretensiones de la ciudad.

—¡Jm! ¡Jm! —se oía, con regularidad.

Había dos hombres sentados en el despacho del piso ochenta y seis, de donde salían estos sonidos; uno de ellos hacía cara de estar muy enfadado.

Era un hombre delgado, sobre todo por la cintura. Pero lo que más llamaba la atención de él era su ropa, de corte impecable. Aquel hombre estaba adquiriendo fama como el mejor vestido de la nación.

—¡Jm! —se oyó de nuevo—. ¡Jm!

El otro hombre conservaba la serenidad tan sólo mediante grandes esfuerzos. Parecía un gorila vestido de persona. Sin duda pesaba más de doscientas cincuenta libras.

Este hombre era el que emitía aquel gruñido, haciéndolo sistemáticamente y con estudiado cuidado.

—¡Jm! —probó otra vez—. ¡Jm!

El elegante estalló por fin. Gesticuló con un bastón delgado que había estado reposando sobre sus rodillas.

—¡Monk! —exclamó—. ¡Haz otro gruñido de esos, y te corto las uñas de los pies a la altura del cogote!

—Vamos, Ham —murmuró Monk;— debieras dominar un poco el genio.

Ham se puso en pie y torció la empuñadura del bastón, exhibiendo un estoque de acero que parecía afilado como una

navaja de afeitar.

—Has estado gruñendo como un cerdo nada más que por molestarme —dijo, sombrío.— Andas buscando jaleo y vas a encontrártelo.

Ninguno de aquellos dos hombres parecía ser lo que en realidad era. El que iba vestido con elegancia, Ham, era el general de brigada Teodoro Marley Brooks, orgullo del Colegio de Abogados.

El de aspecto simiesco, Monk, era el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, uno de los químicos industriales más famosos.

Estos dos, como Long Tom, formaban parte del grupo de cinco ayudantes de Doc Savage. El lugar en que discutían era la antesala del piso de Doc Savage.

Monk se alzó y cogió una silla como defensa contra el estoque; pero antes de que ocurriera nada, sonó una voz en la puerta.

—Parece haberle ocurrido algo a Long Tom en Sudamérica — dijo la voz.

Aquella voz era singular, y no porque fuera alta ni porque intentara hablar con énfasis especial. Pero tenía una cualidad que inducía a pensar en una poderosa máquina, en un poderoso motor que funcionaba contenido.

Monk y Ham se volvieron para mirar a Doc Savage al entrar éste en el cuarto.

Doc llevaba un cablegrama en una mano. La mano se distinguía por dos cosas: tenía un extraño color de bronce. EL tamaño era notable también; pero no llamaba tanto la atención, porque guardaba proporción con el tamaño del resto del cuerpo.

Doc Savage era hombre cuyo aspecto estaba en consonancia con su fabulosa fama.

Se hubiera destacado en una muchedumbre. Y no era sólo por su aspecto general.

Los ojos, por ejemplo, parecían lagos de oro en copos, agitados siempre por la brisa.

El cabello era bronceado, pero de un matiz más oscuro que su piel; y era liso, semejando un casquete metálico.

Doc Savage ofreció el cablegrama. Monk y Ham lo leyeron:

Doc Savage

Nueva York

Me encuentro en Alcalá Santa Amoza visitando Ace Jackson Punto

Tal vez pase algún tiempo aquí Punto Todo va bien.

Long Tom.

El cablegrama había sido impuesto en Alcalá, Santa Amoza.

Monk se rascó la cabeza.

—No veo nada en eso para creer que se encuentra en apuros Long Tom —dijo.

—Por una vez, estoy de acuerdo con este mico —murmuró Ham.

Las metálicas facciones de Doc Savage no cambiaron de expresión. Esta era una de sus características: rara vez exteriorizaba emoción alguna.

—¿Os olvidáis ya de la clave de cinco letras? —preguntó.

Monk sufrió un sobresalto.

—Es verdad —gruñó—. Todas las frases debieran empezar con una palabra de cinco letras para asegurar que el mensaje ha sido enviado por uno de nosotros.

Ham volvió a coger el telegrama y examinarlo.

—Ninguna de las frases empieza con una palabra de cinco letras en este cablegrama —exclamó—. Eso significa que no lo ha mandado Long Tom.

Monk se rascó el cuello.

—¿Qué crees tú que significa eso? —inquirió.

—Veremos lo que podemos averiguar cablegrafiando —le respondió Doc.

No había mucho tráfico en la calle y pocos automóviles parados. Por consiguiente, había sitio de sobra. Junto al bordillo, un coche pequeño, tipo sedán, se paró en uno de los espacios libres.

Se apearon cuatro hombres. El quinto, que se hallaba sentado al volante, partió inmediatamente con el automóvil.

Los que se habían apeado, se pusieron a mirar un escaparate. Junto a ellos se alzaba el monumento de piedra y acero donde vivía Doc Savage.

—¿Habéis comprendido bien vuestras instrucciones? —inquirió uno de los hombres.

Los otros movieron, afirmativamente, la cabeza.

El jefe echó a andar hacia el rascacielos. Era un hombre bastante llamativo, debido principalmente a su estatura y a la forma de su cuerpo. Su forma recordaba la de una caja colocada sobre piernas rígidas. Parecía tan duro como si estuviera hecho de traviesas de

ferrocarril.

Debajo del brazo llevaba un objeto abultado envuelto en un grueso papel.

Una vez en el vestíbulo del edificio, los hombres se separaron. Dos de ellos se dirigieron al ascensor que les conduciría a una torrecilla de observación situada por encima del piso de Doc Savage.

Los otros dos componentes del grupo echaron a andar tranquilamente vestíbulo abajo, deteniéndose junto a la entrada del ascensor expreso destinado a los pasajeros que iban desde el piso ochenta hasta el noventa.

Encendieron cigarrillos y se apoyaron en la pared, charlando en voz baja, como si aguardaran a alguien.

Allá en el ascensor de la torrecilla de observación, el hombre que parecía una caja (tenía el aspecto inconfundible de profesional de la lucha grecorromana) y su compañero, guardaban silencio.

El empleado les miró sin dar muestras de gran curiosidad, porque entre los habitantes de Monbaltan se acostumbraba a ver tipos extraños de humanidad.

Cuando se detuvo el ascensor en el piso de observación, los dos pasajeros adquirieron entradas, salieron a la especie de plataforma de la torrecilla y contemplaron el panorama que desde allí se divisaba.

Había otras personas allí, evidentemente turistas. El luchador aun llevaba el paquete cuando se mezcló entre la gente.

Lo hicieron por su cuenta y razón, porque a los pocos momentos, al amparo de la demás gente, lograron dar la vuelta a la torrecilla y no tardaron en hallarse ante una puerta pequeña. La probaron y la encontraron cerrada.

Aguardaron hasta encontrarse solos por aquel lado. Luego el luchador sacó un manojo de llaves. Se oyó un chasquido y se abrió la puerta.

La pareja entró cerrando tras sí. Sin vacilar, bajaron rápidamente por una escalerilla hasta un cuarto donde sonaba continuamente ruido de motores.

Era el cuarto en que se hallaba el mecanismo que hacía funcionar los ascensores.

Un mecánico se alzó de la silla que ocupaba cerca de la

maquinaría. Pero no lo hizo lo bastante aprisa. Ni siquiera vió a los recién llegados. El luchador movió el puño y el mecánico cayó sin sentido.

—¿Sabes lo que hemos de hacer ahora? —inquirió el luchador.

Estaba mirando a su alrededor, aturdido, al parecer, por el laberinto de volantes y cables que tenía delante de él.

Su compañero movió afirmativamente la cabeza.

—Yo me encargo de lo demás —dijo—. En otros tiempos me dedicaba a instalar estos cacharros.

Con paso seguro se metió por entre los cables y señaló un tambor que tenía un cable finísimo de acero arrollado.

—Ese es el cable que sostiene el ascensor particular de Doc Savage —dijo:— Saca eso que llevas.

El otro gruñó y abrió el paquete que llevaba, sacando un soplete.

El experto encendió el artefacto y enfocó el tambor con él.

*****

Allá en el vestíbulo del edificio, los dos hombres que estaban apoyados contra la pared cerca del ascensor particular, empezaban a consultar el reloj, nerviosos.

—Aun nos queda un minuto —dijo uno de ellos.

Guardaron silencio hasta que éste hubo transcurrido.

—Ahora —dijo el primero.

El segundo movió afirmativamente la cabeza.

Se dirigieron al ascensor expreso y se metieron en él.

El botones les dijo:

—Este ascensor sólo sube al piso de Doc Savage.

—Ahi es donde vamos —respondió uno de los pasajeros.

El botones dio un brinco de pronto y bajó la vista. Le habían acercado una pistola a las costillas.

—En marcha —dijo el que le amenazaba.

EL botones cerró la puerta y puso el ascensor en marcha. Durante un instante los pasajeros no hablaron, limitándose a mirar al botones. Este hizo funcionar la palanca que ponía el artefacto en marcha.

Inmediatamente recibió un formidable puñetazo en la mandíbula. Uno de los pasajeros le cogió cuando caía y, entre los dos, le siguieron propinando golpes hasta que perdió por completo el conocimiento.

Le dejaron en el suelo cuando el ascensor paró en el piso ochenta y seis.

Los dos hombres abrieron la puerta, se aseguraron de que el descansillo y el pasillo estaban desiertos y luego dejaron la puerta abierta, introduciendo unas cuñas debajo de ella para que no se cerrara sola.

Avanzaron silenciosamente por el pasillo hasta llegar a la escalera. Uno de ellos se volvió y se llevó las manos a la boca, en forma de bocina.

—¡Auxilio! —aulló—. ¡Auxilio!

Luego la pareja corrió, haciendo el menor ruido posible, escalera abajo.

La puerta del piso de Doc Savage se abrió de golpe. El gigantesco hombre de bronce fue el primero en salir. Monk y Ham le seguían.

—¡Alguien gritó! —exclamó Monk—. ¿Dónde fue?

Se fijaron en la puerta abierta del ascensor. Se acercaron y miraron dentro.

De pronto, un sonido extraño pobló el pasillo y el interior del ascensor donde yacía el botones. El sonido era pequeño, exótico, difícil de describir.

Era una especie de trino, una nota minúscula y fantástica, semejante a la que hubiera podido producir el viento al pasar por entre los picachos de un campo de hielo ártico.

Monk y Ham miraron a Doc Savage, porque sabían que era él quien emitía aquel sonido. Era una cosa que el hombre de bronce hacía inconscientemente en momentos de tensión.

Doc Savage entró en el ascensor; Monk y Ham le siguieron.

Muy por encima de ellos, en el cuarto de la maquinaria, los dos hombres siniestros habían estado mirando hacia abajo.

EL ascensor tenía por techo un enrejado y el interior estaba brillantemente iluminado, de modo que vieron entrar a Doc Savage y a sus dos ayudantes.

—¡Aprisa! —exclamó el luchador.

El otro manipuló el soplete. Ya tenía cortado el cable casi por completo. Un instante le bastó para completar la obra. Con el mismo sonido que hace una cuerda de violín al saltar, se partió el cable.

El ascensor cayó antes de que Doc Savage y sus ayudantes pudieran salir de él. Fue adquiriendo velocidad. Doc hizo funcionar rápidamente la palanca.

De nada sirvió. La velocidad fue en aumento.

Monk oprimió el botón de parada para caso de urgencia. Nada ocurrió. Su simiesco semblante empezó a adquirir el mismo color que si le hubieran metido cal por debajo de la piel.

Pasaron los pisos a una velocidad fantástica.

—Ha sido cortado el cable —anunció Doc con brevedad—. El dispositivo para parar el ascensor automáticamente está atascado.

Ham nada dijo. Se sacudió una imaginaria mota de polvo del inmaculado traje, como si quisiera estar lo más elegante posible cuando su destrozado cuerpo fuera extraído del fondo del pozo, ochenta y seis pisos más abajo.

Las facciones de Doc Savage seguían inmutables. La palidez que hubiera podido esperarse en su semblante brillaba por su ausencia. Tampoco habló.

El aire silbaba alrededor del ascensor al caer éste como el plomo. El botones se agitó un poco en el suelo; pero nunca recobraría lo suficiente el sentido para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El ascensor pasó como un meteoro por la planta baja. El conserje lanzó un grito de sobresalto al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Empezaron a ocurrir cosas extrañas. Una mano gigantesca pareció agarrar el ascensor y frenarle, suavemente al principio, con más violencia después. El aire, al deslizarse por los lados del ascensor, produjo un silbido ensordecedor.

Los ocupantes del ascensor cayeron, como empujados por una mano invisible.

Y el ascensor se detuvo inesperadamente, aun cuando pareció, debido a la constitución del organismo humano, que ahora volaba hacia arriba.

Monk yacía quieto. Ham había caído a medias encima de él.

Ambos miraron a Doc Savage. La expresión de su rostro decía bien a las claras lo que querían: explicaciones.

—El fondo de estos pozos es de construcción especial —dijo Doc —. Están cerrados por completo y ajustan mucho a los lados del

ascensor. La compresión del aire formó una especie de absorbedor natural de choques… rompió la caída.

Monk empezó a decir algo, luego se miró la ropa, sorprendido. Estaba empapado de sudor.

EL salir del ascensor no resultó cosa sencilla. En primer lugar, el enrejado de arriba estaba sujeto fuertemente y cedía muy despacio. Dando un salto, Doc logró agarrarse a un adorno de la parte de arriba.

Un observador hubiera jurado que era imposible que se sostuviera nadie agarrado allí. Sin embargo, el gigante de bronce no sólo se sostuvo, sino que tiró de la reja hasta aflojarla.

El metal era de una aleación muy fuerte. Lo dobló.

Entretanto, habían abierto la puerta de la planta baja y asomaban varias cabezas, gritando que no tardaría en prestárseles ayuda.

Los lados del pozo eran de ladrillo basto. Doc Savage empezó a subir por ellos, logrando, gracias a la asombrosa fuerza de sus dedos, sostenerse con facilidad aprovechando ranuras microscópicas.

A pesar de sus esfuerzos, transcurrieron varios minutos antes de que pudiera llegar al vestíbulo. Había una muchedumbre enorme allí y no hacía más que entrar gente de la calle, atraída por la excitación.

Doc Savage se apresuró a cerrar las puertas del edificio para que no pudiera entrar ni salir nadie. Había una leve posibilidad de que los culpables se hallaran aún dentro del edificio.

No lo estaban. Se habían marchado sin perder momento al ver al hombre de bronce, alejándose a bordo del automóvil que les esperaba.

El luchador y sus compañeros habían sabido obrar con el suficiente disimulo para salir sin llamar la atención.

—Valiente plancha nos hemos tirado —murmuró uno de ellos.

El luchador se puso a soltar maldiciones.

—Les va a hacer muy poca gracia esto en Sudamérica —gimió otro.

El luchador dejó de maldecir. —Sí que nos ha salido mal el golpe— asintió —. Ahora Doc Savage saldrá para Sudamérica.

—Y el Inca Gris se encargará de prepararle una buena recepción

—dijo otro.

—No os preocupéis —dijo el luchador con un resoplido—. Cuando el Inca Gris se pone en movimiento, no acostumbra fracasar.

Una hora más tarde, Doc Savage quedó convencido de que los que habían intentado asesinarle habían logrado escapar. Se dirigió a su laboratorio.

Empezó a reunir dispositivos mecánicos, dispositivos que siempre empleaba y que más de una vez le habían salvado la vida.

Monk se quedó en la sala leyendo el periódico. Doc interrumpió su lectura.

—Más vale que prepares tu laboratorio portátil —le dijo.

El químico le miró.

—Así, pues, ¿nos vamos de viaje?

—Sí.

Monk frunció el entrecejo.

—¿Crees tú que ese falso cablegrama de Long Tom y este atentado de que hemos sido víctimas están relacionados?

Antes de que Doc Savage pudiera responder, llegó un botones con un cablegrama. Doc lo abrió, lo leyó y se lo dio luego a Monk y Ham.

El mensaje era corto y expresivo. Decía:

Doc Savage.

Nueva York..

Long Tom Roberts ha desaparecido.

Ace Jackson.

EL cable venía de Alcalá, Santa Amoza. Monk alzó la mirada y preguntó: —Eso significa que nos vamos allá inmediatamente, ¿no es eso?

—Sí —asintió Doc.

Ham preguntó: —¿Iremos en aeroplano?

—Probaremos el nuevo dirigible estratosférico —le repuso Doc —. En un vuelo tan largo como éste, resultará más rápido que nuestro aeroplano grande, con toda seguridad.

CAPÍTULO V

EL FUSILAMIENTO

MIENTRAS ocurrían estas cosas en Nueva York, Long Tom, unos cuantos miles de millas más allá, yacía boca arriba, lamentándose de que Doc Savage estuviera tan lejos. También se preguntaba dónde estaría y qué le habrían hecho. Intentó moverse y descubrió que estaba atado de pies y manos.

Un poco más tarde se dio cuenta de que estaba metido en un compartimiento demasiado pequeño para su cuerpo. Intentó cambiar un poco de posición.

Inmediatamente se oyeron por encima de él unas maldiciones en español. Le dieron dos puntapiés muy fuertes en el costado.

Luego, unos pies calzados con pesadas botas descansaron sobre la boca de su estómago y permanecieron allí impidiéndole hacer el menor movimiento.

Se quedó quieto y procuró coordinar. Se hallaba en un aeroplano de carlinga abierta.

Pareció empezar a funcionar una máquina de ribetear casi por encima de su cabeza. El terrible ruido le produjo tal dolor de cabeza, que tuvo que cerrar fuertemente los ojos. El aeroplano en que se hallaba debía de estar luchando.

Se oía un ruido parecido al que harían dos gatos al pelearse en la parte de atrás del fuselaje.

El avión se estremeció perceptiblemente, Long Tom se había encontrado en demasiadas batallas aéreas para no saber lo que significaba aquel ruido.

Eran balas de ametralladora que se incrustaban en el aparato.

Empezó a distinguir otros sonidos también: el de artillería y el de antiaéreos.

Cerró los ojos. No le asustaba la guerra; había tomado parte en demasiadas de ellas. Se puso a reflexionar.

Recordó su entrada en el cuarto del hotel de Alcalá. Desde aquel momento, no sabía nada de lo ocurrido hasta despertarse en el aeroplano volando sobre la primera línea en una guerra que, a juzgar por el sonido, distaba mucho de ser una guerra de opereta.

Long Tom, que se apartaba muchas veces de su camino por el gusto de encontrarse con jaleo, no podía quejarse aquella vez.

El ruido de disparos iba quedando ya atrás. No se oyeron más ametralladoras ni antiaéreos. El aparato voló tranquilamente un rato.

Luego, unas manos le asieron por debajo de los sobacos y le pusieron en pie. Le dio la luz del sol en los ojos, cegándole. Sintió que le quitaban las cuerdas de los pies. Un cuchillo cortó las que le sujetaban los brazos.

Inmediatamente, se volvió e intentó agarrar al hombre que le había soltado; pero el tiempo que llevaba atado le había dejado entumecidos los miembros.

Salió mal parado en la lucha.

Unos brazos muy fuertes le cogieron por la cintura y le alzaron.

Ocurrió todo tan aprisa, que quedó sorprendido al encontrarse con que caía como una piedra en dirección a una masa de bosque muy verde, unos miles de pies más abajo.

Lo que hizo Long Tom a continuación fue completamente instintivo. Buscó la anilla del cordón del paracaídas. Cuando lo hizo, ni siquiera sabía si llevaba puesto semejante artefacto. Los golpes recibidos en la cabeza le habían dejado aturdido. Pero encontró la anilla. Tiró de ella.

Con una brusquedad que pareció descoyuntar sus doloridos músculos, rompió su caída la nube de seda que se abrió por encima de su cabeza.

Se había abierto el paracaídas.

No obstante, no experimentó la sensación de alivio que debía haberle producido semejante suceso.

La sacudida que experimentara al abrirse el paracaídas había sido demasiado grande para su estado. Le había dejado sin conocimiento. Colgó completamente inerte del paracaídas.

Hallándose sin conocimiento, no pudo ver la excitación que su

descenso produjo. El bosque no se hallaba muy lejos de la línea de fuego y, por consiguiente, estaba lleno de soldados.

Como es natural, nadie disparó contra él; pero corrieron muchos hacia el lugar en que esperaban que aterrizara.

Pegó en el suelo con bastante fuerza; pero no se enteró de ello. También fue arrastrado unos cuantos metros hasta que el paracaídas se enganchó en un árbol.

Cuando recobró el conocimiento unos segundos después, le habían quitado el paracaídas y le sostenían en pie varios hombres. Había otros alrededor, fusil en mano. Todos ellos llevaban uniforme.

De pronto, Long Tom examinó los uniformes con mayor atención. No eran como los que había visto en Alcalá. Comprendió lo que la diferencia significaba.

—¡Rayos! —exclamó débilmente.

Debía hallarse al otro lado de la línea de fuego, en el país enemigo de Santa Amoza, en Delezon.

Los soldados que le habían capturado le estaban examinando. El jefe llevaba un bordado en una manga que, o mucho se equivocaba, o era equivalente al galón de cabo.

—Norteamérica —dijo el cabo.

—Sí —contestó Long Tom en español—, ¡soy norteamericano! ¿Dónde estoy?

El cabo se echó a reír, y su risa no tenía nada de agradable.

—Registradle —ordenó.

Los soldados le metieron las manos en los bolsillos y se los volvieron del revés, sacando todo lo que en ellos llevaba.

Su contenido resultó una verdadera sorpresa para Long Tom. Descubrió que llevaba cosas que en su vida había visto hasta aquel momento.

Había, por ejemplo, un frasquito con una etiqueta que decía: "Veneno"; una máquina fotográfica con un objetivo muy luminoso; una pluma estilográfica cargada, según demostró el cabo, de tinta invisible.

—¡Vive Dios! —exclamó el mago de la electricidad—. ¡Qué bien preparado me han dejado caer!

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó el cabo, que parecía entender algo el inglés.

—Que me han cargado con estas cosas para hacerme pasar por lo que no soy.

EL cabo soltó otra risa más desagradable aún, si cabe, que la primera.

—Está bien claro que es usted un espía —dijo.

—Esto me lo han plantado en los bolsillos sin conocimiento mío.

—Le va a hacer falta a usted una explicación mucho mejor que esa —aseguró el cabo—. Tal vez se le ocurra una más plausible por el camino. Vamos a llevarle a presencia del general Fernández Vigo.

—¿Del dictador de Delezon? —gruñó Long Tom.

—Del mismo. AL general le gusta hablar con espías.

EL general Vigo resultó estar en una trinchera más cercó de la línea de fuego de lo que hubiera podido esperarse de un general.

Era el hombre más alto, ancho y feo que recordaba haber visto Long Tom en mucho tiempo. Su traje caqui sólo servía para acentuar su aspecto de Gargantúa. No llevaba insignias de ninguna clase.

En realidad, pensó Long Tom, no le hacían falta insignias para nada, porque cualquiera que hubiera oído hablar del señor Vigo le hubiese reconocido enseguida.

La risa del general era interesante también. Sonaba como el ruido que hace un pavo.

Rió muy alto y muy divertido mientras escuchaba a Long Tom, que intentaba explicar que todos aquellos accesorios de espía que le habían encontrado le habían sido introducidos en el bolsillo sin conocimiento suyo y que no se había tirado del aeroplano, sino que le habían tirado.

Por fin, Long Tom se dio por vencido. De todas formas no había esperado que se diera crédito a su explicación. Se puso a mirar al general Vigo.

Había oído hablar de dictadores, políticos de hierro, y había visto a algunos de ellos. Aquél era el primero cuyo aspecto cuadraba con el papel que desempeñaba.

El general dejó de reír y dijo, hablando el inglés sorprendentemente bien:

—Es usted un espía. Pierde el tiempo en negarlo.

Long Tom miró al hombre más feo del mundo y frunció el entrecejo.

—¿Qué les ocurre a los espías en este país?

—Se les pega cuatro tiros.

—¿Se les proporciona ocasión alguna para que se defiendan?

—Eso depende de mí. A veces, sí; cuando me levanto de buen humor. De lo contrario, no. Nos limitamos a fusilarlos.

—¿Cuánto tardarán en hacerlo?

El general Vigo se encogió de hombros.

—En casos como el de usted, diez minutos.

Long Tom parpadeó. Estaba seguro de que el general Vigo hablaba en serio.

Se humedeció los labios.

—¿Puede usted expedir un cablegrama a Nueva York? —preguntó.

—Sí.

—Siga un consejo: cablegrafíe a Doc Savage antes de fusilarme.

—¿Doc Savage? —gruñó el general—. ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Pídale a Doc Savage que le describa a su ayudante Long Tom Roberts. Míreme a mí bien cuando reciba la descripción.

El general Vigo reflexionó. Era evidente que había oído hablar de Doc Savage.

—¿Es usted uno de los hombres de Doc Savage? —inquirió.

—Sí.

—¿Qué hace usted aquí?

Long Tom se lo dijo, haciéndolo con todo lujo de detalles. Empezó por el momento en que había recibido la noticia de que Ace Jackson se hallaba en cama en el hospital de Alcalá.

Cuando acabó su relato, agregó:

—Y me da el corazón que el culpable de mi situación es el hombre misterioso a quien llaman el Inca Gris.

El semblante del general Vigo pareció helarse. Durante unos segundos pareció haberse convertido en piedra. Luego se volvió hacia Long Tom.

—¿El Inca Gris? —dijo, muy despacio.

—Sí —dijo Long Tom;— el Inca Gris…

—¿Qué sabe usted del Inca Gris? —preguntó el general, inesperadamente.

—Nada —contestó Long Tom, sobresaltado—. Yo…

El general Vigo dio un grito y agitó los brazos. Empezaron a acudir soldados, corriendo. Bramó órdenes en español.

—¡Ha quedado demostrado que este hombre es un espía! —rugió—. ¡Llevadle al cuartel general! ¡Será fusilado inmediatamente!

Long Tom se había jactado siempre de tener un rostro impasible; pero no funcionó bien en aquellos momentos. Se encontraba ya bastante débil físicamente. Los sentimientos se reflejaron, a pesar suyo, en su semblante.

Le condujeron a retaguardia de la línea de fuego y le metieron en un camión. Este se puso en marcha, dando tumbos.

Como el rebotar en el fondo del camión resultaba bastante desagradable, Long Tom se puso en pie y así le fue posible ver por la parte de atrás del vehículo. Este avanzaba por la selva sin seguir camino alguno, alzando nubes de polvo gris. Long Tom se estremeció. Aquel polvo se parecía al que viera sobre el rostro del muerto en el hospital de Alcalá.

Empezaron a verse cabañas a ambos lados del camión. Estaban entrando en un pueblo. Después de las cabañas, vió edificios de adobe; luego unos cuantos de piedra.

El vehículo se detuvo. Le hicieron apearse a puntapiés. Los soldados le trataban con bastante brutalidad.

Apareció una figura ante ellos; el hombre más feo del mundo otra vez. Para llegar tan pronto, el general Vigo debía de habérseles adelantado en un coche rápido.

La rabia hizo que se irguiera el cuerpo de Long Tom. Miró al general Vigo, sacando la mandíbula.

—Está usted sacando el cuello, cabeza de toro —le advirtió.

—¿Qué quiere decir eso de sacar el cuello? —exigió el general Vigo.

—Quiere decir que se lo van a cortar.

—¡Ah! —exclamó el general—. Conque se atreve a amenazarme a mí! ¡A mí! ¡Al general Vigo! ¡Se atreve usted a intentar asustarme…! ¡Bah! ¡No le tengo miedo a nada! ¡Yo solo soy capaz de dominar al mundo!

—Lleva usted cuatro años intentando dominar Santa Amoza —le recordó Long Tom, con sequedad.

Esperaba que sus palabras enfurecieran al general. En lugar de

eso, el dictador se echó a reír.

—¡Ah! Es usted muy mordaz, señor —dijo—. Me resultaría usted simpático; lástima que tenga que matarle.

Long Tom gruñó:

—Si quiere ponerse en contacto con Doc Savage…

El general Vigo rugió una orden y agitó el brazo. Los soldados cogieron al ayudante de Doc y le condujeron hacia una alta pared de adobe.

El fusilamiento de un espía es cosa que llama la atención de cuantas personas se hallan en las cercanías. Esto seguramente explicaría el porqué nadie se fijó en los movimientos de uno de los hombres que contemplaban el cuadro.

Este era un hombre de baja estatura y cara picada de viruelas, que parecía tener algo inexpresablemente maligno.

Tenía cuidado de no estorbar a nadie ni llamar la atención, pero observaba atentamente cuanto le ocurría a Long Tom.

El general Vigo fue a la cabeza del pelotón, conduciendo a su víctima hasta la pared de adobe. Era ésta muy alta y, al parecer, muy gruesa.

Había emplazamientos para ametralladoras en la parte superior. Era, evidentemente, un fuerte.

La entrada practicada en la pared era estrecha, para que fuera más fácil defenderla, y la abertura estaba cerrada por una puerta de pesados maderos.

Abrióse ésta. Long Tom fue empujado por ella.

EL interior de aquel recinto de adobe estaba ocupado por numerosos edificios, la mayoría de los cuales tenían las ventanas enrejadas. A Long Tom no le dieron mucho tiempo para mirar a su alrededor.

Le hicieron cruzar una especie de patio y colocarse junto a la pared.

EL ayudante de Doc volvió la cabeza para examinarla. Lo que vió le hizo tragar saliva. La pared estaba llena de hoyos abiertos, sin duda alguna, por balas de fusil.

¡Conque allí era donde fusilaban a los espías!

—¿Quiere que le venden los ojos? —inquirió el general Vigo, con exagerada cortesía.

—Sí —contestó Long Tom inmediatamente.

El general pareció sorprenderse, pero antes de que pudiese hablar, Long Tom explicó:

—No quiero estar mirando al hombre que me mate. Podría tener pesadillas después.

Aquello pareció graciosísimo al general. Sus carcajadas repercutieron en las paredes, haciendo el mismo ruido que un pavo.

—¡Atención! —gritó, dirigiéndose al pelotón.

Su voz llegó hasta la muchedumbre congregada en el exterior. A los curiosos no se les habría permitido entrar en el recinto. Se hizo el más profundo silencio entre los que esperaban.

—¡Apunten! —le oyeron todos gritar al general.

En la parte de fuera de la muchedumbre se hallaba el hombre picado de viruelas. Aguzó el oído.

—¡Fuego! —ordenó la voz de Vigo.

Sonó, inmediatamente, una descarga cerrada y un grito de mortal angustia.

A continuación reinó el silencio.

Cosa rara, sólo un hombre de todos los que escuchaban fuera sonrió. Todos los demás estaban muy serios. La muerte no era cosa muy agradable.

Pero un hombre sonrió y éste fue el espectador curioso, picado de viruelas.

Después de sonreír, dio media vuelta y se metió por entre las cabañas. Se perdió por la parte más pobre de la población.

Aquel pueblo se parecía en una cosa a la capital de Santa Amoza: sus cables estaban llenos de palomas.

Conque nadie se fijó en una que se alzó al poco rato del pueblo y voló en dirección a Santa Amoza. Desde luego nadie se dio cuenta del significado del ave, porque las palomas mensajeras se parecen mucho a las palomas corrientes.

Long Tom había muerto. El pájaro llevaba la noticia de su defunción.

CAPÍTULO VI

UN ATAQUE EN EL AIRE

EL aparato registrador de velocidades señalaba quinientos kilómetros por hora; pero no se podía fiar uno mucho del instrumento.

No era que fuese defectuoso, sino que allá arriba, en la estratosfera, había corrientes de aire de velocidades terribles que llevaban de un lado para otro al dirigible; de forma que la única manera de calcular con exactitud la velocidad era mediante observaciones celestes.

Doc Savage se hallaba inclinado sobre un mapa, señalando su posición.

—A esta velocidad debiéramos llegar a la capital de Santa Amoza, dentro de tres horas —dijo.

Monk alzó una mano hirsuta para ahogar un bostezo.

—Este cacharro viaja a muy buena velocidad —aseguró, soñoliento.

No había nube alguna a su alrededor, porque se hallaban demasiado elevados. Unos cuantos miles de pies por debajo de ellos se veía una masa de nube.

Por encima de ellos, el cielo parecía asombrosamente oscuro y las estrellas extraordinariamente brillantes.

Ham, vestido con la elegancia de costumbre, se encontraba en la parte de atrás del cuarto de derrota, aplicando una sustancia amarillenta a la punta de su estoque.

Esta sustancia era una droga que hacía perder casi inmediatamente el conocimiento en cuanto se introducía por debajo de la piel.

Acabó su tarea y se acercó a sus compañeros.

Dijo: —Doc: Si quieres dormir un rato, Monk y yo nos encargaremos del dirigible.

Doc movió negativamente la cabeza.

—No estoy cansado. Acostaos tú y Monk.

Ham asintió, dio media vuelta y tropezó inmediatamente con algo que exhaló un gruñido de sobresalto.

Monk se irguió y su rostro se contrajo en mueca de cólera verdadera o muy bien fingida.

—¡Ten cuidado, maniquí! —bramó—. ¡Le has dado un puntapié a propósito a ese cerdo!

Ham —soltó un resoplido de desdén.

—Quita a tu insecto del paso —dijo.

El químico dando muestras de gran indignación, se puso a examinar al cerdo. Este era de un aspecto llamativo a más no poder, pues su cuerpo era delgado, tenía patas de perro, un hocico alargado y unas orejas que parecían las de un elefante.

Era Habeas Corpus, la mascota de Monk.

Monk le cogió por una de las orejas, le examinó por todas partes, le volvió a dejar en el suelo, y miró con rabia a Ham. El abogado le devolvió la mirada.

Hacían eso por la fuerza de la costumbre. No sólo no se hablaban nunca con cortesía, sino que siempre parecían a punto de asesinarse el uno al otro.

Doc Savage siguió haciendo cálculos. La velocidad del dirigible y, sobre todo, la de las corrientes de aire, exigía que se hicieran comprobaciones constantemente.

EL dirigible era mucho más susceptible de ser arrastrado fuera de su ruta que un avión.

Parecía reinar la tranquilidad más absoluta a bordo de la aeronave; pero las apariencias engañaban.

Los dirigibles son, por necesidad, complicados. Aquel, por ejemplo, tenía un pequeño túnel por debajo, que se prolongaba de proa a popa, y otro por encima.

Había varios túneles que parecían chimeneas, provistos de escaleras de mano. Era posible llegar a casi cualquier parte de la aeronave gracias a dicho sistema de pasajes. Su objeto era facilitar las reparaciones en pleno vuelo.

Resultaban un escondite excelente y como tal habían sido

empleados.

Había dos hombres acurrucados en uno de los túneles. Ambos de ellos habían formado parte de la cuadrilla que intentara asesinar a Doc en el ascensor de Nueva York. Uno de ellos era el hombre que parecía una caja con patas.

Hacía mucho frío allá arriba en la estratosfera. Los dos hombres estaban ateridos de frío, casi demasiado helados para tiritar siquiera.

Tuvieron que colocarse las manos junto a la boca para que el aliento les calentara los morados labios y les fuera posible hablarse en susurros.

Llevaban ya unos momentos haciendo esto para prepararse a conversar.

—No podemos aguantar mucho más —dijo el compañero del hombre —caja.

Este intentó mover afirmativamente la cabeza; pero tenía demasiado frío para poderlo hacer.

—Nos vamos a quedar completamente helados —dijo.

—¡Valiente escondite es éste!

—Suerte hemos tenido con poder aprovecharlo siquiera.

—Este Doc Savage no es tan inteligente como le pintan. No se enteró de que estábamos nosotros a bordo.

El otro se estremeció y no sólo de frío.

—No te hagas ilusiones —murmuró—. El hombre de bronce salió con muchas prisas para Sudamérica.

Guardaron silencio un rato, medio muertos de frío. De bien poco les servía agitar brazos y pies. No se habían escondido allí completamente desprevenidos.

Cada uno de ellos llevaba una de esas bolsas de goma que se calientan por medio de sustancias químicas y que pueden adquirirse en cualquier droguería. Era evidente, sin embargo, que las bolsas estaban perdiendo todas sus virtudes caloríferas.

—Tenemos que hacer algo —dijo el más pequeño de los dos.

El otro movió afirmativamente la cabeza. Se arrastró hacia un lado teniendo buen cuidado de no hacer ruido y atisbó por un agujerito que había practicado en el sobre del dirigible. Volvió apresuradamente al lado de su compañero.

—Parece Santa Amoza lo que se ve ahí bajo —dijo—. Va ya

siendo hora de que obremos.

El hombre pequeño se levantó precipitadamente. Su rostro tenía una expresión maligna, sanguinaria y algo inquieta.

—¿Crees tú que esto nos saldrá bien? —gruñó.

—Seguro. No puede fallar.

Se deslizaron hacia abajo.

Doc Savage, que estaba trazando la ruta, oyó de pronto un leve ruido.

Le oyó dos veces antes de prestarle atención. Era un ruido metálico, semejante al que hubieran producido unos alicates al trabajar sobre metal.

Doc Savage dirigió una mirada al salpicadero. Un dispositivo automático guiaba en aquellos momentos al dirigible: una especie de giroscopio parecido al que emplean los grandes aviones. El dirigible seguía su ruta en línea recta.

El hombre de bronce decidió de pronto que ni Monk ni Ham estaban haciendo aquel ruido. Lo más probable era que sus dos ayudantes se hallaran dormidos.

Salió del cuarto de derrota y bajó por un pasillo estrecho por el que apenas podía pasar.

Llegó al compartimiento que Monk y Ham usaban para dormir. Había dos de éstos, uno a cada lado del pasillo central.

Observó, inmediatamente, una cosa rara. Los compartimientos estaban cerrados por fuera. Monk y Ham estaban encerrados. Era imposible saber si estaban dormidos o no. El silencio no era lo bastante grande para que pudieran oírse ronquidos si los dos hombres roncaban.

Doc Savage estaba mirando aquellas puertas cuando se abrió otra por encima. Esta daba al túnel que conducía a popa, donde estaba instalado el timón.

Salió un hombrecillo cuyo rostro hubiera resultado excelente para traidor de opereta. Alzó las manos, vacías. Parecía asustado, como si temiera que fuesen a maltratarle.

—¡Aguarde! —aulló—. ¡Déjeme que le explique!

Echó hacia atrás y hacia arriba las manos, como si intentase señalar algo.

Era una estratagema demasiado palpable. Doc, giró sobre sus talones.

Se había abierto otra puerta detrás de él. Un hombre enorme, de cuerpo de caja y rostro de muy poca inteligencia salió por ella. Este llevaba un revólver en la mano.

Doc se encontró con el cañón a poca distancia suya, apuntándole. No había tenido tiempo de hacer nada.

—No se mueva —ordenó el hombrecillo que apareciera primero.

Sacó una pistola.

Doc no se movió. Se quedó muy rígido. No obstante, cualquiera que le hubiese observado de cerca habría notado que se le hinchaban los músculos del brazo, bajo la manga.

Pero los dos desconocidos fueron demasiado listos. Se sacaron de debajo de la camisa pequeños aspiradores de oxigeno, parecidos a caretas antigás —y se los pusieron.

Seguramente los habrían empleado cuando el dirigible había alcanzado alturas en que el aire era insuficiente.

Doc Savage relajó los músculos. Aquellos hombres debían conocer algunos de sus trucos.

En un bolsillo oculto en el interior de la manga, llevaba unas ampollitas de cristal llenas de un gas que hacia perder instantáneamente el conocimiento a quien lo aspiraba, pero que perdía su potencia a los pocos instantes.

Había estado a punto de romper las ampollas con los músculos de su brazo para poner en libertad el gas.

—Intente algún truco más —dijo el hombre— caja, —y lo va usted a pasar muy mal.

Era evidente que aquel hombre no era tan poco inteligente como parecía.

Los dos se acercaron, pero con mucho cuidado. Le metieron las manos en el bolsillo y le registraron cuidadosamente sin encontrarle nada.

—¡Hum! —gruñó el hombre— caja —. ¡Ni siquiera lleva pistola!

—No te fíes —dijo el otro. Le dieron una orden mediante gestos bien expresivos. Doc Savage dio media vuelta y se dirigió al cuarto de derrota.

Llevaba los cañones de los dos revólveres pegados a la espalda. Llegó al cuarto y entró.

Pareció disparársele un cohete gigantesco en la cabeza.

Fue una de las veces que más cerca anduvo de ser pillado por

sorpresa por completo. El hecho de que tan poco faltara para ello se debería, con toda seguridad, al ruido que hacían los motores del dirigible.

Este ahogó casi todo el ruido que hizo el hombre —caja al usar la culata de su revólver. Pero no todo.

Doc se movió lo bastante para esquivar gran parte de la fuerza del golpe.

Cayó al suelo porque eso era lo que esperarían que ocurriese; pero no llegó a caer de plano. Cuando aun le faltaba un poco para tocar el suelo, pareció explotar.

Volviéndose, Doc Savage echó mano a una de las piernas del hombre —caja.

Dio un tirón. El hombre cayó, pero su forma de caer fue una sorpresa.

Tenía una habilidad enorme para hacer uso de su fuerza. No sólo era terriblemente fuerte, sino que sabía hacer cosas fantásticas con las manos y era rápido como una centella.

Cayó de lleno encima de Doc Savage y sus dedos fueron a parar inmediatamente al cuello de Doc, ejerciendo una presión horrible sobre ciertos nervios y segmentos de la espina dorsal.

Con las piernas asió al hombre de bronce por el cuerpo en una especie de tijera que le cortó por completo la respiración.

Doc Savage cogió al hombre por la cabeza y se la torció de un lado para otro tan aprisa, que no le dio tiempo a hacer funcionar bien los músculos del cuello que por cierto, tenían una fuerza sorprendente.

El hombre le propinó un golpe científico que le hizo ver lucecillas a Doc.

Repitió el golpe.

El hombre de bronce pareció quedarse exangüe. Su cuerpo perdió su tensión, la cabeza se le dobló y los brazos cayeron.

Su contrincante no aflojó la llave. Le dio golpe tras golpe. Luego le echó a Doc las manos a la garganta y apretó durante unos momentos, sin aflojar las piernas. Por fin empezó a aflojar, convencido de su victoria, y sonrió.

—Me parece que valgo bastante —exclamó, jadeando.

Soltó las piernas y empezó a levantarse de encima de Doc.

Entonces pareció estallar un volcán de bronce. Como si hubiera

sido una simple pluma, el hombre —caja se sintió proyectado en el aire y tirado contra el suelo, alzado por la cabeza, vapuleado y vuelto al suelo.

Doc Savage no se paró a mirarle: corrió hacia el hombrecillo. Este último había hecho de observador, regocijado primero, cariacontecido después.

Estaba intentando hacer uso de su revólver ahora.

AL ver que Doc corría hacia él, soltó el arma y echó a correr. Salió del cuarto y cerró la puerta tras sí.

Doc no le persiguió. Tenía muy buenas razones para no hacerlo. El hombre —caja sólo había estado descansando, reponiéndose del aturdimiento.

Se había puesto de nuevo en pie, enojado, enloquecido, se abalanzó sobre Doc, y empezó a hacer uso de sus innumerables trucos.

El hombrecillo había huido con un fin determinado. Había subido a un punto situado por encima mismo del cuarto de derrota, donde se hallaba otro cuarto reservado a los aparatos que regulaban el suministro de aire.

Sacó una lámpara de bolsillo. Parecía estar familiarizado con la maquinaria.

Se detuvo junto a una batería de tubos que conducían el aire a los distintos cubiertos o compartimientos.

El hombrecillo se puso a trabajar con las válvulas y cortó, en pocos momentos, el suministro de aire.

Volvió, apresuradamente, al cuarto de derrota.

Doc Savage y su contrincante seguían luchando. Por los cardenales que tenía en la cara se veía que el hombre de bronce se había encontrado con un adversario duro. Tenía abierta la piel en varios sitios.

Pero al hombre —caja empezaron a aflojársele las piernas. Con los hombros encogidos para protegerse las mandíbulas, procuraba rehuir a Doc más bien que acercarse a él. Aun podía manejar los brazos con rapidez, sin embargo.

De pronto Doc, le asió de las muñecas y tiró de él, atrayéndole. El otro intentó agarrarse.

Un instante después parecía como si estuviera haciendo esfuerzos por sostenerse en el suelo apoyado en la nariz. Jamás

supo cómo le habían tirado y dado la vuelta de aquella manera.

Rodó luego por el suelo. Estaba vencido. No hizo el menor esfuerzo por levantarse.

Doc Savage le observó con atención, como si sospechara que se trataba de una estratagema. Respiraba con más dificultad que de costumbre.

Su rostro empezó a cambiar de expresión tan lentamente que resultaba casi imperceptible.

Pareció comprimir aún más los labios. Durante un momento se oyó un sonido extraño, vago… un trino, una nota singular difícil de describir…

El hombre de bronce dio dos pasos hacia los instrumentos. Luego se le doblaron lentamente las rodillas. Cayó al suelo.

Cayó casi delante del salpicadero, donde una esfera marcaba el estado del aire. El indicador de oxigeno señalaba por la parte encarnada de la esfera, lo que significaba que el aire del cuarto carecía de oxigeno suficiente. Atrás, en los compartimientos, se oyó un jaleo enorme: puñetazos sobre el metal, gritos y aullidos. Monk y Ham se habían despertado, encontrándose encerrados.

Apareció el hombrecillo, deslizándose hacia el cuerpo yacente de Doc Savage. Llevaba puesta su máscara antigás.

Se aseguró que Doc había perdido el conocimiento. Luego escuchó el ruido que sus ayudantes estaban haciendo. Esto pareció inquietarle.

El hombre —caja yacía exangüe, jadeando un poco. El hombrecillo se acercó, sacó el revólver y dejó sin sentido a su cómplice de un culatazo.

Luego cogió unos prismáticos y miró hacia abajo por la claraboya que había en el suelo del cuarto. Se veían luces abajo y un poco más allá.

El hombrecillo pareció reconocerlas. Sonrió y se dirigió al aparato de radio.

Los actos demostraron que conocía muy bien el manejo de dichos aparatos.

Examinó rápidamente aquél. Luego, sin vacilar, hizo girar los interruptores necesarios y puso en marcha la emisora y el receptor, quitándose la máscara de la cara unos instantes para acercar la boca a un pequeño micrófono.

—Parte —anunció tranquilamente.

Sintonizó con un largo de onda determinado, en el cual debía de haber alguien escuchando, porque no tuvo que esperar.

—Dé su parte —respondió una voz por el receptor.

—Mensaje para el Inca Gris —dijo el hombrecillo—. Legionario Blanco número dos anuncia captura del dirigible de Doc Savage.

Nada más. Aguardó. Transcurrieron varios minutos. Monk y Ham seguían haciendo mucho ruido, intentando salir de los compartimientos; pero sin lograrlo.

Llegó un mensaje por radio. No iba en inglés, sino en una clave que hubiera resultado completamente inteligible para quien lo hubiese sorprendido.

El hombrecillo, sin embargo, pareció entenderlo perfectamente.

—Mensaje para el Inca Gris —dijo por fin—. Ordenes comprendidas.

Cerró el aparato, se puso en pie y volvió a examinar a Doc. El hombre de bronce no parecía respirar siquiera. Hubiérase dicho que estaba muerto.

Dando muestras de una indiferencia cruel, el hombrecillo no se fijó siquiera en su cómplice.

Corrió hacia la parte del dirigible en que habían estado escondidos desde que salieron de Nueva York. Sacó un paquete de entre las vigas.

Este contenía dos cosas: una bomba y un paracaídas.

Bajó de nuevo y buscó la parte más delicada del dirigible. Colocó la bomba.

Esta llevaba un detonador de relojería. Lo puso en marcha. Luego huyó.

Temblaba en sus prisas por sujetarse el paracaídas a la espalda. Por poco se cayó dentro del cuarto de derrota. Este tenía cristal irrompible todo a su alrededor. La mayor parte estaba fijo; pero había trozos, a ambos lados, que podían alzarse. Abrió uno de ellos.

Entró en la barquilla aire frío, de una temperatura de nueve grados bajo cero. El hombrecillo tiritó. Se le ocurrió una idea de pronto; abrió todos los demás cristales que le fue posible.

Así se aseguraba que murieran Doc Savage y los otros. Faltaba aire aspirable, había una bomba a bordo, y hacía frío suficiente para helarles.

Vaciló un instante y luego se lanzó al vacío. Contó diez y tiró del cordón del paracaídas. Este se abrió.

Cayó aprisa y las nubes que al principio habían parecido lisas, hiciéronse rugosas, un bosque de promontorios y grietas de vapor de agua.

Un poco más allá acababan las nubes. Al otro lado, apenas visibles, pareciendo más bien un borrón que una hilera de puntas brillaban las luces de Alcalá, capital de Santa Amoza.

El hombrecillo había estado intentando mirar hacia arriba; pero hacía rato que perdiera de vista al dirigible. Transcurrieron dos minutos. Volvió a alzar la vista. Parecía estar esperando algo.

A juzgar por su expresión, aquel algo tardaba en llegar. Parecía preocupado.

Tenía fruncido el entrecejo.

De pronto llegó lo que esperaba. Se vió como un relámpago que iluminó las nubes. Luego se oyó como un trueno fantástico que reverberó entre las nubes.

El hombrecillo pareció satisfecho. Suspiró.

Aterrizó en un macizo de arbustos, arañándose bastante. Se deslizó del paracaídas apresuradamente. Luego se fue.

CAPÍTULO VII

INTIMAMIENTO A LA RENDICION

EL ruido de la titánica explosión aérea fue oído por toda la ciudad de Alcalá.

Hizo que millares de personas corrieran a cobijarse en los refugios. Porque los ataques aéreos no eran cosa desconocida en Alcalá.

Muchas otras salieron a la calle, dejando que la curiosidad se sobrepusiera al sentido común. Miraron hacia el cielo, esperando presenciar el espectáculo de un bombardeo.

Pero no vieron más que lo que parecían ser gallardetes de fuego, fragmentos inflamados que caían a tierra desde considerable altura. Estos se apagaron antes de tocar el suelo.

Los reflectores de Alcalá iluminaron el cielo con sus haces luminosos, intentando descubrir posibles aviones enemigos.

Los antiaéreos dispararon unas cuantas veces. Por fin volvió a reinar la calma.

Bajo cubierta de la excitación, sin embargo, habían estado llevándose a cabo ciertos movimientos siniestros. Varios hombres que se mantenían siempre en las sombras y que tomaban toda suerte de precauciones para que no se les viera el rostro, habían empezado a converger en un punto determinado.

No les era difícil moverse sin ser descubiertos, porque Alcalá, después de la explosión, se había quedado completamente a oscuras para protegerse contra el posible bombardeo.

La reunión tuvo lugar casi en la sombra del palacio del presidente Carcetas.

El lugar era la casa abandonada de cierto hombre acaudalado que había sentido simpatías por el país enemigo y había creído

prudente huir dos años antes.

Excepción hecha del murmullo en que cada hombre daba el santo y seña, no se oía el menor ruido.

Por fin, sin embargo, hubo un movimiento de actividad.

—El amo llega —murmuró alguien.

—El Inca Gris —respiró otro.

Un momento después, su siniestro amo se hallaba entre ellos. Nadie encendió una cerilla ni una lámpara de bolsillo.

El que lo hubiese hecho hubiera muerto a cuchillo o de un tiro y, de todas formas, no hubiese descubierto nada.

El Inca Gris llevaba un disfraz sencillo y eficaz. Iba envuelto de pies a cabeza en un manto gris tan oscuro que casi parecía negro.

La capucha no tenía agujeros para los ojos, pero era de un material más delgado, de forma que el desconocido podría ver a través de él.

El Inca Gris habló en voz cuidadosamente cambiada para que nadie pudiera reconocerla.

—¿Ha llegado el Legionario Blanco número dos? —preguntó.

El hombrecillo que había colocado la bomba en el dirigible de Doc se adelantó y se dio a conocer. Se puso inmediatamente a hacer una descripción de su proeza.

—Había trilita en esa bomba —acabó diciendo en español, con la dificultad del hombre que acaba de aprender el idioma—. Todo lo que haya quedado del dirigible le cabría a usted en un ojo.

—Sea usted un poco más respetuoso —ordenó el Inca Gris.

Aun cuando la voz estaba excelentemente disfrazada, quien hubiera escuchado con atención hubiese observado una cosa: el Inca hablaba el inglés mejor que el español, no por el acento, sino porque parecían fluirle las palabras inglesas con más facilidad.

Los secuaces del Inca parecían saber para que estaban reunidos allí. No se dio orden alguna.

El Inca Gris se limitó a decir:

—Obraremos ahora, señores.

La reunión se dispersó.

La siniestra figura del Inca apareció junto al palacio presidencial poco después. No había luces; pero se oía el paso acompasado de los centinelas en la oscuridad.

EL Inca les escuchó. En pocos instantes se dio perfecta cuenta de

la forma en que ejercían su vigilancia. Se deslizó hacia adelante.

Santa Amoza llevaba mucho tiempo en guerra y la guerra significa que los jefes políticos han de tomar más precauciones de lo corriente contra el asesinato.

EL presidente Carcetas, con el fin de proteger la vida de su hija, había hecho colocar una alta y espesa valla de arbustos alrededor de las galerías de palacio.

La linda señorita se hallaba en aquellos momentos descansando en una de las galerías, donde no sólo quedaba oculta a los ojos de cuantos pasaran por la calle, sino de cuantos hubiera en los jardines de palacio también.

La joven leía los periódicos que estaban llenos de los comentarios de costumbre, en los que se aseguraba que Delezon podría darse por vencido ya.

Se consideraba completamente segura. Si oyó algún ruido a sus espaldas, debió de creer que se trataba de alguno de los criados. Un trapo le cubrió la boca antes de que se diera cuenta de que corría peligro.

El trapo apestaba a cloroformo. La joven luchó con furia. No podía ver a quien la había atacado. Dio un puntapié hacia atrás y le alcanzó en la espinilla.

Durante un instante logró apartarse el trapo de la cara. Emitió unos gritos penetrantes y, habiendo visto la indumentaria del desconocido, dedujo, con exactitud, quién era.

—¡El Inca Gris! —gritó—. ¡Auxilio!

Luego el lnca logró taparle otra vez la boca y la nariz con el trapo y se la llevó. El cloroformo le hizo perder el conocimiento antes de que hubiese llegado muy lejos.

Reinaba una excitación enorme en el palacio presidencial. Los centinelas corrían de un extremo a otro. Se intentó dar la luz, descubriéndose que habían sido cortados los cables. La oscuridad sólo sirvió para aumentar la confusión.

El presidente Carcetas salió corriendo de su despacho particular e interrogó a uno de los centinelas excitados.

—La señorita Anita...

—La han secuestrado —contestó el soldado.

El presidente palideció.

—¡Dejen de correr de un lado para otro a tontas y a locas! —

rugió—. ¡Que sean acordonadas todas las calles de los alrededores de palacio! ¡Que un grupo de soldados registren las casas! ¡Que sea avisada la policía! ¡Aprisa!

Los soldados corrieron a obedecer las órdenes.

EL presidente se dirigió a la izquierda del edificio y no tardó en detenerse ante una puerta cerrada. Llamó, no recibió contestación y volvió a llamar.

Enarcó las cejas. Vaciló, luego hizo girar el pomo de la puerta y entró.

A primera vista la habitación parecía vacía. Sábanas y mantas estaban alzadas de la cama, como si se hubiera dormido en ella. Un taburete que estaba cerca de la cabecera estaba caído.

Sonó un gemido ahogado.

Carcetas corrió hacia la cama, miró debajo y sacó a un hombre atado.

Era el conde Hoffe, vendedor de armamentos. Su presencia en palacio no tenía nada de misterioso. Carcetas iba a hacer un nuevo pedido de municiones y quería discutir condiciones.

Por consiguiente, el conde Hoffe se había quedado en palacio a pasar la noche.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó el presidente.

El conde exhaló un gemido. Tenía un bulto bastante grande en un lado de la cabeza. Uno de sus ojos estaba casi cerrado y le manaba un hililllo de sangre por la nariz.

—Una figura siniestra, con una capa gris, cruzó mi cuarto —explicó—. AL despertarme yo, me dio un golpe.

—¿Vio usted la cara de su atacante?

—Sí.

—¿Quién era?

—No le hará mucha gracia saberlo. Se llevará una sorpresa.

—¿Quién era? —insistió Carcetas.

—Ace Jackson.

Era evidente que la noticia era un rudo golpe para Carcetas. Se quedó boquiabierto.

—¿Ace Jackson? —dijo, por fin—. ¿Está usted seguro?

El conde movió afirmativamente la cabeza.

—Completamente seguro.

—Pero… ¡si Ace Jackson está en el hospital con quemaduras

graves!... Sólo podrá andar unos pasos.

EL conde estaba desatado ya. Se sentó en el borde de la cama y se cogió la cabeza con las dos manos.

—Podía usted telefonear al hospital para enterarse de sí Ace Jackson sigue allí —propuso.

El presidente dio una orden. Uno de sus secretarios se puso en comunicación con el hospital. Volvió con un gesto de sorpresa.

—Ace Jackson ha desaparecido —dijo.

—Ahora ya sabemos quién es el Inca Gris —gruñó el conde Hoffe.

Carcetas nada replicó. Parecía demasiado conmovido para poder hablar.

La parte de la ciudad en que se hallaba el palacio era escenario de un enorme tumulto. Se habían montado ametralladoras en las calles, que, por añadidura, estaban todas acordonadas.

No se le permitía entrar ni salir de ellas a nadie.

Los soldados iban registrando las casas con el permiso de los inquilinos o sin él.

El presidente Carcetas corría de un lado para otro. Agitaba los brazos, gritaba. Parecía a punto de sufrir un desquiciamiento nervioso.

Esto resultaba sorprendente. Carcetas era, por regla general, un hombre taciturno que sabía dominarse. Normalmente, no se enfadaba nunca, y gracias a su serenidad, sus decisiones acostumbraban ser justas.

Tal vez por ello era el presidente más respetado que Santa Amoza hubiera tenido hasta entonces.

Ahora, sin embargo, Carcetas era un hombre cambiado. El secuestro de su hija tenía la culpa de ello.

Si seguía así, no se hallaría en condiciones de regir los destinos de la república. Correría el riesgo de cometer toda suerte de errores graves.

—¿Por qué había de apoderarse el Inca Gris de mi hija? —aullaba sin cesar.

El conde Hoffe movía negativa y penosamente la cabeza. Si se le ocurría algún motivo, se guardaba muy bien de decirlo.

Carcetas contestaba con irritación a cuantos intentaban consolarle. Un oficial condujo a su presencia a un centinela que

decía haber visto a una extraña figura salir de palacio.

—¿Vió usted la cara del individuo? —rugió Carcetas.

—No estoy seguro —contestó el centinela;— pero creo...

—¿Qué cree usted?

—Creo que era el señor Don Kurrell.

EL efecto de las palabras del soldado fue como el de una explosión. Se alzaron murmullos ominosos.

El conde Hoffe gritó, con expresión de incredulidad:

—¡Debe ser un error! ¡Tiene que haber sido Ace Jackson!

—Se parecía a Don Kurrell —insistió el centinela.

Si el presidente había estado obrando como un loco antes, aun lo hizo más ahora. Casi derribó al jefe de su Estado Mayor al correr hacia él gritándole.

—¡Que sea detenido Don Kurrell! ¡Que me lo traigan aquí enseguida!

Varios soldados cogieron coches oficiales y se alejaron a toda marcha. Era sabido que Don Kurrell tenía alquilado un juego de habitaciones en el mejor hotel de Alcalá.

Antes de haber transcurrido veinte minutos, el oficial que había sido enviado en busca de Don Kurrell telefoneó:

—A Don Kurrell no se le ha visto en toda la noche —dijo.

El presidente Carcetas tuvo otro espasmo de ira. Ordenó que se cuadruplicara el número de centinelas en la ciudad; que fuera vigilado el aeródromo; registrados los trenes; detenidos y examinados los automóviles.

Los coches oficiales habían estado haciendo mucho ruido en sus idas y venidas; pero aquello no fue nada comparado con el ruido de sirenas que acompañó la llegada de un automóvil extranjero de lujo, seguido de cuatro automóviles militares y escoltado por una patrulla de soldados.

El automóvil llevaba escudo de armas, para que todo el mundo supiera quién lo ocupaba.

Era el señor Junio Serrats, Ministro de Guerra, generalísimo de los ejércitos de Santa Amoza, el hombre más importante de la república, después del presidente. Su semblante reflejaba la preocupación cuando se apeó y entró en el palacio presidencial.

EL presidente Carcetas le recibió a cajas destempladas.

—¿Dónde ha estado usted metido? —aulló—. Cuando yo le

necesito, nunca anda usted por aquí.

—¡Cállese! —dijo el ministro con igual brusquedad—. Lea esto. Lo echaron debajo de la puerta de mi casa.

Le entregó un papel doblado, que decía lo siguiente:

"Para ser entregado al presidente Carcetas:

"Su hija se halla a estas horas en mi poder. En el cuarto contiguo al suyo, un pelotón está engrasando los fusiles. Del presidente Carcetas depende que la muchacha sea fusilada o no. Si Santa Amoza se rinde a Delezon, la joven será puesta en libertad, ilesa. Si Santa Amoza no se entrega, puedo asegurarle que será fusilada.

"El general Fernández Vigo. Dictador de Delezon."

Las manos del presidente Carcetas se quedaron exangües.

Se le escapó el papel de entre los dedos y cayó al suelo.

—¡Vigo... tiene a Anita... en su poder! —exclamó.

El Ministro de Guerra hizo una mueca sombría.

—¿Qué pasos damos? —preguntó.

El presidente se irguió. Estaba muy pálido y como a punto de desmayarse.

—¡Dé la orden de que se entreguen nuestras fuerzas a discreción! —dijo.

El ministro enarcó las cejas. En su rostro se reflejó la determinación.

—¡No! —rugió—. ¡Santa Amoza no se entregará jamás!

Se hizo un silencio eléctrico en el cuarto. Se hallaban presentes unos cuantos generales viejos que habían pasado por muchas revoluciones antes de la elección de Carcetas.

Estos se echaron a un lado, llevándose las manos a las pistolas, a la expectativa y en tensión.

El presidente estaba mirando con ira a Serrats. Parecía algo aturdido y, de momento, su serenidad fue casi mortal.

—Ya ha oído usted mis órdenes —dijo—. Nos rendimos.

—He oído sus órdenes —asintió Serrats:— ¡No nos rendimos!

EL presidente se enfureció.

—¡Ha dejado usted de ser Ministro de Guerra! —exclamó. Y, volviéndose a los soldados:— ¡Detengan a este hombre!

Los oficiales aquellos hablan obedecido a Carcetas durante muchos años. La costumbre fue más suerte en ellos: dieron un paso hacia adelante.

Junio Serrats se irguió:

—¡Un momento! —dijo—. El porvenir de Santa Amoza depende de lo que hagamos en estos momentos. Yo creo que hay mucho más en todo esto de lo que se ve a primera vista. Me refiero, como es natural, a las siniestras andanzas del misterioso Inca Gris.

Calló y echó una mirada a la asamblea. Todos se habían parado a escucharle.

—El Inca Gris se ha apoderado de la señorita Carcetas —prosiguió—. El motivo está bien claro. Quería conseguir lo que está a punto de conseguir. El presidente Carcetas es un hombre a quien todos reverenciamos y respetamos; pero no sabe lo que se hace en estos momentos. Está medio loro por el peligro que amenaza a una persona amada. Yo no le censuro por eso. Nadie puede censurarlo. Pero no creo que ustedes los generales que han luchado conmigo, ni yo, debemos permitir que se rinda Santa Amoza. Porque eso es, evidentemente lo que quiere conseguir el Inca Gris.

No dijo más; pero bastó para que los que le escuchaban reflexionaran. Era un momento crítico. El presidente Carcetas hizo entonces una cosa que decidió lo que había de hacerse. Agitó los brazos y gritó en voz aguda:

—¡Santa Amoza debe entregarse! ¡La vida de mi hija depende de ello!

Aquello decidió a los generales. Habían muerto ya millares de hombres en la guerra. Era terrible la decisión que tenían que tomar; pero como soldados, no podían vacilar.

La vida de una persona, aunque fuera tan simpática como la señorita Carcetas, no debía ser motivo de que Santa Amoza perdiese su libertad.

El presidente fue apresado. Se lo llevaron aullando, a una parte aislada del palacio.

El señor Junio Serrats observó la escena con serenidad. Si experimentaba alguna sensación de triunfo, la supo ocultar. No parecía ser el hombre que acababa de convertirse en dictador de Santa Amoza.

El conde Hoffe había presenciado todo lo ocurrido en silencio.

Había procurado colocarse detrás de todo el mundo; pero era una verdadera casualidad que se hallase cerca de uno de los tapices.

No había hecho caso alguno de la colgadura. Cuando llegó una

voz a sus oídos no se dio cuenta, al principio, de que salía de detrás de ella.

—Acaba usted de presenciar una revolución poco corriente —dijo la voz—. Si el propio Serrats fuera el Inca Gris no hubiera podido preparar sus planes de una manera más hábil. Gracias a este golpe, se ha hecho todopoderoso en Santa Amoza.

El conde se volvió para ver quién había hablado. Se le abrieron los ojos de par en par:

—¡Doc Savage! —exclamó.

CAPÍTULO VIII

SABOTAJE

LA exclamación del conde Hoffe fue exhalada en voz muy alta y muy sorprendida. Hizo que todas las miradas convergieran en el gigante de bronce que acababa de salir de detrás del tapiz que tapaba una de las ventanas.

Nadie dijo una palabra durante unos momentos.

EL Ministro de Guerra se acercó. Hizo una reverencia.

—Esto es un honor para Santa Amoza —dijo—. Espero que el viaje hasta aquí le había resultado interesante.

—Lo resultó bastante, se lo aseguro —contestó Doc, con sequedad.

Serrats se dio cuenta de que la respuesta tenía doble significado.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

Doc Savage explicó con franqueza todo lo ocurrido, incluso el atentado de que había sido víctima en Nueva York. Describió la lucha en el dirigible.

Parecía ser que el cuarto de derrota de la aeronave iba equipado con un aparato de oxígeno auxiliar; que entraba automáticamente en operación al fallar el aparato principal. Este aparato le había salvado la vida a Doc.

Sólo había permanecido unos instantes sin conocimiento, volviendo en sí a tiempo para ver al hombrecillo saltar con su paracaídas.

Un registro precipitado le había permitido dar con la bomba, cuyo mecanismo había desconectado para que no estallara.

—Conectamos luego el mecanismo de nuevo y tiramos la bomba por una escotilla —explicó Doc—. Estalló en el aire, muy por debajo de nosotros. El objeto de esta maniobra fue hacer creer al hombre

aquel que había tenido éxito su plan.

—¿Dónde está su dirigible? —preguntó Serrats.

—En la estratosfera por encima de Alcalá. Nos pareció aconsejable inducir a nuestros enemigos a creer que estábamos muertos. Un aeroplano auxiliar me sirvió para bajar a tierra. Monk y Ham se encuentran a bordo del dirigible.

—¿Dice usted que empleó un aeroplano auxiliar?

—Sí; un aparato muy pequeño que llevaba a bordo del dirigible. No se trata de ninguna cosa nueva, como usted sabrá.

Serrats sonrió levemente; pero sin pizca de humorismo.

—Logró usted pasar por entre los centinelas de palacio con bastante facilidad —dijo.

—Por poco me sorprendieron numerosas veces. Lo que más me interesa de momento —agregó Doc,— es averiguar el paradero de Long Tom... del comandante Tomás J. Roberts.

El semblante del Ministro de Guerra se tornó muy serio.

—Como puede usted suponer-dijo —, tenemos una red de espionaje en el país enemigo.

—Y... ¿qué le han dicho sus espías? —inquirió Doc.

—Que Long Tom Roberts fue fusilado ayer como espía.

La expresión de Doc Savage no cambió en absoluto; pero un momento después de haber oído la noticia se oyó el fantástico trino que emitía en sus momentos de mayor tensión.

—¿Era digno de confianza el informe? —inquirió.

—Sí —asintió Serrats;— no cabe la menor duda acerca de la veracidad de la noticia.

—Dígame lo que sepa del Inca Gris —dijo el hombre de bronce, bruscamente.

Serrats parpadeó. Luego habló.

El hombre de bronce escuchó en silencio el relato de las atrocidades del Inca. El relato resultaba muy expresivo. Vez tras vez el Inca Gris había deshecho ofensivas que parecían a punto de darle la victoria a Santa Amoza.

—Eso parece indicar que el Inca Gris es un representante de Delezon: —observó Doc.

El Ministro de Guerra movió afirmativamente la cabeza.

—Eso mismo habíamos creído nosotros, pero no tenemos ninguna prueba de ello.

Doc Savage no dijo más. Se volvió hacia la puerta.

—¿Que piensa usted hacer? —le preguntó Serrats.

—Visitar al general Fernández Vigo, dictador de Delezon.

—Pero…

—El general Vigo ha fusilado a Long Tom —le interrumpió Doc.

La voz del hombre de bronce no expresaba ira; pero tenía su tono una cualidad tal y respiraba tanta determinación, que Serrats retrocedió un paso.

Hizo una reverencia.

—Las facilidades de Santa Amoza están a su disposición —dijo.

—Gracias. Prefiero siempre trabajar solo.

Salió por la misma ventana por la que había entrado y, aun cuando había centinelas en el parque del palacio y en las calles vecinas, no fue sorprendido.

El hombre de bronce era maestro en el arte de ir de un lado a otro sin ser visto.

Había algunas luces por las calles de Alcalá ya. La noche era calurosa y ni un edicto militar podía conseguir que se tuvieran cerradas puertas y ventanas.

Aun cuando el alumbrado de las calles hubiera sido excelente, no hubiese sido fácil transitar por Alcalá, sobre todo por los barrios más pobres durante la noche.

En la parte vieja, por el lado oeste, las calles eran estrechas y, con frecuencia, estaban llenas de escombros.

De haber podido alguien observar a Doc en aquellos momentos, hubiese jurado que tenía ojos de gato. Fin realidad, el hombre de bronce poseía algo mejor que eso.

Llevaba una especie de gafas de singular construcción, cuyos cristales, muy complejos, alcanzaban el tamaño de latas de leche condensada. En una mano llevaba una especie de caja que parecía una linterna mágica.

La boca de esta caja no era muy grande y de un negro muy intenso. No parecía despedir luz alguna, cosa que engañaba mucho.

La caja proyectaba rayos infrarrojos, que son completamente invisibles para el ojo humano y las gafas permitían al hombre de bronce ver con luz tan extraña.

Por consiguiente, aun cuando viajaba a través de lo que parecía intensa oscuridad, le era posible ver con bastante claridad lo que

sucedía a su alrededor.

Corriendo rápidamente, cruzó las calles, esquivando los obstáculos en dirección al pequeño aeropuerto situado en las afueras de la ciudad.

Iba con cuidado para no meterse delante de los peatones y, cuando veía acercarse algún coche, se metía en el hueco de alguna puerta.

Llegó silenciosamente al aeródromo, haciendo uso de la linterna de "luz negra". Ello explica que pudiera pillar por sorpresa a cierto número de hombres.

Eran éstos siete. Vestían de paisanos y tenían cara patibularia.

Se acercaron al aeroplano. Sin que pareciera cambiar el paso, la velocidad de Doc aumentó. No hizo el menor ruido. Aun cuando él podía ver claramente, la oscuridad era profunda en el aeródromo y los hombres no le vieron.

Doc Savage se acercó al último de ellos. Los oía hablar ya.

—Daos prisa, muchachos —dijo el que parecía jefe—. Hay muy poco tiempo.

—¿Por qué quiere el Inca Gris que se obstruya el aeroplano? —preguntó uno.

—Esa pregunta es infantil. ¿No has oído hablar del ataque aéreo que Ace Jackson ordenó esta tarde contra Delezon desde su lecho del hospital?

—Oí el ruido de muchos aeroplanos en vuelo.

—No queda ni un solo aparato en Alcalá. Por consiguiente, si obstruimos su aeroplano, Doc Savage tendrá que quedarse en Alcalá.

Doc Savage hubiera querido oír más; pero los hombres se disponían ya a destrozar el aeroplano. Tendría que impedirlo.

Alargó un brazo. Uno de los hombres soltó un gemido y cayó bajo el golpe.

Doc le cogió como si careciera de peso y le hizo girar alrededor de su cabeza a modo de maza. Cuando le soltó, otros dos hombres cayeron.

Retrocedió sin hacer ruido, dando la vuelta. Seguía con la linterna negra en la mano; pero la colocó ahora en el suelo de forma que iluminara al grupo.

Luego atacó.

Un hombre intentó sacar una lámpara de bolsillo. Doc le dio un golpe en la sien, derribándolo.

Los que quedaban empezaron a gritar y a correr de un lado a otro, a ciegas, tropezando con los cuerpos de sus compañeros caídos.

Uno de ellos, por pura casualidad, logró echarle los brazos al cuello a Doc.

El hombre de bronce le asió, le alzó en vilo y le tiró. El otro soltó un aullido en el aire, aullido que terminó en un sonido hueco, desagradable, al tocar su cuerpo al suelo.

Sólo quedaban dos en pie ya, y éstos se asustaron. Echaron a correr impulsados por el terror. Doc Savage se retrasó un poco porque uno de los hombres que había derribado estaba intentando ponerse en pie. Volvió a caer al darle Doc un golpe en la mandíbula y ya no volvió a levantarse.

El hombre de bronce salió en persecución de los dos que habían huido. A pesar de lo aprisa que iban, él fue más rápido que ellos. No los alcanzó, sin embargo, hasta que hubieron recorrido unos doscientos metros.

Los derribó en plena carrera a puñetazo limpio.

Lo estaba examinando cuando oyó que se ponía en marcha el motor de un aeroplano.

Se alzó y escuchó. No cabía la menor duda de que se trataba de un aeroplano. Y, por el ruido del motor, reconoció que se trataba del suyo.

Volvió corriendo al campo. No se había esperado aquello. Los hombres que había dejado allí —sus atacantes, seis de los ocho— debían hallarse aun sin conocimiento. Sabía que les había pegado fuerte.

Se dirigió a la linterna de "luz negra" que había dejado en el suelo en el lugar de la lucha. La encontró y dio un contacto para hacer más intenso el haz de rayos.

Por regla general no usaba toda su potencia para no agotar demasiado aprisa las pequeñas baterías que llevaba. Dio la vuelta a unos arbustos, cruzó por entre unas palmeras y los rayos invisibles de su linterna iluminaron el aeroplano.

Este estaba en movimiento. AL otro lado del campo de aterrizaje había una hilera de palmeras. El aparato se dirigía en línea recta a

ellas.

Chocó contra los árboles con enorme fuerza. Las alas se rompieron. El motor se arrancó del aparato, y siguió adelante como un proyectil.

La gasolina se prendió fuego. Las llamas se propagaron no sólo a todo el aeroplano, sino a las palmeras vecinas, convirtiéndolas en columna de fuego.

Doc Savage no se acercó al aparato: no tenía salvación ya. Se limitó a cambiar de dirección y acercarse al lugar en que había dejado a los seis hombres sin conocimiento.

No tardó en encontrarles. Estaban allí, tal como los había dejado.

No; no como los había dejado, porque al marcharse él estaban vivos.

Ahora estaban todos muertos.

Y su piel despedía un leve brillo, algo así como si estuviere cubierta de una sustancia fosforescente. Apagó la linterna y se quitó las gafas. Luego sacó una lámpara de bolsillo corriente y la encendió.

En cuanto miró a los muertos, empezó a sonar su extraño trino.

Un polvo gris cubría las manos y el rostro de los seis hombres. Parecía polvo sucio.

¡La señal de muerte a manos del Inca Gris!

Se dejó caer de rodillas. Sacó del bolsillo un sobre de seda barnizada, que se cerraba herméticamente.

No tocó el polvo con la mano.

Hizo uso de unas hojas de hierba para echar una pequeña cantidad dentro del sobre, que luego cerró con una abrazadera de metal y se lo guardó.

Había estado escuchando. Y oyó de pronto, el sonido que había esperado oír: el de un hombre que se movía.

Se dirigió hacia el punto de donde procedía. No hizo el menor esfuerzo por no hacer ruido; pero su avance fue casi silencioso. Su agudo oído volvió a oír ruido. Alguien se alejaba, arrastrándose.

Se puso las gafas y volvió a usar el proyector de rayos infrarrojos. A nadie descubrió. Quienquiera que fuese el merodeador, se hallaba oculto entre la maleza.

Fue un poco más despacio al meterse él por entre la vegetación:

era necesario para no meter demasiado ruido. Oyó al desconocido con más frecuencia. Parecía estar moviéndose más aprisa, intentando alejarse de la vecindad.

Con una velocidad vertiginosa, Doc avanzó. Distinguió una figura que corría casi doblada. No tardó en alcanzarla.

No dio golpe alguno. Se limitó a coger al fugitivo de los brazos por encima de la muñeca, le alzó en vilo y le pegó contra el suelo.

Permanecieron los dos quietos unos instantes. Ninguno de los dos habló.

Ninguno de los dos se movió. Luego Doc sujetó las dos muñecas del hombre con una sola mano y, con la otra, se quitó las gafas especiales y sacó la lámpara de bolsillo.

Su cautivo estaba envuelto en vendajes de pies a cabeza como una momia.

Tenía cara de haber boxeado más de una vez. La nariz aplastada le daba aspecto de perro dogo.

El cautivo sonrió expansivamente.

—He oído hablar mucho de usted —dijo,— y veo que su fama es merecida.

—¿Quién es usted? —inquirió Doc.

—Ace Jackson —dijo el prisionero.

CAPÍTULO IX

BATACAZO

DOC Savage no soltó al hombre. La presión era fuerte y dolorosa. La sorpresa desapareció del rostro de Jackson, que se retorció un poco.

—Afloje un poco —dijo—. Después de todo, se me considera un inválido.

Doc Savage dio de pronto un leve golpe con la palma de la mano en el brazo y en el pecho de Jackson. Hizo lo mismo en varias otras partes de su cuerpo.

EL aviador sólo hizo una mueca de dolor dos veces.

—Se supone que tiene usted quemaduras graves —le dijo Doc;— pero, en realidad, está usted bastante sano.

Ace Jackson se puso colorado.

—Escuche —murmuró:— Si usted tuviera una novia muy guapa que fuera a verle todos los días y a cogerle la mano y todo eso... ¿no le parecería magnífico el estar en el hospital? La verdad es que hubiera podido salir hace dos semanas; pero he estado fingiendo un poco.

Doc Savage nada dijo. Miró al hombre. Ace Jackson sonrió, esperando evidentemente que fuera creída su explicación.

—Esa es la verdad —insistió el aviador;— pero, por el amor de Dios, no se lo diga usted a Anita.

—¿Qué hacía usted aquí?

—Seguía a uno.

—¿A quién?

—A Don Kurrell.

—¿Desconfía usted de él también?

—Soy un hombre muy desconfiado —contestó Ace Jackson—. Y

desconfío de todo el mundo. La pura verdad es que no tengo ideas suficientes para desconfiar de nadie en particular.

—Si admitiéramos que Don Kurrell fuese el Inca Gris, ¿qué motivo tiene para obrar de esa forma?

—Motivo de sobra: es petrolero. La gente que se dedica a explotar yacimientos petrolíferos es capaz de cualquier cosa. Tal vez tenga hecho trato con el general Vigo, de Delezon, para que, si vence Vigo a Santa Amoza, le dé a su compañía una concesión en las dos repúblicas.

—¿Tiene usted alguna prueba de eso? —inquirió Doc.

—No —confesó Ace Jackson;— pero cualquiera lo sabe.

De pronto sonó un grito ronco, sin palabras; pero no necesitaba palabras.

Era una petición de auxilio. Ace Jackson se puso en pie de un brinco, aun cuando Doc aún le tenía sujeto por las muñecas. Corrieron hacia él lugar en que había sonado el grito sin que Doc le soltara.

Oyeron correr a alguien por la maleza. Se iba acercando. No tardó en aparecer.

Era un hombrecillo rollizo y, cuando los vio, se detuvo. Hizo una cosa singular, evidentemente una costumbre que tenía: se puso de puntillas, como para parecer más alto.

—¡Don Kurrell! —exclamó Ace Jackson.

Doc examinó al recién llegado. El hombrecillo no tenía nada de particular que le distinguiera de los demás, salvo su estatura y su empeño en parecer tan alto como un hombre corriente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Doc.

Don Kurrell asió el brazo del hombre de bronce, como si esperara derivar fuerzas de él.

—¿Usted es Doc Savage? —jadeó—. He oído hablar mucho de Usted; ya le he visto retratado.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar Doc.

—El Inca Gris intentó matarme.

—¿Ahora mismo?

—Dos veces. Una vez en mi hotel, y logré escaparme. Eché a andar en dirección a palacio; pero por el camino oí hablar a unos soldados. Supe que se desconfiaba de mí.., que acababa de ser secuestrada la señorita Carcetas y que se me acusaba a mí de

haberlo hecho.

AL oír esto, apareció en el rostro de Jackson la misma expresión que si le hubieran dado un latigazo. Parecía demasiado aturdido para hablar. Si aquello era comedia resultaba un buen actor.

Don Kurrell continuó rápidamente:

—También oí decir a los soldados que el aeroplano de usted estaba aquí. Conque vine a ver si le veía para hablar con usted. Necesito su ayuda. Quiero que demuestre mi inocencia. Corro un grave peligro.

—¿Por qué había de quererle matar el Inca Gris?

—No lo sé. Esa es la pura verdad. No lo sé. Y esta otra acusación, la de que he sido yo el que ha secuestrado a la muchacha... ¡Serán capaces de fusilarme nada más que porque un soldado ha dicho que el secuestrador se parecía a mí!

Ace Jackson aulló de pronto:

—¡Anita secuestrada! ¡Usted es el culpable!

Se desasió bruscamente de Doc y se abalanzó sobre Kurrell. Era tanto más alto y fuerte que el petrolero y tanto más luchador, que pronto hubiera acabado con él de no haberse metido Doc Savage de por medio.

Este se puso entre los dos hombres y a los pocos instantes Jackson se encontró en el suelo, boca arriba, sin saber cómo.

EL aviador gritó:

—¡Maldita sea su estampa! ¡El es el Inca Gris!

A estas palabras siguieron unos momentos de silencio.

Don Kurrell retrocedió un paso, como si la fuerza de la acusación le hubiera hecho el mismo efecto de un golpe. A continuación hizo una cosa bastante rara. Intentó cepillarse la ropa con las manos Ahora no procuraba parecer más alto. Parecía más pequeño que nunca y su aspecto casi inspiraba lástima.

—So... puer...

De pronto se alzó de puntillas y señaló a Jackson con un dedo rígido.

—¡Usted! —aulló—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido pensar en usted antes?

La excitación apenas le permitía hablar con claridad.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Savage, con brusquedad.

—Que debí haber pensado en Ace Jackson antes. Es un aviador a sueldo, un mecánico, y cuando el Inca Gris hace una de las suyas, él se encuentra en escena o muy cerca del lugar en que ocurre. Él es el hombre que mata con el extraño polvo gris. Él es quien ha hecho secuestrar a la señorita Carcetas. ¡Ace Jackson es el Inca Gris!

El rostro del aviador estaba congestionado y movía extrañamente la boca.

Los ojos de Doc Savage no perdían detalle de la escena. Si daba crédito a las afirmaciones de alguno de los dos, no daba la menor señal de ello.

—¿Puede alguno de ustedes dos demostrar lo que dice? —preguntó.

Ninguno de los dos podía.

Doc Savage asió a cada uno de ellos por un brazo y los empujó por entre la maleza. Llegaron al lugar en que habían quedado los dos últimos hombres que derribara Doc.

Ambos seguían en el suelo.

Ace Jackson les dirigió una mirada, y exhaló una exclamación de sorpresa.

Don Kurrell, al mirar, también pareció sobrecogerse.

Los dos hombres estaban muertos y sobre todas las partes desnudas de su rostro había una delgada capa del horrible polvo gris.

Doc soltó a los dos prisioneros y se inclinó sobre los cadáveres. No había tenido tiempo de registrar a los otros; pero no tenía ya para examinar a aquellos.

Los registró cuidadosamente, usando unos guantes de goma que se sacó del bolsillo. Al retirar la ropa de las víctimas no pudo hallar señal alguna que indicara la forma en que habían muerto.

No obstante, tenían las facciones contraídas y los ojos desorbitados. La muerte, al alcanzarles mientras se hallaban sin conocimiento, no había tenido nada de agradable.

Hizo falta bastante tiempo para llevar a cabo su examen. Una vez terminado, Doc condujo a los dos prisioneros al centro del aeródromo.

Allí todos recibieron una sorpresa.

Se encendió, bruscamente, una lámpara de bolsillo.

—¿Qué está ocurriendo aquí, señor Savage? —inquirió una voz.

El Ministro de Guerra, Junio Serrats, salió de las sombras. Cuando Doc le viera por última vez, el ministro se hallaba vestido impecablemente; pero ahora estaba todo desgreñado. Había sudado. No llevaba chaqueta. Tenía barro en los zapatos, en el cabello y en una de las piernas.

Pareció creer necesaria una explicación.

—Vine al aeropuerto para asegurarme de que pudiera usted partir sin peligro —dijo:— Vi arder el aeroplano. Intenté apagar las llamas, pero sin éxito.

Doc no hizo movimiento afirmativo alguno con la cabeza. Tampoco dio muestras, en forma alguna, de que no creyera lo que el otro le decía.

—¿Le acompañó su escolta? —inquirió.

—Vine solo —contestó el ministro;— era más rápido.

La forma en que contestó dio a entender que no le hacía mucha gracia que le interrogaran.

Doc miró al cielo. Empezaba a clarear.

—¿No hay aeroplano alguno disponible en Alcalá? —inquirió.

—Ninguno —respondió el ministro, dirigiéndole una mirada torva a Ace Jackson—. Este hombre ordenó a todos los aviadores que salieran con sus aparatos para el frente. Lo hizo sin consultarme.

Ace Jackson sacó la mandíbula y dijo:

—La aviación de Santa Amoza constituye una unidad aparte. Tal fue lo convenido cuando yo me hice cargo de ello. Lo que yo digo se hace y no tengo obligación de consultar a nadie.

El Ministro de Guerra sonrió, sombrío.

—Es posible que ese convenio sea modificado —declaró.

Ace Jackson soltó un resoplido. Se volvió hacia Doc Savage:

—Hay un aeroplano aquí —dijo—. No vale gran cosa. Es un aparato viejo en el que yo volé hasta aquí. Pero aquí está y puede usted disponer de él, si gusta.

—Lléveme a él —dijo Doc.

Se dirigió, primero, a un macizo de arbustos que había a la orilla del aeródromo. Sacó de entre ellos una maleta pequeña que había ocultado allí al aterrizar. Volvió al lado de los otros con la maleta en la mano.

Resultó que Serrats tenía un coche esperándole a poca distancia

de allí. Se dirigieron a él y Serrats se encargó de conducir.

Doc Savage iba sentado a su lado y Serrats se inclinó y le dijo al oído:

—Don Kurrell y Ace Jackson se han acusado mutuamente de ser el Inca Gris. ¿Qué quiere usted que se haga?

—Nada —respondió Doc.

El ministro soltó una maldición.

—Si existe la menor posibilidad de que alguno de esos dos señores sea el Inca Gris, los haré fusilar a los dos.

Doc Savage nada dijo al ver el aparato viejo de Jackson. Tal vez esto indicara tanto como lo que había ocurrido anteriormente, cuán grande era el dominio que el hombre de bronce ejercía sobre sí. Aquel aparato era un aeroplano, aun cuando algunos lo hubieran negado rotundamente.

En contraste con el aparato de Doc que había quedado destruido, aquél daba la impresión de ser lento y torpe como un caracol.

Doc examinó el motor. Era viejo, pero había sido reparado recientemente.

Tal vez no se deshiciera. Colocó el maletín detrás de los mandos.

La ametralladora, sin embargo, nada tenía de decrépita. Era casi nueva y de lo más moderno. Los cinturones de proyectiles estaban todos cargados.

Doc quitó la cubierta de lona y la examinó. No tenía alambres que pudieran oxidarse con la humedad tropical. No había más que apretar el gatillo.

No estaba sincronizada para disparar a través de la hélice.

—Cuando se lleva una ametralladora sincronizada, hay que poner proa al enemigo —explicó Ace Jackson—. Y ya tiene uno suerte con poder conservar este cacharro en el aire, sin tener que complicarse la existencia apuntándolo contra nada.

Ace Jackson hizo girar la hélice. Doc gritó: "Contacto". El motor dio una fuerte sacudida y volvió a pararse. Probaron otra vez.

Rugió el motor y empezó a funcionar con un ruido y trepidación que hizo estremecerse todo el aeroplano. Polvo y hojas cayeron de las alas.

Doc Savage miró el salpicadero.

El altímetro había quedado deshecho a balazos hacía tiempo. El

tacómetro marcaba tres mil trescientos, cosa que se veía claramente que no era verdad.

EL aparato registrador del lubricante estaba arrancado —por completo.

—Tiene uno que valerse del olfato —explicó Ace Jackson—. Cuando empieza a oler mal, es que está recalentado. Entonces no tiene uno más remedio que mirar a su alrededor para ver dónde puede aterrizar.

—Quite las cuñas —le dijo Doc.

Ace Jackson quitó las cuñas de debajo de las ruedas. Tuvo que bramar para que la voz dominara el ruido del motor.

—¡Buena suerte! —dijo.

El motor metió más ruido que nunca. El aparato pareció estar intentando desarmarse a fuerza de sacudidas. Luego avanzó y tomó velocidad.

Doc manejó los mandos y empezó a creer que el cacharro aquel nunca levantaría la cola. Por fin despegó. Doc le hizo dar la vuelta. El aparato voló por encima del aeródromo, haciendo el mismo ruido que una calderería.

De todos los que estaban mirando, Ace Jackson sabía que acababa de presenciar algo muy parecido a un milagro.

—¡Vive Dios! —exclamó—. ¡Ese hombre es un brujo! ¡Ha logrado despegar en la cuarta parte del terreno que yo acostumbro necesitar!

Estas palabras, en boca de Ace Jackson, eran una alabanza de verdad.

Doc Savage dio acelerador que, si no consiguió otra cosa, por lo menos logró que hiciera mucho más ruido. Manejó los mandos de forma que el aparato empezara a subir. Cuando Ace Jackson había dicho que el techo de aquel avión era suficiente para pasar por encima de una valla de alambre nada más, había exagerado, pero no mucho.

Doc Savage alzó la mirada. Pero la luz del amanecer engaña mucho. Había algunas nubes. No pudo ver al dirigible estratosférico, cosa que no le extrañó.

Con toda seguridad se hallaría mucho más alto de lo que podría llegar ningún aeroplano comercial.

Hizo experimentos con el embrague. Ató los mandos, se

encaramó e hizo una serie de cosas con el carburador que dieron por resultado que el ruido del motor se convirtiera en algo que se asemejaba levemente a un zumbido.

La capacidad del aeroplano entonces hubiera asombrado aún más al ya sorprendido Jackson. El cacharro viejo aquel había dado con alguien que sabia dominarlo.

Logró, por añadidura, volar a mayor altura de lo que Jackson hubiera creído posible. Salió el sol, y gracias a la altura obtenida, se salvó Doc del terrible calor que empezó a sentirse; pero conocía los trópicos y la verde selva que veía a sus pies engañaba mucho con su aspecto de frescura.

La selva no era muy extensa. Más allá había un desierto, con alguno que otro matorral, y en el centro se veía una línea de vaho, una especie de cuerda vaga, transparente.

Doc Savage había visto líneas de fuego en otras ocasiones. Aquello era el frente. La especie de vaho era, en realidad, el polvo alzado por los proyectiles y el humo de los disparos.

No tardó en ver minúsculas grietas abiertas allá abajo, en la tierra cocida por el sol. Eran las trincheras.

Inesperadamente, empezó a sonar un tableteo y se sintieron unas sacudidas en el ala izquierda. Doc miró. Estaban saltando astillas del ala.

Había visto cosas así en otras ocasiones.

Eran disparos de ametralladora.

El hombre de bronce no era novato en la cuestión de combatir en el aire.

Obró antes de mirar. Movió los mandos. El aparato pareció dar un gruñido y resbalar de lado. Salió de la lluvia de plomo.

Doc alzó la vista entonces. Le atacaban tres aeroplanos. Habían salido del mismo sol, de forma que nada tenía de particular que no los hubiera visto.

No hay ojo humano capaz de mirar al sol y ver un aeroplano.

Eran modernos, de construcción extranjera. Bajaban como meteoros. Uno siguió en línea recta; los otros dos se desviaron.

Si el aparato viejo de Ace Jackson se había portado sorprendentemente bien antes, ahora empezó a hacer milagros. Dio la vuelta, resbaló de lado. Buceó y giró de pronto, alzándose de proa. Los tres aviones atacantes pasaron de largo, mientras sus

pilotos se quedaban mirando boquiabiertos.

Doc Savage los miró con atención. Vió lo bastante para averiguar lo que quería saber.

Los aviones militares de Delezon y de Santa Amoza llevaban distintivos.

Aquellos aparatos, sin embargo, no tenían señal alguna que sirviera para identificarlos.

Doc escogió el avión de la derecha. Su aparato dio media vuelta y pareció ondular como un gusano. Sus dedos hicieron girar la ametralladora.

Un pajarito rojo pareció posarse en la boca del cañón y cantar con voz de trueno. Cada quinta bala era trazadora.

Eso ayudaba, pero no explicaba la singular puntería. Sólo unos nervios de hierro y la práctica podían explicar aquello.

Empezaron a desaparecer pedazos de la cubierta del motor enemigo. La hélice perdió una hoja, nada más que una hoja, cosa que es una verdadera desgracia para el avión que tiene el motor en marcha.

El motor casi se arrancó del aeroplano antes de que el piloto pudiera pararlo.

Colgó como una gruesa costra de la nariz del avión mientras éste caía. El piloto perdió el dominio del aparato y luego volvió a recobrarlo. Debía haber podido aterrizar lo bastante bien para no matarse.

El resultado de la lucha fue una sorpresa para los otros dos aparatos. Doc Savage se acercó a ellos antes de que pudieran deshacerse. Maniobraron apresuradamente para esquivarle.

Llevaban ametralladoras sincronizadas. Esto era un inconveniente, tal vez no en lucha corriente, pelo sí contra un luchador de la habilidad del hombre de bronce.

Los dos aviones volaron uno al lado del otro mientras los pilotos pensaban qué plan desarrollar. Entonces Doc Savage alzo algo que pareció tonto.

Ejecutó una maniobra que le puso delante mismo de los dos aviones y debajo de ellos. Estos no tenían mas que bucear y acribillarlo.

Empezaron a hacerlo. Los pilotos estaban excitados. Hubo un momento en que no pudieron ver el aeroplano viejo, por hallarse

éste debajo de sus proas.

Durante aquel momento, Doc Savage se inclinó y sacó algo de un saquito que había dejado junto a los mandos. Se trataba de unos objetos que parecían granadas de mano. Y cuando las tiró, explotaron, pero sin hacer mucho ruido.

No despidieron pedazos de acero, sino un vapor azulado.

Doc Savage inició una maniobra que los técnicos hubieran calificado de suicida, una especie de rizo en vuelo ladeado; pero enderezó el aparato enseguida.

Los dos aviones le siguieron. Ambos iban confiados.

Seguramente ni verían siquiera las nubes azuladas. Esta se habían ido ensanchando. Los aparatos desconocidos se metieron en ellas.

Los dos motores no pararon al mismo tiempo, pero sí en un espacio de menos de treinta segundos.

Doc Savage volvió la cabeza y vió cómo se paraban las hélices. Su rostro metálico seguía inescrutable. Las granadas que había lanzado contenían un gas de mucha expansión.

Los motores de los dos aparatos enemigos lo habían absorbido. El gas había producido una reacción química, anulando el poder explosivo de la gasolina.

Habría que limpiar muy bien ambos motores antes de que pudieran funcionar, ya qué el vapor se congelaría sobre las entradas del carburador y en las paredes de los cilindros.

Los pilotos de los dos aeroplanos se dispusieron, inmediatamente, a aterrizar. No corrían el menor peligro, mientras encontraran un lugar apropiado para aterrizar en vuelo planeado.

Doc bajó tras ellos. Era más que probable que sus atacantes fueran asesinos enviados por el Inca Gris.

¿Cómo explicar, si no, el que los aeroplanos no llevaran distintivos? Doc tenía la intención de aterrizar e interrogar a aquellos hombres.

Pero los ocupantes de los tres aparatos tenían una idea muy distinta.

Trabajaron frenéticamente con las ametralladoras. Estas resultaron ser de un tipo fácilmente desmontable.

Las descansaron sobre el fuselaje y empezaron a disparar. No tenían mala puntería. Sus proyectiles arrancaron astillas al avión de

Doc.

Este se apartó de pronto e hizo un descubrimiento desagradable: tenía perforado el depósito de gasolina.

Se alejó del lugar en que habían aterrizado los tres cazas. Luego se puso en pie en la carlinga y miró a su alrededor buscando un sitio a propósito para tomar tierra.

El más cercano se hallaba a largas millas de distancia. Debajo de él se encontraba la espesura que llegaba hasta la orilla del desierto.

Los aeroplanos se habían movido bastante durante la pelea. Habían cruzado la línea de fuego. Doc volaba en aquellos instantes sobre territorio de Delezon.

Tomó una determinación enseguida. El intentar aterrizar en aquel claro bajo una lluvia de disparos de ametralladora, seria un suicidio. Enfiló la proa de su avión al trecho de desierto más cercano, y ató los mandos.

Luego se arrastró hacia popa y colgose en una postura que hubiera resultado extremadamente peligrosa para el que no hubiese tenido músculos de acero.

Arrancó la cubierta y puso al descubierto el depósito. El agujero era grande y resultaba ya demasiado amplio para hacer gran cosa. La mayor parte de la gasolina se había salido. Doc metió un pañuelo en los agujeros que habían hecho las balas.

El motor empezó a fallar. El aeroplano pareció aumentar de peso. Luego hincó la proa. Parecía un pájaro herido.

Hubo momentos en que parecía que el hombre de bronce no lograría llegar adonde se había propuesto; Pero lo logró.

Fue a aterrizar en el desierto, al borde de la espesura. Era todo arena blanda, pero había que resignarse. Las ruedas del tren de aterrizaje rodaron un poco y luego se hundieron.

El aeroplano viejo pareció soltar un gruñido, clavó la proa en la arena y alzó la cola. Se partió en dos y se le arrancaron las alas. Una nube de arena fina lo envolvió todo.

CAPÍTULO X

EL ASESINO RIE

SE removieron los escombros antes de posarse y la cabeza de Doc Savage asomó. El cristal irrompible de sus gafas estaba hundido, pero cuando se las quitó tenía los ojos ilesos. Se quitó el casco de aviador y escuchó.

Se oían gritos en la distancia, de soldados, sin duda alguna. Habiendo visto caer los aviones, no tardarían en llegar.

Doc salió apresuradamente de entre los escombros. Había sufrido su ropa.

Tenía algunos cortes. Cogió la maletita que llevaba junto a los mandos.

La selva había parecido espesa desde el aire, pero parecía aún más espesa desde tierra. Doc no corrió directamente hacia allá, sino que caminó de espaldas borrando cuidadosamente cada huella que dejaba en la arena.

Para ello necesitó unos momentos, porque hizo la cosa bien.

Las voces se iban acercando. Hablaban en español. Doc asió las ramas de un árbol y se encaramó en él, saltando luego a otro como un mono y perdiéndose de vista.

Llegó un pelotón de soldados de Delezon. Tenían el uniforme cubierto de polvo y el sudoroso rostro también. Se agruparon alrededor del avión sin dejar de hablar.

El sargento que los mandaba pareció intrigado después de haber hecho un examen de los restos del aparato. Debiera haber habido un cadáver entre ellos; pero era evidente que no había ninguno. Rascándose la cabeza, el sargento inspeccionó la arena. No logró hallar huella alguna de pisadas.

—¡Diablo! —exclamó—. Esto es extraño.

Los soldados se internaron en la selva, todos menos uno. Este era alto, fuerte, y en sus ojos brillaba la avaricia. No tardó en comprenderse el motivo de que se rezagara. Andaba en busca del botín.

Rebuscó entre los escombros para dar con los instrumentos. Si hubiese sabido cuán poco valían los de aquel aparato, tal vez se hubiera mostrado menos ambicioso.

Tenía concentrada toda su atención en lo que hacía. No vió al gigante de bronce salir de la espesura y cruzar silenciosamente la arena en dirección a él.

No se dio cuenta de nada hasta que le asieron por detrás. Y entonces ya era demasiado tarde.

Luchó breve y fuertemente, acabando por quedarse exánime sin haber visto siquiera a quien le atacaba.

Doc se echó al hombro el soldado y se lo llevó entre la maleza.

Transcurrieron varios minutos. Empezaron a salir soldados de la selva. Más de uno de ellos estaba calado de sudor. La selva aquella era temible cuando apretaba el sol. Apareció el sargento y preguntó:

—¿Habéis encontrado algo?

Le aseguraron que no.

De pronto alguien tuvo una idea genial.

—¡Ahora lo comprendo! El piloto de este aeroplano saltaría en paracaídas. Probablemente se tiraría a muchos kilómetros de aquí, y el aeroplano siguió hasta estrellarse.

—Es verdad —asintió el sargento—. ¡Creo que tienes razón! ¡A formar! Continuemos nuestra marcha.

Llegaron los demás soldados. Entre ellos se hallaba el hombre alto y fuerte que tenía los hombros caídos. Nadie le prestó particular atención.

Parecía el soldado que se había rezagado para saquear el avión caído.

EL pelotón de soldados parecía dirigirse a retaguardia a descansar unos días por haber sido relevado en el frente. Todos parecían necesitar bastante el descanso.

Al entrar en el pueblo donde se hallaba el cuartel general, el soldado alto y fuerte empezó a rezagarse. Había tan poca disciplina, que no se le llamó la atención por ello.

Hubiera tenido que ser muy buen observador quien distinguiera

diferencia alguna entre aquel hombre y aquel a quien tanto se parecía.

Llegaron a los miserables suburbios del pueblo. Fueron saludados por el enjambre habitual de perros y de gente que se agrega a los campamentos para vivir a costa de ellos. El soldado alto se rezagó aún más. Sus compañeros siguieron adelante. No hizo el menor esfuerzo por alcanzarles. En lugar de eso, torció bruscamente por una bocacalle.

Cambió el paso. Avanzó lentamente y con cautela.

No obstante, no cabía la menor duda de que el retén militar de guardia acabaría dándole el alto. Se veían muchos policías militares por la calle.

Dos de ellos, que parecían muy frescos a pesar del calor, pararon de pronto al soldado.

Este dirigió una mirada de ira a los dos hombres. Estaba cubierto de polvo de pies a cabeza; tenía la cara cubierta de barro y los ojos entornados como si estuviera acostumbrado a andar siempre al sol.

Habló con desprecio a los policías.

—Estáis viendo a un hombre —dijo con beligerancia—. He luchado contra el calor, la fiebre, los insectos y el enemigo. Me encantaría luchar con un par de viejas gordas como vosotros. ¡Fuera! ¡Dejad paso ubre a un hombre!

De haber ocurrido esto en cualquier otra parte, aquellas palabras hubieran bastado para provocar una pelea. Pero allí, los dos policías le dirigieron una mirada torva y se echaron a un lado.

No sólo se concedían privilegios extraordinarios por orden del general Vigo a los soldados que regresaban del frente, sino que algunos de dichos soldados volvían a veces algo locos. No era muy saludable meterse con ellos.

El soldado siguió adelante. Procuró ir con más cuidado y no volvieron a darle el alto.

No le costó gran trabajo dar con el edificio en que el general Vigo tenía instalado su cuartel general. Era éste un edificio grande, que antes de la guerra debía de haber sido una casa particular.

Lo raro es que era de construcción moderna y tenía ventanas muy grandes.

El soldado alto bajó por delante del cuartel general. Había

numerosos soldados por allí. Se entremezcló con ellos. No parecía existir motivo para que no lo hiciera.

Pero si que resultó haber un motivo.

Tan inesperadamente que le pilló completamente de sorpresa, se vió apuntado por numerosos fusiles.

—¿Tendría usted la genialidad de intentar escaparse, señor? —dijo un oficial.

El soldado hizo caso omiso de la indicación. Se limitó a mirar a los que le apuntaban, como si estuviese atontado.

—Llévenle al general Vigo —ordenó e: oficial.

El general Fernández Vigo, dictador de Delezon, había escogido para despacho suyo lo que en otros tiempos había sido la habitación más soleada y especie de solarium de la casa que tan fuera de lugar se hallaba en aquel humilde pueblo.

El general estaba paseando irritado alrededor de una mesa de cristal y cromo —níquel, pisando con una violencia que hacía estremecer el suelo.

Llevaba al cinto dos pistolas y un machete. Su uniforme que no llevaba insignias, estaba roto por varios sitios.

Una venda le rodeaba la cabeza y otra el brazo. Aquella misma tarde había atacado personalmente una de las trincheras enemigas al frente de un destacamento.

Acostumbraba dar golpes teatrales así de vez en cuando. Estimulaba a sus soldados, lo que, probablemente, explicaba que Delezon, país mucho más débil que Santa Amoza, hubiera dado tan buena cuenta de sí en aquella guerra.

EL general dejó de pasear en cuanto fue introducido el prisionero a su presencia.

—¡Bueno! —exclamó— ¡Por fin hemos capturado a uno de ustedes!

El prisionero saludó militarmente y contestó:

—No comprendo.

—¡Ya lo creo que comprende! —rugió Vigo—. Ordené a su destacamento que se retirara del frente con el exclusivo fin de detener a cuantos lo componían. Usted se separó del destacamento y creíamos que era que desconfiaba. Pero no; lo único que le pasaba era que quería rondar un poco por ahí.

El soldado alto parecía no caber en sí de asombro. Tragó saliva.

—No comprendo —volvió a repetir.

El general le miró con ferocidad.

—¡Es usted un espía, un empleado del Inca Gris! —rugió.

Varios soldados asieron al prisionero. Las puntas de varias bayonetas le tocaron la espalda. Cualquier intento de fuga hubiera sido un suicidio.

—No, no —dijo;— no es verdad.

—¿Cómo? ¡Registradle!

Empezaron a desnudar al prisionero. Primero le quitaron la guerrera; luego la camisa. Se oyeron varias exclamaciones de asombro.

—¡Caramba! —exclamó el general Vigo—. ¡En mi vida he visto a un hombre con semejante musculatura!

Acabaron de desnudar al cautivo y a más de un soldado se le abrieron desmesuradamente los ojos de sorpresa. Habían dejado desnudo a un gigante de increíble musculatura.

Los oficiales que habían conducido al prisionero hasta allí, se estremecieron un poco, y se preguntaron si no habrían salvado la vida de milagro.

Lo más asombroso de todo era, quizá, la singular finura de la piel del prisionero y su extraño color broncíneo.

El general Vigo le contempló boquiabierto.

—¿Quién —preguntó—, es usted?

—Doc Savage —respondió, serenamente, el prisionero.

Al general Vigo pareció darle un ataque.

Saltó de un lado para otro. Aulló y se golpeó el pecho con los puños.

—¡Doc Savage! —gritó—. Conque trabaja usted a las órdenes del Inca Gris. ¡No! Agregó —. ¡Usted, Doc Savage será, probablemente, el propio Inca Gris!

Doc se había acostumbrado a no exteriorizar emoción alguna, salvo deliberadamente. De modo que el hecho de que su rostro siguiera inescrutable no significaba que no estuviese sorprendido.

Estaba enterándose de algo que no sabía.

Según la información que previamente se le diera, el Inca Gris era un azote para la república de Santa Amoza, tan sólo; pero he aquí que el general Vigo, de Delezon, se enfurecía ante el solo nombre del misterioso personaje.

Valía la pena investigar aquello más a fondo.

—¿Qué es el Inca Gris? —inquirió.

—¡El mismísimo demonio! —contestó Vigo—. ¡Un instrumento de Santa Amoza!

—¿Querrá ser usted más claro?

—Algunos de mis mejores generales han muerto asesinados... asesinados extrañamente, y cubiertos de un polvillo gris por la cara y por las manos. Ha habido otros actos de sabotaje. Y lo peor de todo es el alzamiento.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Doc.

—Los indígenas... los indios sin civilizar de la selva...— —gruñó Vigo—. Durante generaciones enteras han sido pacíficos y no han dado que hacer, pero últimamente se han puesto en pie de guerra. Están atacando y saqueando nuestras poblaciones.

"Es obra del Inca Gris. El Inca Gris es un demonio. Ha convencido a los indígenas que él es el caudillo destinado a devolverles su antiguo poder y esplendor.

—¿Qué antiguo poder y esplendor? —insistió Doc.

—Son descendientes de los Incas. Profesan a los blancos un odio profundo. El Inca Gris se ha aprovechado de ese odio.

Doc Savage guardó silencio unos instantes.

—¿Servirá de algo —inquirió—, el qué yo asegurara que mi presencia aquí obedece al deseo de descubrir quién es el Inca Gris y qué ha sido de mi ayudante Long Tom?

La expresión del general Vigo cambió levemente. Pareció como si medio creyera al hombre de bronce.

—Ponga en marcha la máquina —le ordenó Vigo a uno de sus ayudantes—. Examinemos la ropa de este hombre.

El ayudante se dirigió al cuarto contiguo. Un instante después sonó un zumbido en dicha habitación.

Doc Savage permaneció impasible mientras recogían la ropa que le habían quitado y se la llevaban al cuarto de al lado. Le hicieron seguir a la ropa.

Sus guardianes tenían sus armas preparadas por si daba el menor paso en falso.

En el cuarto contiguo había una máquina singular, de la que salían unos hilos empalmados a un generador. Parecía una especie de caja y era ésta la que emitía el zumbido.

—Guarden la puerta —ordenó el general Vigo. Luego miró a Doc, frunciendo el entrecejo—. ¿Sabe usted lo que es este aparato?

Doc movió afirmativamente la cabeza.

—Naturalmente. Un aparato de rayos ultravioleta.

—En tal caso, seguramente sabrá para qué lo uso.

El hombre de bronce volvió a afirmar con la cabeza.

—El aparato ése hará que se pueda ver todo mensaje invisible trazado sobre tela, papel y...

—Basta —gruñó Vigo. Y luego, a sus ayudantes:— Examinen las ropas.

Cogieron el uniforme que le habían quitado a Doc Savage y lo colocaron bajo la lente negra del aparato. Nada se halló en la camisa, ni en el pantalón, ni en la guerrera.

En lugar de dar muestras de desencanto el general Vigo, pareció algo aliviado.

Sometieron a tratamiento la camiseta que Doc Savage le había quitado al soldado a quien capturara junto al aeroplano.

Y sobre la camiseta apareció dibujado un mapa o hilera tras hilera de cifras.

El general Vigo soltó un rugido de rabia.

Era evidente que estaba sorprendido y hasta el propio Doc Savage, a pesar del dominio que tenía sobre sí, dio muestras, durante una fracción de segundo, de irritación y asombro.

Doc comprendió enseguida lo ocurrido. No había habido ocasión para que andara nadie con su ropa desde que se la quitara al soldado. Por consiguiente, aquel soldado era un espía.

Probablemente habría muchos como él en Delezon. El hombre de bronce había tenido la desgracia de asumir la personalidad de uno de ellos.

El dibujo y demás datos habían sido trazados sobre la camiseta con tinta invisible, pero hay muy pocas tintas invisibles a prueba de los rayos ultravioleta. Aquélla no lo era; Al quedar el cuarto oscuro, brillaba claramente.

El general Vigo examinó el mapa. Pareció hincharse de rabia.

—¡Nuestra línea de fuego! —exclamó—. Tiene marcados los emplazamientos de nuestra artillería, nuestras carreteras, nuestros aeródromos... ¡Todo!

Doc Savage empezó a decir:

—Esa ropa es la del hombre a quien...

—¡Silencio!— —rugió el general.

Doc Savage no guardó silencio. Alzó la voz y su trueno se impuso a cuanto pudo objetar el dictador de Delezon.

El hombre de bronce habló rápidamente, sin hacer caso de las bayonetas que le amenazaban al principio. Y el general Vigo le escuchó hasta el fin, porque no tuvo más remedio.

Doc contó toda la historia, sin omitir detalle, empezando por el atentado de Nueva York, siguiendo con la aventura en el dirigible y acabando con lo ocurrido en Santa Amoza. El general Vigo reaccionó de sorprendente manera.

—¡Yo no he secuestrado a la señorita Anita Carcetas! —aulló—. ¡Yo no necesito secuestrar mujeres para ganar la guerra!

—El ministro Serrats recibió un mensaje en el que se decía que la joven estaba en poder de usted y que sería fusilada a menos que se rindiera Santa Amoza —le advirtió Doc.

—¡Ese mensaje no lo envié yo! Debe haberlo mandado alguna otra persona. O es eso, o es que el ministro ha mentido.

—Hay ciertos indicios que señalan al ministro Serrats como probable Inca Gris —dijo Doc.

El general Vigo estaba reflexionando profundamente. Cortó la corriente del aparato ultravioleta y dio unas vueltas por el cuarto.

De pronto se detuvo y dio una orden a sus oficiales:

—Que se prepare un piquete para fusilar.

Los ojos del hombre de bronce brillaron.

—¿No me cree usted? —inquirió.

—Creo que es usted Doc Savage.

—Entonces, ¿por qué...?

—Póngase esa ropa —le interrumpió el dictador.

Doc obedeció porque no veía otro recurso.

Fue conducido, escoltado, hacia un elevado muro que tenía emplazamientos para ametralladoras en su parte superior.

La única puerta practicada en el muro era estrecha. A ella se dirigieron.

Metido entro los curiosos, procurando pasar inadvertido, estaba el hombrecillo de cara picada de viruelas y malvada sonrisa.

En aquellos instantes se dedicaba a recoger toda la información posible.

Alargó el cuello varias veces para poder ver bien a Doc Savage.

Este caminaba con paso firme, sin dar la menor señal de temor. No discutió.

Pasó por la puerta estrecha al recinto, el mismo recinto a que había ido a parar Long Tom unas horas antes. Se le colocó de espaldas a la misma pared ante la que Long Tom había estado. Los soldados se retiraron.

—¿Quiere que le venden los ojos? —inquirió el general Vigo.

—No.

Se cerró la puerta del recinto. El piquete formó ante la víctima.

Al otro lado del muro, el hombre de la cara picada de viruelas seguía circulando por entre los espectadores. Logró oír las ominosas órdenes dadas en el interior. El general Vigo mandaba el piquete en persona.

—¡Atención! —rugió el dictador—. ¡Apunten! ¡Fuego!

Sonó una descarga cerrada que hizo remontar el vuelo a las palomas posadas en los tejados vecinos.

En el silencio que siguió a la descarga, se oyó un ruido extraño, una especie de trino fantástico, procedente del interior del recinto.

Bien hubiera podido ser el canto de algún ave exótica de la selva. El trino se oía claramente al principio; pero se desvaneció poco a poco.

EL espectador picado de viruelas se alejó tan pronto como pudo hacerlo sin llamar la atención. Se dirigió a una casa humilde del barrio más pobre y entró.

No tardó en alzarse una paloma del patio de dicha casa. El ave no llamó la atención, porque las demás palomas del pueblo se parecían lo bastante a las mensajeras para que pudiera confundírsela.

Y nadie prestaba gran atención a las palomas, por añadidura.

CAPÍTULO XI

DESASTRE

EL dirigible estratosférico de Doc Savage flotaba, inmóvil, a más de seis mil metros de altura por encima de la capital de Santa Amoza.

EL químico Monk estaba usando el aparato que, a falta de mejor nombre, llamaban "ojo infrarrojo".

Este no era más que una edición más completa del aparato portátil que Doc había usado en la oscuridad. Consistía en un proyector que emitía ondas de luz invisible para el ojo humano.

Monk llevaba observando con su ayuda, a través de una claraboya del dirigible bastante roto.

—¿Qué habrá sido de Doc? —gruñó.

—Y ese incendio que vimos hace unas horas a la orilla del aeródromo... ¿será que le ocurría algo a su aparato?

—Se nos ordenó que no nos moviéramos de aquí hasta recibir aviso de Doc —dijo Ham, con brevedad—. Doc quería que el Inca Gris creyese que el dirigible estaba destruido.

Monk siguió gruñendo:

—Ningún aeroplano ha salido de Alcalá, salvo ese aparato que parecía un cacharro viejo. ¡Qué rayos! Yo esperaba recibir algún aviso de Doc antes de ahora.

Monk alargó de pronto la mano hacia un potente telescopio, ideado por el propio Doc. Luego manejó los mandos del dirigible y éste empezó a descender.

Había una masa de nubes debajo, que hacía invisible la tierra. Los rayos infra —rojos, sin embargo, atravesaban la gruesa capa de nubes, y por eso, precisamente, los habían estado usando.

—¿Qué estás haciendo ahora, so mico? —inquirió Ham.

—Veo algo. Cállate.

La aeronave siguió descendiendo. Apenas se oía ruido alguno, porque los motores iban muy despacio. Se introdujeron en las nubes.

—Nos verá alguien desde abajo —observó Ham, con brusquedad.

—Usa un poco la cabeza. Este dirigible está pintado de tal manera, que se confunde con las nubes y apenas se ve desde abajo. Y el "ojo infrarrojo" no es tan útil que todo eso cuando uno quiere hacer un examen detallado. He visto algo que quiero ver mejor con ayuda del telescopio.

Las nubes se fueron quedando atrás.

—Encárgate tú de la navegación —dijo Monk.

Ham se hizo cargo de los mandos.

Monk abrió una compuerta que había en el suelo, se echó a su lado y enfocó el potente telescopio. Parecía interesarle mucho lo que estaba viendo.

Miraba en dirección a la línea de fuego y no hacia la capital.

—Bueno —exclamó Ham—. ¿Cuándo me toca mirar a mí?

Monk le entregó el telescopio de mala gana.

Ham miró por él.

—Es un aeroplano, nada más —dijo.

—Sí; pero fíjate cómo obra. Y mira esas nubecillas blancas que hay detrás de él.

—Es el humo de disparos antiaéreos —contestó Ham—. ¿Qué tiene eso de raro?

—Tú sigue mirando.

Ham siguió mirando. AL poco rato se puso rígido.

El aeroplano que observaban empezó a hacer cosas raras. No se mantenía ya en su equilibrio. Pareció resbalar varias veces. Una de ellas empezó a caer en barrena, de la que por fin, salió.

—Ese aparato está averiado —dijo Ham.

Monk afirmó con la cabeza.

—No puede dominarle bien su piloto. Probablemente le habían roto a tiros algunos de los alambres de los mandos.

Era dudoso que el dirigible pudiera ser visto desde tierra. Quizá lograra verse con ayuda de catalejos potentes; pero aun estro no era seguro, debido a lo bien que estaba disimulado.

Monk corrió a los mandos, los ajustó y puso el dirigible en

movimiento hacia la línea de fuego. Esto permitió que Ham observara el aeroplano con mayor facilidad.

De pronto salió una ráfaga de humo blanco en la cola del aparato. Este viró, se enderezó. Apareció otra nubecilla de humo. Luego una tercera.

El avión voló a cierta distancia. Luego volvió a aparecer humo. Esta vez duró más rato. Paró. Volvió a aparecer.

—¿Entiendes? —gruñó Monk.

—Cállate —contestó Ham—. Fíjate en eso.

Unos momentos después el aeroplano había depositado tres bolas de humo en el aire, tres ráfagas alargadas y, por último, otras bolas.

—Eso es clave y lo lee cualquiera —exclamó Monk.

—S. O. S. —asintió Ham—. Significa que quien quiera que sea ese piloto necesita ayuda.

—¿Crees tú que puede ser Doc?

Los dos hombres se miraron sin la animosidad de que salían dar muestras al contemplarse. Parecieron llegar a una misma conclusión sin haber hecho uso de palabras.

—Bajamos —gruñó Monk.

Empezaron a caer como un plomo. La tierra pareció hincharse. Las trincheras de primera línea empezaron a verse con claridad.

EL aeroplano resultó estar más lejos de lo que había parecido en un principio. Se hallaba bien metido en territorio de Delezon y lo estaría aún más antes de que pudieran alcanzarlo, porque volaba a bastante velocidad, aun cuando seguía moviéndose como si no respondiera a los mandos.

Monk cogió el telescopio, lo enfocó miró.

—¡Es Doc! —exclamó.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Ham.

—No lleva guantes puestos. Sus manos parecen de bronce.

Aflojaron la marcha para no pasar al avión. Llegó al mismo nivel, pero a unos cien metros por encima de él.

Monk volvió a usar el telescopio. Lo que vió le hizo soltar un alarido de sorpresa. Corrió al timón e hizo que el dirigible se colocara casi al lado del aparato. Volvió a mirar.

—¡Ese tipo no es Doc! —gritó—. Está caracterizado para poder pasarse por él.

El avión dejó de volar como desmandado, de pronto. El piloto metió la mano en la carlinga y sacó una ametralladora.

—¡Una trampa! —gritó Ham—. ¡Haz que se eleve el dirigible!

Monk alcanzó los mandos. La aeronave empezó a alzarse; simultáneamente, se oyó un ruido ensordecedor en el lado de la cabina de los mandos. Miraron hacia las ventanas. Se estaban cubriendo de grietas en forma de telaraña.

El cristal era irrompible y, evidentemente, estaba recibiendo el impacto de proyectiles de ametralladora.

La sombra de una escuadrilla enemiga pasó sobre ellos como una nube.

Los aparatos maniobraron y volvieron a pasar. Sus ametralladoras disparaban sin cesar. Había media docena de aviones y ninguno de ellos llevaba distintivo de nacionalidad.

Sus disparos producían un ruido enorme al tocar el dirigible; pero no hacían mucho daño. La cabina de los mandos estaba construida a prueba de todo lo que no fuera artillería pesada de camparía.

Como es natural, la bolsa del dirigible no podía hacerse a prueba de balas; pero el agujerearla no haría gran daño, porque los compartimientos que contenían el gas estaban recubiertos por dentro por una sustancia esponjosa que se dilataba y cerraba todo agujero que no fuera demasiado grande.

Monk había tirado del mando para elevarse, hasta el límite. La aeronave casi se había puesto vertical. Tiró de otras palancas. Empezaron a funcionar los tubos y de grandes cohetes de propulsión.

—¿Te has fijado en que ninguno de esos aviones lleva distintivo? —observó Ham—. Deben pertenecer al misterioso Inca Gris.

—Ese Inca hace las cosas en gran escala —dijo Monk. EL dirigible ascendía ya rápidamente. Se oyó un zumbido a un lado. Uno de los atacantes había dejado caer una bomba.

—¡Cuidado! —aulló Ham. Monk manejó los mandos. El dirigible, a pesar de la enorme velocidad a que iba, torció bruscamente.

La bomba que debía pesar más de cien libras pasó de largo y fue a hacer un enorme cráter en la selva, muy detrás de las líneas de Delezon.

Monk miró hacia el agujero, pensando en lo que hubiera ocurrido si la bomba les hubiera alcanzado a ellos. De pronto volvió a gritar Ham.

—¡Déjalo caer! ¡Déjalo caer!

Monk alzó la vista demasiado tarde. Uno de los aviones corría hacia ellos.

Casi se hallaba encima del dirigible ya. El piloto estaba fuera de la carlinga, agarrado con una mano y maniobrando con la otra, para dirigir el aparato que iba a estrellar contra el dirigible.

Era un recurso desesperado, y, tal vez, el único que daría resultado en las circunstancias. En el último instante el piloto se tiró. El avión dio de lleno en la bolsa del dirigible.

Se incrustó, casi por completo, en la estructura celular del compartimiento de gas. La confusión fue terrible. El aparato convertido en proyectil se incendió.

El incendio, sin embargo, se apagó casi instantáneamente, porque el gas que contenía el dirigible no sólo era ininflamable, sino que servía para apagar el fuego. Monk y Ham quedaron aturdidos por el impacto.

Las sacudidas surten efectos extraños sobre el cuerpo humano.

Una sacudida hace perder el conocimiento mientras que igual —y quizá menor— hace volver en sí en determinadas circunstancias. Así ocurrió al estrellarse el dirigible.

La nave no había perdido toda su ingravidez, conque no cayó con mucha fuerza. La selva también amortiguó el choque y el metal de que estaba construida la cabina de los mandos protegió a los dos ayudantes de Doc.

Monk que era más fuerte, fue el primero en ponerse en pie. Escuchó. Se oía el zumbido del motor de aeroplanos por encima de ellos.

A continuación, sonó una violenta explosión a unos cincuenta metros de distancia; pareció levantarse, violentamente, el suelo. Uno de los aeroplanos había dejado caer una bomba.

Ham se había incorporado. Tenía la mirada aturdida. Aun no se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Ham! —gritó Monk.

Y dio una bofetada al abogado.

Ham gruño:

—¡Te despellejaré vivo por eso!

Y se puso en pie.

—¡Echa a correr! —le gritó Monk—. ¡Nos están bombardeando!

Abrió la compuerta y se metió por entre la maleza, seguido de cerca por sus compañeros. Empezaron a funcionar ametralladoras y llovía plomo a su alrededor. Corrieron.

Un gruñido que sonó detrás de ellos hizo que parara Monk en seco.

—¡Habeas! —exclamó.

Y dio media vuelta.

—¡Olvídate del cerdo! —gruñó Ham.

Esta exclamación demostraba que Ham se había rehecho por completo.

Monk le echó la zancadilla, haciéndole caer de narices entre la maleza y gritó:

—Ese cerdo vale por seis abogados.

Siguió corriendo hacia el dirigible sin preocuparse del peligro de las bombas ni de las balas de ametralladora.

Ham se levantó del suelo y, con fruncido entrecejo, siguió al químico. Llegó cerca de los restos del dirigible a tiempo para ver a Monk meterse en el interior.

Casi simultáneamente, un grupo de hombres con ropa increíblemente sucia apareció entre los árboles y corrió hacia el dirigible.

—¡Monk! —aulló Ham—. ¡Cuidado!

Los hombres estaban armados. Se echaron el fusil a la cara.

La lluvia de proyectiles obligó a Ham a retirarse.

Dentro del dirigible, Monk aullaba furioso. Salió llevando a Habeas Corpus por una oreja. No se podía decir que Monk tratase a su cerdo con muchos miramientos.

En cuanto vio a los hombres armados, el químico tiró al cerdo hacia la espesura. Luego dio la vuelta a los hombres para ver si podía escapar.

—¡Corre —le animó Ham, desde el interior de la selva.

De pronto descubrió que tenía algo más que hacer que gritarle a Monk.

Había mas de aquellos hombres en la selva. Estaban arrastrándose hacia él y se hallaban ya a muy pocos metros de

distancia. Ahora atacaron.

Ham era cazador hábil. Tenía particularmente destreza en el uso del estoque; pero se lo había dejado olvidado en el dirigible con las prisas.

Empezó a descargar puñetazos a su alrededor.

Pero luchaba con hombres que no tenían miedo y que tampoco carecían de habilidad. Se le echaron encima. Era imposible luchar con tanta gente.

No tardaron en derribarle y sujetarle.

—¡Monk! —aulló Ham otra vez—. ¡Huye! ¡A mí no me pasa nada!

Se oyó bastante jaleo no muy lejos de allí y, al poco rato, apareció un grupo de hombres conduciendo a un prisionero.

El prisionero era Monk. Miró a Ham y gruñó:

—Conque no te pasa nada, ¿eh? ¡Valiente embustero!

Por entre la maleza, se oyó gruñir a Habeas con ansiedad.

—¡Ah! ¡Un cerdo! —murmuró uno de los hombres—. Vamos a comer carne fresca.

Dos o tres hombres se pusieron a buscar.

Se oyó una lucha violenta y corta seguida de varios gruñidos de sobresalto.

—¡Le cogimos! —gritó una voz.

El que parecía encargado del grupo se acercó y echó una mirada a los prisioneros; luego se dirigió a un claro de la selva e hizo señales a los aviones con los brazos.

Los pilotos le vieron y contestaron. Después se alejaron, volando sobre la selva, hasta perderse el ruido de sus motores en la distancia.

El hombre volvió al lado de los ayudantes de Doc y los contempló. Hizo un movimiento en dirección al lugar por donde habían desaparecido los aviones.

—Llevarán buenas noticias a nuestro señor, el Inca Gris —dijo.

Alguien que estaba detrás del grupo se echó a reír y dijo en español:

—Y volverán trayendo mejores noticias aún.

—Sí —asintió el jefe;— el Inca Gris obra aprisa ahora. Ya no tardarán mucho en estar completos sus planes y logrados sus fines.

Monk, que sabía hablar español, inquirió:

—Y ¿qué fines persigue el Inca Gris?

El químico recibió un puntapié por haber tenido la temeridad de hacer semejante pregunta. Miró a Ham, con dolor en los ojos. La mirada que le devolvió el abogado no parecía expresar la menor compasión.

Los hombres empezaron ahora a discutir. Hablaban en alta voz, vigilando a los prisioneros para gozar de la reacción que provocaron sus palabras.

—¿Seria mejor matarles ahora? —dijo uno—. O… ¿debiéramos esperar órdenes de nuestro señor el Inca Gris?

—Mejor sería matarles ahora —contestó otro.

—No, no —dijo un tercero.

—¿Por qué no? Son nuestros enemigos. Muerte a todos los que lo sean.

—Ya lo sé —dijo el prisionero;— pero el Inca Gris prefiere saberlo todo y dirigir todos los pasos que se den. Nos tiene más cuenta obedecer órdenes. Los prisioneros han de morir de todas formas.

—Así debe ser —dijo otro—. Son ayudantes de Doc Savage.

EL que dijo estas palabras lo hizo bastante nervioso, como si estuviera mentando al propio demonio. Esto hizo que muchos de los otros se echaran a reír.

—Tienes sangre de horchata —le dijeron—. Le tienes miedo a un muerto.

—No es cierto.

—No olvides —le repitieron—, que Doc Savage murió ya.

CAPÍTULO XII

EL HUMORISTA

EL decir que había muerto Doc Savage era exagerar un poco.

Doc se encontraba en un cuarto que, no sólo estaba oscuro, sino que la oscuridad era tan intensa, que parecía negar la existencia de la luz.

Esta oscuridad resultaba tanto más singular, cuando que, en el exterior, debía estar brillando el sol tropical.

El hombre de bronce se hallaba en una mazmorra situada debajo de los muros del recinto. Llevaba allí algún tiempo ya. Long Tom Roberts se encontraba en la mazmorra con él.

Long Tom estaba hablando. Llevaba hablando en el mismo tono y repitiendo muchas de sus palabras durante algún tiempo.

Long Tom no era hombre dado a renegar. No hacía uso de palabras fuertes, pero lograba introducir en su monótona entonación bastante fuerza.

Había dado su opinión acerca del caluroso tiempo, de Santa Amoza, de Delezon, del general Vigo y del Inca Gris y ahora le había tocado el turno a los individuos a quienes se echa con frecuencia la culpa de las guerras.

—Los fabricantes de municiones —dijo—, le chupan la sangre a las naciones... asesinos de las masas... ellos son los culpables de que esté yo aquí... son unos demonios...

Era una conversación singular para Long Tom. Era la clase de conversación que hubiera sostenido un loco. El tono era de un loco también.

Los centinelas que había en el exterior, oyendo la serie interminable —de acusaciones y quejas, se miraron expresivamente.

Habían visto a más de una persona volverse loca en aquellas

mazmorras. No acostumbraba ocurrir tan pronto, sin embargo.

No obstante, el que hubiese escuchado con atención hubiera oído otro sonido que la charla continua de Long Tom ahogaba casi por completo: este se componía de una serie de chirridos.

Los centinelas no se hallaban lo bastante cerca para poderlo oír.

Long Tom acabó con los fabricantes de municiones y volvió al tópico de Inca Gris.

—Demonio infernal... —masculló—. Mata a la gente... no hay motivo aparente... algo grande debe haber tras él...

Uno de los centinelas que pasaba por fuera se estremeció. Allá abajo, la atmósfera ahogaba por falta de ventilación. Intentó fumar un cigarrillo, pero se le pegó a los labios. Tenía sed.

La monótona voz de Long Tom siguió mascullando frases desconectadas y pensamientos medio expresados. A cubierta de ella, seguían los misteriosos chirridos y zumbidos.

Este ruido procedía también del interior de la mazmorra. De pronto, apareció un minúsculo punto de luz. Este se convirtió en una hendedura irregular; pero muy lentamente. Fueron precisos varios minutos para que ocurriera el fenómeno. La hendedura se hizo más larga, cambió de dirección.

Asumió la forma de una "V" tumbada.

Estaban cortando la cerradura de la puerta.

Doc Savage habló en voz baja.

—Ya está —dijo.

Long Tom dejó de hablar en aquel tono monótono.

—Caramba —dijo en voz normal—. ¡Ya iba siendo hora! Empezaba a no saber de qué hablar ya.

El ejercicio continuo había dotado a los dedos de Doc Savage de una fuerza increíble. Las rendijas de la puerta no eran muy grandes; pero, haciendo uso de ellas, logró abrirla.

Entró en el cuarto una luz débil procedente del exterior. Al caer sobre el suelo, iluminó el ingenioso taladro que el hombre de bronce había construido, —con las hebillas de dos cinturones: El suyo y el de Long Tom.

Un pedazo de madera arrancado de un banco había servido de mango.

La interminable conversación de Long Tom había servido para cubrir el ruido que hacía el taladro al perforar los alrededores de la

cerradura.

—Vamos —dijo Doc;— pero ten cuidado de no hacer ruido.

—Comprendo —murmuró Long Tom;— el centinela…

Con un sigilo que hubiera envidiado un gato, el hombre de bronce avanzó por los pasillos débilmente alumbrados. Le era posible ver al centinela.

Este se había acercado a un cubo de agua que había en el corredor y estaba bebiendo.

No hubo ruido ni gran lucha cuando Doc le agarró. Los dedos de bronce se posaron en centros nerviosos del cuello del hombre, apretaron, y el hombre se quedó sin conocimiento. Doc le depositó suavemente en el suelo.

Seguido de cerca por Long Tom, el hombre de bronce fue subiendo. El interior del muro que parecía tan sólido estaba hueco en parte y lleno de pasadizos y cuartitos. Por ellos se hacía fácil llegar a la parte superior.

Salieron por una puertecilla a una especie de repisa que daba la vuelta a todo el recinto. Un salto bastó para que llegaran a la cima. El muro no era vertical ni mucho menos.

Formaba una pendiente hacia fuera y, aunque hubiera sido dificilísimo escalarla y entrar en el recinto, era posible resbalar por ella, de forma que el roce amortiguara la velocidad.

—Deja que vaya yo primero —dijo Doc,— y ten cuidado.

Sin vacilar, resbaló por la superficie de la pared. El roce de su cuerpo produjo una especie de zumbido, que llamó la atención de un soldado que había al otro lado de la calle.

Este se paró a mirar boquiabierto. Al parecer, no se le ocurrió gritar y dar la alarma, ni descolgarse el fusil que llevaba en bandolera.

Las cualidades amortiguadoras de los fuertes músculos de sus piernas le resultaron de gran utilidad al hombre de bronce cuando llegó al duro suelo, al pie del muro.

No intentó permanecer de pie, porque eso hubiese sido imposible. Se dejó caer casi cuan largo era; pero volvió a levantarse inmediatamente.

—Ahora —le dijo a Long Tom.

A éste le hacía muy poca gracia el viaje. Hizo una mueca, respiró profundamente, e inició el descanso. El roce le rompió la

ropa y le hizo ampollas en el cuerpo.

Un instante después se hallaba en el suelo. Doc Savage le había cogido, amortiguando así parte del golpe.

Echaron a correr.

AL otro lado de la calle, el soldado pareció despertarse. Emitió un aullido que nada hubiera tenido que envidiar al de un jaguar de los Andes. Luchó por descolgarse el fusil.

Doc y Long Tom saltaron hacia él. Le alcanzaron antes de que pudiera usar su arma. Doc usó de los puños y le dejó sin conocimiento.

Había una puerta abierta cerca. Se metieron por ella con el soldado a cuestas. El cuarto estaba vacío. Dejaron allí al soldado.

Una puerta les condujo al patio desde el que subieron al tejado y se dejaron caer a la calle vecina. Era la hora de la siesta.

Ni la propia guerra era capaz de hacer cambiar las costumbres de los delezonianos. La mayoría de los soldados descansaban.

—¿Adónde vamos ahora? —inquirió Long Tom.

—Por aquí —contestó Doc Savage—. Tenemos trabajo que hacer.

En los alrededores del cuartel general del dictador de Delezon, reinaba el silencio. Un solo centinela montaba guardia y parecía soñoliento. Se detenía con frecuencia a sentarse sobre la balaustrada de la galería y fumar.

Había matorrales al pie de la galería. EL centinela suspiró y chupó con avidez su cigarrillo.

Un instante después caía de su otero. Apenas hizo ruido. Los matorrales se agitaron levemente tan sólo al desaparecer el centinela entre ellos, atraído por unos brazos de bronce.

Durante un momento, Doc Savage le dio masajes en los centros nerviosos del cuello. El soldado quedó exangüe y durmió, al parecer.

—Aguarda aquí —le dijo Doc a Long Tom.

Exploró los alrededores. No se veía a nadie. El grito del soldado que les había visto huir, no había llamado la atención.

Dos cosas podían explicar esto. Los delezonianos eran gentes muy dada a gritar por cualquier cosa.

Además, los soldados que habían llegado con permiso de frente, estaban pasando el tiempo bebiendo.

Doc Savage se encaramó en la galería. Las ventanas de las habitaciones del general Vigo estaban abiertas. Deslizándose hacia ellas, observó el interior.

La puerta del pasillo se hallaba al lado de una de las ventanas y formando ángulo recto con ella. Se dirigió a esta ventana. Entró, cruzó el cuarto y vió a quien buscaba.

EL general Vigo estaba solo, inclinado sobre un mapa en el que estaba clavando alfileres de color.

Se hallaba de tal suerte, que era casi seguro que vería a Doc Savage en cuanto éste entrara, y no daba la menor señal de tener la intención de moverse.

Doc, por su parte, no tenía tampoco el menor deseo de aguardar a que el otro se moviera. Pudiera ser descubierto de un momento a otro el centinela sin conocimiento o pudiesen averiguar que Long Tom y él se habían escapado.

—Mi general —llamó en español, con voz suave, como si fuera un soldado el que hablara;— venga aprisa que quiero enseñarle una cosa.

Estas palabras no parecían salir del lugar en que se hallaba Doc Savage, sino del otro lado de la habitación. Doc era un ventrílocuo sorprendente.

El general se volvió hacia el punto de donde habían parecido salir las palabras. Había una puerta allí.

No viendo a nadie. Vigo exclamó:

—¡Qué pasa! ¡Quién quiere...

Unos dedos de bronce le asieron por la garganta, ahogándole la voz. EL general Vigo no tenía nada de débil.

Luchó con violencia, dando puntapiés hacia atrás y usando los puños. Doc recibió dos golpes fortísimos; pero no soltó.

Le dio al general un puñetazo en la mandíbula, aun cuando no con tanta fuerza como era su intención.

Cuando el general volvió en sí, se incorporó, se frotó la mandíbula e hizo numerosas muecas: estaba rodeado de malezas. Escuchó.

Oía el zumbido de motores de aviación y alargando el cuello le fue posible ver algunos de sus propios hangares militares. Se hallaba cerca del aeródromo, en las afueras de la población.

Vigo miró a Doc Savage que se encontraba cerca de él. Su rostro

metálico carecía de expresión. Long Tom se hallaba al otro lado. El general pareció a punto de prorrumpir en maldiciones; pero, en lugar de eso, sonrió.

—No es muy saludable secuestrar al general dictador de un país del tamaño de Delezon —dijo.

—¿Por qué fingió usted fusilarnos? —preguntó Doc, sin hacer caso de su observación—. Me colocó contra la pared, dio las órdenes en voz muy alta, y el piquete disparó contra el muro, pero mucho más allá de donde yo estaba. Long Tom asegura que hizo usted lo mismo con él.

—Eso debieran ustedes de agradecérmelo.

—Y usted debiera darnos una explicación.

El dictador se encogió de hombros.

—Es muy sencillo —dijo—. Quiero acabar con el Inca Gris. No vacilaría en pegarle cuatro tiros a ese demonio. Pero no quiero matar a gente inocente. No soy partidario de los fusilamientos. Por consiguiente, los simulé nada más. Los que componen el piquete son hombres de confianza. Se correría la voz de que habían muerto ustedes. Para todos sería como si estuvieran muertos, en efecto.

—Y… ¿qué pensaba adelantar con eso.?

—Si el Inca Gris desapareciera, por ejemplo, después de haber fingido yo fusilarle a usted, eso resultaría la mar de sospechoso, ¿no le parece?

—¡Conque ése era el motivo!

—Sí; y ahora. ¿Qué le parece si me pusiera en libertad?

Doc negó, lentamente, con la cabeza. Luego miró con fijeza al general Vigo.

Los ojos del hombre de bronce eran capaces de hacer muchas cosas. La Naturaleza les había dada un aspecto poco usual: pero la práctica les había dado mucho más poder: les había capacitado para expresar cosas.

Los ojos dorados aquellos tenían casi tanta habilidad para expresar emoción como el rostro de un actor de experiencia. Ahora resultaban amenazadores.

El general Vigo se retorció, inquieto.

—Dios mío —murmuró, roncamente;— tiene usted intención de matarme.

Tal era la impresión que Doc había deseado crear.

—Tiene usted una oportunidad para salvarse la vida —contestó.

—¿Cuál?

—Hacer lo que yo le ordene.

El general Vigo tragó saliva y no contestó.

Entonces Doc Savage hizo algo completamente inesperado. Sacó una pistola y se la ofreció al general. Este la tomó, aturdido.

A Vigo le hubiera sabido mal confesarlo, pero estaba asustado. Prueba de ello fue que se quedó con la pistola en la mano, sin hacer el menor esfuerzo para usarla.

—Esa pistola no está cargada —dijo Doc Savage—. Caminará usted detrás de nosotros, apuntándonos como si fuéramos sus prisioneros. Nos dirigiremos al aeródromo. Pedirá usted un aeroplano particular. Seguramente tendrá uno, ¿no?

El general movió afirmativamente la cabeza. Esta mirándole a Doc en los ojos.

Esto era un error; pero el dictador de Delezon no sabía que se estaba sometiendo a una influencia hipnótica.

—Tengo un avión particular —confesó.

—Eche a andar —ordenó Doc Savage.

EL general se puso en pie. Doc y Tom echaron a andar delante de él, uno a la derecha y el otro a la izquierda y en posición tal que les era posible vigilar el hombre que les seguía.

Llegaron al aeródromo de Delezon.

Los centinelas les dieron el alto en cuanto les vieron aparecer. El general Vigo dio el santo y seña y agregó:

—Estos hombres son prisioneros míos.

Los centinelas los dejaron pasar.

Se acercaron a los hangares. Fue observada su presencia y salieron varios oficiales, que se cuadraron y saludaron. Se adelantó el comandante del campo.

—Mi aeroplano particular —dijo el general Vigo—. Prepárenle inmediatamente. Lo guiaré yo mismo.

El oficial pareció asombrarse. Saludó y dijo:

—Pero… ¡si usted no sabe volar, mi general!

EL general gruñó.

—No discuta usted mis órdenes. Ya le enseñaré yo si sé volar o no.

El aparato de Vigo era de cinco asientos, cerrado, moderno,

rápido y nuevo.

Una simple vuelta de la hélice bastó para poner el motor en marcha. Long Tom y Doc Savage subieron a él.

Había dos asientos delante para los pilotos. Doc ocupó uno de ellos. Había mandos delante de los dos.

El general se sentó en el otro y, asomando la cabeza por la ventanilla, dio una orden: se quitaron las cuñas que sujetaban las ruedas del tren de aterrizaje.

El general Vigo asió el volante; pero fue Doc quien condujo. Aumentó el zumbido del motor. El aeroplano cruzó el campo y despegó.

Doc enfiló la proa del aparato hacia Alcalá. El motor era bueno y tenía mucha potencia. Long Tom, detrás, en el camarote, guardó silencio, pero observó la selva y el desierto.

—Mira a ver si encuentras catalejos —le ordenó Doc.

Long Tom empezó a buscar.

—Los encontrará usted atrás —gritó Vigo, con hosquedad.

Long Tom los encontró y se los entregó a Doc. Había una compuerta de cristal encima de la cabina de los mandos. Esta estaba manchada de grasa de los motores. Doc la abrió para ver mejor y enfocó el cielo con el catalejo.

Había habido nubes a primera hora del día; pero aquéllas se habían dispersado. El firmamento parecía un cuenco invertido que irradiaba calor.

Evidentemente, el hombre de bronce no encontró lo que buscaba. Volvió a darle el catalejo a Long Tom.

—Mira a ver si ves el dirigible estratosférico —le dijo.

Long Tom movió afirmativamente la cabeza y se puso a abrir la ventanilla que había a su lado. Aun no lo había conseguido, cuando sonó otra vez la voz de Doc:

—No te preocupes ya.

El tono en que lo dijo hizo que Long Tom se volviera. Doc Savage miraba hacia algo que había delante de él y a un lado, en tierra.

Era el dirigible; o mejor dicho, lo que quedaba de él. Doc inició el descenso.

El dirigible parecía un huevo plateado puesto en medio de la selva.

Volaron junto al dirigible.

Long Tom habló con voz que parecía salida de la propia Muerte:

—No se ve ni rastro de ellos —dijo—. Deben haber quedado aplastados dentro de la cabina.

Doc dio la vuelta y volvió a volar sobre los escombros, sin que lograran distinguir la menor señal de vida. Se alzaron un poco para buscar un sitio en qué aterrizar.

La selva se extendía kilómetros y kilómetros. Los claros eran pocos y pequeños. El más cercano se hallaba a dos millas de distancia por lo menos.

El claro, cuando llegaron a él, hizo que Long Tom sacudiera la cabeza. Era bastante llano; pero pequeñísimo. Doc Savage dirigió el aeroplano hacia allá.

Su ayudante se estremeció. No lograrían aterrizar allí, a pesar de la habilidad del hombre de bronce.

Pero si que lo lograron. El aeroplano pareció a punto de estrellarse a la orilla del claro; se rehizo, resbaló, se enderezó, y luego, milagrosamente, pareció no tener ya impulso cuando tocó el suelo.

Long Tom saltó a tierra.

—¿Quieres vigilar tú el aeroplano? —dijo Doc.

—Sí.

—Despega del suelo a la primera señal de ataque.

—Bien.

Doc ató al general Vigo a uno de los asientos.

—Nada más que para evitar complicaciones —dijo.

A continuación se acercó a los árboles y desapareció. La maleza era muy espesa muy calurosa y estaba llena de insectos. Se subió a los árboles que estaban entrelazados unos con otros.

Se puso a viajar entonces como los monos, pasando de un árbol a otro con sorprendente agilidad. Se había quitado los zapatos.

Hubiera podido observarse que los dedos de sus pies tenían una extraña cualidad prensil que les adaptaba a aquella forma poco usual de viajar.

Llegó al dirigible.

Durante unos veinte minutos registró los escombros y su vecindad.

Encontró casquillos de ametralladoras, pero como quiera que

éstos se hallaban con frecuencia en sitios en que no se veían huellas humanas, comprendió que habían sido tirados por aviones.

Encontró por fin las huellas de Monk y de Ham. Las siguió. Llegó al lugar en que habían sido apresados y allí halló señales ominosas.

Había manchas de sangre en la pisoteada maleza y las señales de que habían caído dos cuerpos al suelo. Doc lo estudió todo.

El hueco formado en la vegetación por los cuerpos caídos tenía, aproximadamente, el tamaño de Monk y de Ham.

Antes de continuar su búsqueda, Doc sacó del dirigible un estuche de metal equipado con correas para poderlo llevar como si fuera una mochila.

Se lo puso y siguió examinando el terreno. Había huellas de numerosas pisadas que partían de allí, pero entre todas ellas no pudo descubrir las da Monk ni las de Ham.

Perdió la pista, cosa que no era de extrañar, pese a su habilidad. Las huellas se internaban bruscamente por una senda que parecía ser usada mucho por soldados y artillería ligera para ir y venir del frente.

Había pasado mucho tráfico por aquella senda recientemente. Pasó un escuadrón de caballería mientras se hallaba él examinando el terreno, y Doc tuvo que ocultarse hasta que se alejó. Luego siguió buscando.

Todo resultó inútil. El grupo que había capturado a sus dos ayudantes y que debía llevarlos a cuestas, tenía que haber tirado en una u otra dirección; pero resultaba imposible saber en cuál. Sus huellas habían quedado borradas por completo.

Doc Savage regresó al lugar en que había dejado a Long Tom y al general Vigo con el aeroplano. Nada había ocurrido allí. Doc se sentó ante los mandos, mientras Tom desataba al dictador.

El avión corrió por el claro hasta llegar a la orilla con el freno echado a una rueda. Luego se quedó parado con las dos ruedas frenadas mientras el motor cogía velocidad. Al ser quitados los frenos, el aparato salió disparado como un proyectil. Sólo quitó unas cuantas hojas a los árboles al salir del claro.

Doc voló directamente hacia la senda y la siguió varios kilómetros hacia retaguardia. Vió soldados, artillería y más caballería. Voló bajo para inspeccionarlos. No vió ni rastro de Monk ni de Ham.

Volvió hacia el frente sin dejar de buscar, pero sin éxito también. Volaba muy bajo, pero nadie disparó contra el aeroplano.

—¿Se le notificó a usted la captura de Monk y de Ham? —le preguntó Doc a Vigo.

—¡No! —respondió éste.

Parecía demasiado enfadado para poder mentir.

Doc Savage enfiló el aparato en dirección a Santa Amoza.

El general pareció lleno de curiosidad e inquieto a la par.

—¿Qué locura piensa hacer usted ahora? —inquirió.

—Vamos a intentar fomentar una fusión.

—¿Una fusión? Tenga la bondad de hablar con más sentido común.

—Santa Amoza y Delezon tienen un enemigo común —dijo Doc.

—Sigo sin comprender.

—EL Inca Gris —dijo Doc.

Vigo parpadeó y se humedeció los labios. Comprendió. Dijo:

—Sí, sí, pero no comprendo eso de la fusión.

—Piense. Téngalo todo en cuenta. El Inca Gris le ha estado molestando. Si analiza los crímenes de esa muerte maestra, descubrirá que todas se han producido en momentos en que parecía usted estar a punto de vencer a Santa Amoza. ¿No es cierto eso?

El general Vigo reflexionó breves momentos.

—Sí que lo es —dijo por fin.

—A Santa Amoza le ha ocurrido exactamente lo mismo. El Inca Gris ha estado procurando que esta guerra continuara.

El general se rascó la cabeza.

—Todo eso, señor, resulta demasiado increíble —murmuró.

—EL Inca Gris tiene una organización formidable —dijo Doc—. Esto no es una cosa pequeña. Lo que anda buscando el Inca Gris debe ser grande y, sin duda alguna, afectará las vidas de mucha gente.

El general movió afirmativamente la cabeza. Luego preguntó:

—Pero… ¿y esa fusión?

Doc Savage no respondió. Siguió volando hacia Santa Amoza.

CAPÍTULO XIII

QUIMICA

UNA cosa pequeña, pero bastante importante, ocurrió en la selva a pocas millas de los escombros del dirigible después de haber desaparecido el avión que conducía Doc.

Se alzó una paloma. Voló en círculo hasta que alcanzó una altura considerable.

Luego se dirigió en línea recta hacia Alcalá, capital de Santa Amoza.

Monk y Ham habían visto soltar al pájaro. Ambos estaban bien vivos, aunque bastante maltratados; pero era evidente, por la cara de los que les habían capturado, que no habían sido ellos los únicos en recibir castigo.

Algunos de los hombres aquellos habían sangrado, recientemente, por la nariz. Era ésta, en realidad, la sangre que Doc viera.

—Ataron un mensaje a esa paloma —gruñó Monk—. ¿Qué sería?

—¿Cómo rayos quieres que lo sepa yo? —dijo Ham, con acritud —. ¿Has visto que me lo dieran a leer, acaso?

Los dos prisioneros guardaron silencio escuchando. Había cuatro centinelas a su lado. El resto del grupo se había marchado al aparecer el aeroplano que había estado dando vueltas por allá unos minutos antes.

Monk y Ham habían estado escondidos entre la maleza y, por consiguiente, no tenían medio de saber que Doc Savage se había hallado a bordo da aquel aparato.

Tampoco sabían que muchos de los hombres habían corrido con el propósito de intentar apresar al hombre de bronce cuando éste examinaba el dirigible.

La espesura de la selva había hecho que fracasara la intentona, impidiéndoles incluso que se acercaran lo bastante para que Doc se diera cuenta de su presencia.

Monk escuchó los gruñidos que soltaba el cerdo Habeas Corpus. Este estaba atado a un árbol.

Para sujetarlo se había hecho uso de un alambre. Era bastante largo y le permitía al cerdo llegar desde su árbol hasta el claro en que se hallaban los ayudantes de Doc, pero no el acercarse a ellos.

Asomó el cerdo de pronto, mirando a su amo Monk, con las orejas enderezadas.

Probablemente fue eso lo que le dio la idea a Monk. EL químico se echó de lado y le habló en voz baja a Ham. Empleó el idioma de los mayas, lengua que muy poca gente —aparte de Doc y de sus cinco ayudantes— comprendía.

—Prepárate para jaleo —vino a ser lo que le dijo.

Ham le miró como si acabase de decirle que iba a envenenar a alguien.

Monk volvió la cara hacia Habeas Corpus: —Señores— dijo el cerdo en español: —me opongo a que se me trate de esta manera.

La Naturaleza no ha dado a los cerdos voz humana, conque era manifiestamente imposible que fuera Habeas quien hablara, pero parecía que la voz procedía de él.

Los centinelas se quedaron boquiabiertos. Uno de ellos dejó caer el fusil, incluso.

—Sí, sí, amigos —prosiguió el tocino—. Para un cerdo vulgar estos tratos podrían ir muy bien, pero para uno de mi innegable habilidad…

Era Monk, claro está, que recurría a su habilidad como ventrílocuo.

La escena hubiera podido resultar cómica en otras circunstancias; pero allí, en la selva, ante hombres que, con toda seguridad, eran muy supersticiosos, surtió su efecto.

Les dio a Ham y a Monk una oportunidad para ponerse en pie sin ser vistos.

Los dos estaban atados de pies y manos: pero eso no significaba que fuesen incapaces de hacer el menor movimiento. Podían dar saltos y lo hicieron.

Monk se puso a aullar y a saltar al mismo tiempo. Sus alaridos

parecían dados por una docena de hombres. A Monk siempre le gustaba meter ruido cuando luchaba. Descargó las manos atadas sobre el cuello de un centinela.

Este rodó por el suelo, sin conocimiento.

Ham alcanzó a otro centinela de la misma manera. Quedaban dos. Monk se encargó de uno y Ham del otro.

Los dos ayudantes de Doc se alzaron del suelo casi simultáneamente y Monk sonrió de oreja a oreja.

—Tendrás que reconocer que ese cerdo tiene su utilidad —dijo.

Ham soltó un respingo. Antes que hablar bien de Habeas prefería guardar silencio. Monk puso al cerdo en libertad.

—A ver cómo sabes correr, puerco —dijo.

Echaron a correr a través de la selva No se preocuparon de la dirección que seguían. Su único afán era alejarse a toda prisa y hacerlo con el menor ruido posible.

Después de recorrer cosa de media milla, dedicaron media hora a hacer desaparecer su rastro.

Lo hicieron avanzando por los entrelazados copos de los árboles, vadeando un riachuelo que encontraron y pisando en sitios en que no quedaran marcadas las huellas.

Llegó el momento, sin embargo, en que se vieron obligados a decidir en qué dirección marchar.

—En dirección a Santa Amoza —dijo Ham.

Monk no tuvo nada que objetar. Miraron el sol. Este se hallaba lo suficientemente descentrado para que existiera duda acerca de cuál era el Sur, dirección en que se hallaba Santa Amoza.

Monk señaló con el brazo.

—Por allí —dijo.

—Te equivocas —aseguró Ham;— es por allí.

Y señaló casi en dirección opuesta a la que había señalado Monk.

—Estás equivocado, picapleitos —dijo el químico—. ¿No has sido nunca explorador? ¿No sabes orientarte?

Empezaron a expresar con vehemencia lo que cada uno de ellos opinaba de la habilidad del otro. Ninguno de los dos quería, reconocer la menor posibilidad de que el otro pudiera tener razón.

—El que tiene espalda fuerte tiene el intelecto débil —anunció Ham—. Yo me marcho por mi camino.

—Ya puedes hacerlo, código criminal ambulante —contestó Monk—. Yo me voy en la dirección en que sé que está Santa Amoza.

Sin volver a mirar atrás, Monk tiró en la dirección que había señalado.

Habeas Corpus gruñó algo inquieto, miró a Ham con aire de expectación y luego echó a andar detrás de Monk, agitando las orejas para espantar a las moscas.

Ham, aun cuando no lo hubiese querido confesar, estaba desconcertado.

Se apagó en la distancia el ruido que hacía Monk al avanzar. Reinó el silencio en la selva y aquel silencio no resultaba agradable.

Ham, a los pocos minutos, empezó a mirar a su alrededor nervioso, experimentando la sensación de que le vigilaban ojos invisibles.

Comprimió les labios. No era aquél país para que fuera por él un hombre solo. Ni él ni Monk.

Tomó una determinación. Le dolía, pero dio media vuelta y tiró en la misma dirección que Monk. El químico y su cerdo habían dejado un leve rastro de su paso.

Iba muy alerta. No se oía el menor ruido a su alrededor, pero se acentuó su impresión de que le seguían.

Las ramas de los grandes árboles se entrelazaban por encima de su cabeza, creando una especie de crepúsculo artificial y, a la incierta luz, era difícil distinguir los objetos con claridad. Se detenía de vez en cuando a escuchar.

Oyó ruido delante de él.

Abrió la boca para gritar "¡Monk!", pero volvió a cerrarla sin haberlo hecho.

Pese a todo el terror de la selva, estaba decidido a divertirse a costa de Monk. Le haría creer que le estaban atacando.

Avanzó tan aprisa y tan silenciosamente como le fue posible.

Miró adelante con atención y no tardó en ver, por entre los árboles, una figura maciza que empujaba a un lado las trepadoras y demás vegetación de la selva, con brazos largos y peludos. La luz, como hemos dicho, no permitía ver, claro; pero aquella forma simiesca de andar era inconfundible.

Ham sonrió. Cogió una piedra, se metió en un macizo por el que había desaparecido la figura, y tiró.

La piedra pasó por entre las hojas y pegó contra algo —carne, sin duda alguna,— con un ruido que a Ham le colmó de satisfacción.

Esperaba oír un aullido de Monk. Se llevó chasco. Se oyó un chillido agudo y gran ruido entre la maleza. El que lo estaba haciendo corría en dirección de Ham. AL ver éste lo que salía de la espesura, casi se le saltaron los ojos.

Era un mono; pero… ¡qué mono!

Más grande que un chimpancé y más pequeño que un gorila. No tenía cola y su pelo era rojizo.

Lo más singular de todo era el parecido que el animal tenía con Monk.

El extraño antropoide avanzó hacia Ham, haciendo un ruido muy parecido al que hacía Monk cuando hablaba solo.

—¡Zape! —exclamó Ham.

Y retrocedió. Tuvo mala suerte. Se le enganchó en el tacón una raíz y cayó.

El simio saltó hacia él.

—¡Lárgate de aquí, maldita sea tu estampa! —estalló Ham.

Se asustó de verdad cuando el animal saltó sobre él; pero su susto desapareció de pronto al echarle el simio los brazos al cuerpo y lloriquear, asustado.

Ham observó atentamente el semblante de su nuevo amigo. Se echó a reír sin poderlo remediar.

—¡El hermano gemelo de Monk! —exclamó.

El simio siguió haciendo ruido con la boca. Ham se puso en pie. El ruido aquél se oía mucho en el silencio de la selva.

—Vete de aquí —ordenó—. El tener a un bicho como tú a mi lado me basta. Monk no querrá tener competidores.

El antropoide sin cola empezó a saltar exactamente igual que Monk cuando estaba furioso —y no dio la menor señal de tener intenciones de marcharse.

Ham se rascó la cabeza y murmuró:

—¿Cómo se le dirá a uno de esos bichos que se largue?

El simio hizo un ruido amistoso.

—¡Zape! —ordenó Ham—. ¡Lárgate! ¡Bono! ¡Fú! ¡Oscila! ¡Sal trotando! ¡Corre!

Ninguna de estas órdenes pareció surtir el menor efecto. Probó

"¡Arre!", sin obtener resultado.

Se dio por vencido y se puso a estudiar al animal. Le llamó nuevamente la atención el singular parecido que el mono aquel tenía con Monk.

En aquel momento hubo una interrupción.

Se oyó ruido entre la maleza y apareció Habeas Corpus. El cerdo vio enseguida al mono. Se paró en seco. Se alzaron sus orejas como las velas de un barco.

Gruñó rápidamente. Era evidente que el compañero de Ham no le merecía muy buena opinión.

El sentimiento pareció ser reciproco. El mono cogió un palo, corrió hacia Habeas y le dio un garrotazo. Habeas huyó soltando gruñidos frenéticos.

Aquello decidió a Ham. Se sentó en el suelo y se echó a reír hasta que las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Se olvidó por completo de su situación.

—Voy a quedarme con este mico mascota —declaró—. ¡La rabia que le va a dar a Monk! Y el cerdo ese tendrá algo más que hacer que abrirme agujeros en la ropa.

Habiendo ahuyentado a Ham de la vecindad, el mono volvió con el palo al hombro, como si fuera un fusil.

Ham le miró, se rascó la cabeza, y dijo:

—Te bautizo con el nombre de "Química".

El mono hizo un ruido como si quisiera decir que encontraba el nombre de su gusto.

Riéndose, Ham volvió a echar a andar por el camino, seguido por Monk.

Química le siguió de cerca. Cuando el suelo le resultaba demasiado duro, el animal se subía a los árboles, pero sin alejarse del abogado.

—¡Baja aquí! —le ordenó Ham.

Pero el antropoide se limitó a sentarse en una rama con cara de testarudez.

Ham se dio por vencido y escuchó. No se oía el menor sonido. Seguía experimentando, sin embargo, la sensación de que le estaban vigilando.

Se sacudió como para deshacerse de aquella situación y llamó al mono. Este resultaba compañía, por lo menos.

En lugar de bajar del árbol, Química se puso a hacer ruidos amistosos con la boca y luego siguió avanzando a gran velocidad. Ham, sin que supiera explicarse el motivo, emprendió su persecución.

Química fue mucho —más aprisa que él. De vez en cuando desaparecía casi por completo. Ham cogió un palo. Mejor sería que Química aprendiese ya a ser un poco disciplinado.

Apareció un bulto delante de él. A la incierta luz, se parecía a Química.

Lanzó el palo contra él.

—¡Aaay! —aulló una voz que le era muy conocida—. ¿Quién ha hecho eso?

—¡Monk! —exclamó Ham—. ¡Soy yo!

—Tú habías de ser —contestó el otro, con disgusto—. Vaya una diversión. ¿A quién se le ocurre tirarme palos? Lo raro es que no te haya metido un tiro.

—No sabía que fueses tú —dijo Ham, con hosquedad. Luego, para que no se interpretaran mal sus palabras, agregó:— Si lo hubiera sabido hubiese tirado un palo más grande.

—Pues, ¿quién te habías creído que era?

—Química —respondió Ham, echándose a reír.

—¿Química? ¿Te has vuelto loco?

Les interrumpió una serie de gruñidos de miedo lanzados por Habeas Corpus. Los dos hombres dieron la vuelta y corrieron hacia el lugar de donde procedían.

Vieron una extraña escena. Química había capturado al cerdo. Lo tenía sujeto y le examinaba la piel en busca de pulgas.

Monk emitió un rugido y cogió el primer palo que encontró a mano. Ham le asió del brazo, conteniéndole.

—¡Aguarda un poco, Monk! —dijo.

—¡No pienso aguardar un instante! ¡Ya lo enseñaré yo a ese mico raro a no meterse con Habeas!

—Ese mico —contestó Ham,— es Química.

—¿Cómo?

—Química es mi nueva mascota. Y el pegarle a él es igual que pegarme a mí.

Nunca se supo qué hubiera hecho Monk, porque en aquel instante el cerdo le peló un mordisco a Química y logró escaparse.

—Química —dijo Ham—, es una mascota excelente. ¿No te parece?

Monk pareció a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

—No me digas que vas a quedarte con... con... esa cosa. Pero... ¡si no se parece a nada de este mundo!

—Le confundí contigo al principio —le advirtió Ham.

Monk comenzó a remangarse.

—¡Eso si que no lo aguanto! —bramó.

—No sólo lo aguantarás, sino que tendrá que gustarte.

Habeas asomó el hocico par entre los árboles. Química dio un salto hacia él.

El cerdo puso pies en polvorosa.

Monk empezó a remangarse.

—Ese maldito bicho no irá con nosotros —dijo—. Si es preciso, os desharé a ti y a tu gorila...

Química emitió, de pronto, un sonido extraño y corrió hacia Ham. Se agazapó junto al abogado, apoyando los nudillos en el suelo y mirando con nerviosidad a su alrededor.

Estaba asustado. Un instante después, Habeas salió corriendo de entre los árboles y se colocó al pie de Monk.

—¡Rayos! —exclamó Monk—. ¡Alguien debe andar por aquí!

Ambos llevaban fusiles que les habían quitado a los hombres que les guardaban. Alzaron las armas y aguardaron, escuchando.

—¿Qué crees tú que sería? —inquirió Monk, en un susurro.

Ham movió negativamente la cabeza y susurró también:

—No lo sé; pero tal vez...

Se interrumpió bruscamente al oírse un silencio y un golpe.

Ham había estado de pie junto a un árbol. Se agarró bruscamente y luego se tendió, cuan largo era, en el suelo. A dos centímetros de donde había estado su cuello temblaba, en el tronco del árbol, un minúsculo dardo.

—¡Una flecha envenenada! —bramó, con ira, Monk.

Empezó a saltar hacia adelante.

—¡No hagas eso! —le gritó Ham—. A lo mejor nos tienen rodeados.

Monk se detuvo y se quedó completamente inmóvil, con el fusil preparado.

Hubo un silencio intenso. Química lo rasgó con un grito agudo,

casi humano. El singular simio dio un brinco y rodeó la cabeza de Ham con sus brazos.

Ham decidió más adelante que aquello significaba que Química había querida protegerle, y así se lo explicó a Monk; pero, de momento, lo único que sabía era que el abrazo de Química le impedía ver.

—¡Rayos! —exclamó Monk de pronto.

Un corro de indígenas les rodeaba por completo. Eran hombres pequeños, de arrugado semblante. Todos iban armados de cerbatanas.

—¡No dispares! —exclamó Ham.

—¿Me has tomado por un idiota? —gruñó Monk—. No tenemos municiones suficientes para matar ni a una cuarta parte de estos hombrecillos.

CAPÍTULO XIV

MAS A MORIR

UN indígena algo mas alto y de aspecto más inteligente que los demás, se adelantó. Tenía fruncido el entrecejo y señaló varias veces a Química. Luego habló con rapidez.

Monk no le entendió una palabra.

—Dice que soltemos nuestras armas —observó Ham, dejando caer el fusil.

—Pero… ¿qué idioma está hablando? —inquirió Monk.

—Escucha con atención. Si no logras entender las palabras suficientes para darte cuenta de lo que dicen, eres tan tonto como pareces. —El indígena estaba hablando otra vez. Monk escuchó con atención. La expresión de melancolía desapareció de su semblante, que se tornó radiante de alegría.

—¡Maya! —exclamó—. ¡No es el mismo idioma maya que nosotros conocemos, pero es maya!

—Has acertado.

—En tal caso, nos encontramos entre amigos.

El jefe de los indígenas estaba hablando otra vez. Pronunciaba las sílabas rápida y explosivamente. De pronto alargó un brazo y capturó a Química.

El simio hizo bastante ruido con la boca, pero no luchó con violencia.

Parecía conocer divinamente a los que le habían capturado.

Se adelantaron varios hombres y asieron a los dos ayudantes de Doc.

—¿Amigos, dijiste? —inquirió Ham, sardónicamente—. Sí; ya se está viendo.

Monk miró ceñudo a Ham; luego a Química.

—Fue ese bicho que cogiste por mascota. Hizo ruido y le oyeron. Así nos encontraron.

Los indígenas estaban hablando mucho entre sí.

—Escucha —le dijo Ham a Monk.

Este aguzó el oído.

—Química parece ser un mono sagrado o algo así —dijo.

—Justo. Y por eso se nos ha perdonado la vida. El mono sagrado nos trataba como amigos, por eso no nos han matado.

—Esto último lo has inventado tú. No han dicho nada que se le parezca.

Los indígenas se encargaron de poner fin a la discusión. Les ataron los brazos al cuerpo con cuerdas hechas de lianas retorcidas.

Ninguno de los dos intentó escaparse. No sólo hubiera resultado inútil, sino fatal, con toda seguridad: las cerbatanas y los dardos envenenados no eran cosas de juego.

Habló Ham intentando usar el idioma de los indígenas. Parecieron comprenderle; pero no tuvieron la cortesía de contestarle.

El jefe se limitó a encogerse de hombros.

—Si Doc estuviera con nosotros —gruñó Monk—, apuesto a que podría sacar algo en limpio.

Cuatro horas más tarde, Monk y Ham no habían mejorado de situación.

Se hallaban casi agotados. Los indígenas habían seguido viajando a toda velocidad sin que el terrible calor pareciera afectarles, mientras que los ayudantes de Doc casi se habían derretido.

Química y Habeas seguían teniendo sus diferencias. Con los largos brazos arrastrando. Química caminaba al lado de Ham; apartándose de él tan sólo de vez en cuando para correr tras Habeas.

Poco a poco fue operándose un cambio en los indígenas y no tardó en comprenderse que su excitación se debía a que estaban aproximándose a un poblado. Era evidentemente, un poblado provisional. Las cabañas estaban construidas, principalmente, de bambú. Las techumbres estaban construidas de paja y ramas y los pisos eran una especie de plataforma elevada unos cuantos pies sobre el suelo, obedeciendo esto último, con toda seguridad, al

deseo de impedir que culebras y otros animales pequeños pudieran introducirse en las cabañas. Ninguna de ellas tenía paredes.

El jefe habló. Manos pequeñas pero fuertes, asieron a Monk y a Ham y les empujaron hacia una cabaña que se hallaba aproximadamente en el centro del poblado.

—¿Notas tú algo raro? —murmuró Monk.

—Sí —asintió Ham;— no hay ni una sola mujer aquí. Este es un grupo de guerreros exclusivamente.

—Un grupo de guerreros del Inca Gris, señor —interrumpió una voz nueva, en español.

No les era desconocida aquella voz. La habían oído en alguna otra ocasión.

Ham y Monk se volvieron rápidamente.

Junto a una de las cabañas había un hombre, uno de los de la cuadrilla que les había capturado al abandonar el dirigible Este hombre hizo un ademán.

Aparecieron varios otros hombres. Estos también habían formado parte de la cuadrilla mencionada.

—¿Les sorprende, señores? —inquirió uno de ellos.

—¡Váyase a tomar el fresco! —gruñó Monk.

El hombre sonrió.

—Aguardarán aquí un poco —dijo—. No tardará en reunirse Doc Savage con ustedes.

Monk tuvo un sobresalto.

—¿Cómo?

—Doc Savage se reunirá con ustedes dentro de poco. El Inca Gris lo ha decidido así, y el Inca Gris acostumbra hacer lo que se propone.

—¿Qué quiere decir con eso? —gruñó el químico.

—Cállate, Monk —dijo Ham—. No le des la satisfacción de poder jactarse ante nosotros.

Monk y Ham fueron conducidos a una cabaña, uno de cuyos lados estaba protegido contra el sol por medio de la pantalla formada por una serie de frondas de palmera, amontonadas.

Esta pantalla impedía que pudiesen ver el interior de la cabaña. Les ataron los pies y las manos. Se les alzó y se les echó sobre el elevado suelo.

—Buenas noches, señores —dijo una voz femenina, llena de

cansancio y hastío.

Monk volvió la cabeza y vió a una de las jóvenes más hermosas que había visto en su vida. Estaba atada tan fuertemente como ellos.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—La señorita Anita Carcetas —contesto la prisionera.

Monk quedó como aturdido.

—¿La hija del presidente de Santa Amoza?

—Sí, ¿y ustedes?

Monk echó otra mirada a la joven y se quedó mudo. Era muy susceptible a la belleza femenina y fue Ham, que era un poco menos vulnerable, quien habló.

—Este señor es el coronel Andrés Blodgett Mayfair, conocido por el nombre de "Monk" —dijo—. Yo soy el comandante general Teodoro Marley Brooks, aun cuando por regla general me llaman Ham, apodo que me hace muy poca gracia. Somos compañeros de Doc Savage.

La muchacha se puso excitada.

—Así, pues —exclamó,— ¿Doc Savage se encuentra en Santa Amoza?

—O en Delezon —respondió Ham—. No sabemos a ciencia cierta en cuál de los dos sitios.

La joven intentó incorporarse, pero no pudo.

—¿Creen ustedes que podría ayudarme en este trance?

—Claro que sí —contestó Ham.

Monk había descubierto que si apartaba la mirada del rostro de la joven, le volvía la voz. Lo hizo y preguntó:

—¿Querrá usted explicarnos qué significa esto?

La muchacha afirmó con la cabeza y habló aprisa. Les contó las hazañas del Inca Gris y habló del misterio que rodeaba al siniestro personaje.

Dio, especialmente, detalles de la muerte producida por el polvo gris.

Monk escuchó con interés.

—El Inca Gris ha intentado quitarnos del paso —dijo.

—Y no le ha ido mal del todo —agregó Ham.

Se oyó un leve ruido en el exterior de la cabaña. Monk alzó la cabeza; pero no pudo ver qué era lo que hacia el ruido.

—¿Qué es esa muerte gris? —preguntó Ham a la muchacha.

Esta se estremeció.

—Es... es horrible. Vi a uno de los que murieron así. No había nada que indicara de dónde había salido el polvo ni cómo llegó hasta allí. Y el muerto tenía una expresión... Debió de sufrir horriblemente antes de morir.

Volvió a oírse ruido como de carreras por los alrededores. Luego un gruñido agudo. Monk luchó, frenético, con sus ligaduras sin lograr deshacerse de ellas.

—Están intentando coger a Habeas —gruñó.

Los gruñidos aumentaron en volumen.

—¡Cogedle! —gritó una voz.

Habeas Corpus se metió en la cabaña y se escondió detrás de Monk. Un instante después entró Química, cogió al cerdo y lo apretó entre sus brazos.

A continuación se presentaron los que andaban intentando cazarle. Eran blancos. Iban acompañados de unos cuantos indígenas.

Se aproximaron a Habeas, con determinación.

Pero los indígenas se metieron entre ellos y el cerdo. Hablaron excitados.

Ham escuchó y, mirando a Monk, le preguntó:

—¿Te has enterado de eso?

—Sí —gruñó Monk;— dicen que tu maldito mico no quiere que le hagan daño a Habeas, al parecer. Por lo tanto, deben dejar en paz al cerdo.

—Seguramente, Química le ha salvado la vida a Habeas.

Hubo algo de tensión durante unos momentos. Los blancos estaban furiosos por las objeciones de los indígenas.

Evidentemente, sin embargo, no olvidaron que se hallaban en inferioridad numérica. Retrocedieron, encogiéndose de hombros y con sonrisa forzada.

Habeas demostró su agradecimiento dándole un mordisco a Química en el dedo gordo de un pie y salió huyendo hacia la selva.

—Habeas —dijo Ham—, tiene las mismas cualidades que su dueño.

Sería cosa de media hora después cuando se vió llegar a un mensajero.

Este habló con rapidez y enseguida se alzó un murmullo de excitación.

Indígenas y blancos se acercaron a la cabaña en que se hallaban los prisioneros.

El hombre que sabía hablar en español se acercó y dijo, dirigiéndose a los cautivos:

—Hemos recibido aviso de nuestro señor el Inca Gris. Han de ser consignados ustedes a las fosas.

Monk pareció intrigado, miró a Ham y preguntó:

—¿Qué quiere decir con las fosas?

La muchacha exhaló una exclamación ahogada.

—La fosa de las hormigas —dijo.

—¿Eh? —murmuró Monk, mirándola.

—Ya… ya habrán oído ustedes hablar de eso —tartamudeó—. Una fosa… hormigas… miel…

Monk sintió que se le helaba la sangre en las venas. Había oído hablar de aquel suplicio que sólo usaban los bárbaros más feroces.

Era una muerte lenta, horrible, increíblemente cruel. Seguía uno vivo horas y horas, mientras se le comían vivo.

Era evidente que Ham había oído hablar de las fosas de hormigas también.

Su rostro palideció, pero no dijo una palabra.

Manos duras asieron a los prisioneros, y les obligaron a levantarse sacándolos a la luz crepuscular. Monk vió que sacaban a la muchacha también.

—¡Eh! —bramó—. ¿Van a hacerle ustedes eso a una mujer también?

—Es orden del Inca Gris —respondió el blanco.

Pero en aquel momento se adelantó el mensajero. Habló con vehemencia.

EL resultado fue que separaron a la muchacha de los otros dos prisioneros y volvieron a dejarla en la cabaña.

AL parecer, el Inca Gris no sólo no había decretado su muerte, sino que había dado la orden de que se la conservara viva. A Monk y a Ham se los llevaron.

—¡Adiós! —les gritó la muchacha, con voz que hizo esfuerzos por dominar—. Son ustedes tal como me había imaginado que serían los ayudantes de Doc Savage: muy valientes.

—Todo saldrá bien, no se apure —le gritó Monk.

Llegaron a un claro del bosque. No era muy grande, pero estaba completamente pelado y hacía un calor sofocante en él.

La fosa se hallaba en el centro.

Su aspecto no tenía nada de terrible ni ominoso. No era más que un agujero poco profundo abierto en el suelo endurecido.

Fueron clavadas unas fuertes estacas en el fondo.

Metieron a Monk y Ham en la fosa y les tendieron cuan largos eran. Les desataron piernas y manos y volvieron a atárselas a las estacas.

Quedaron tumbados boca arriba, despatarrados, impotentes.

EL jefe de los blancos se acercó a la orilla de la fosa. Le quitó una lanza corta a uno de los indígenas. Esta no tenía la punta envenenada. La tiró.

Cayó tan cerca de Monk que le arañó un brazo. El químico no parpadeó siquiera.

—¡Demonio! —exclamó el blanco—, Esto no resulta divertido. Que traigan la miel.

Aparecieron varios indígenas con tarros de miel. Rociaron a los ayudantes de Doc con ella y regaron también los lados de la fosa.

—¿Comprenden ustedes para qué es esto? —inquirió el blanco, con expresión diabólica, que contrastaba con la de los indígenas.

El blanco estaba gozando con aquello. Los indígenas no.

Los que llevaban los tarros de miel echaron a andar por la selva, derramando un chorro de miel a su paso.

Ham miró a Monk y le preguntó:

—¿Sabes tú algo acerca de las hormigas?

—No; y no tengo el menor deseo de empezar a aprender nada de eso ahora.

El blanco se echó a reír.

—Aprenderá usted muchas cosas de las hormigas —dijo—. Les gusta la miel. Seguirán el reguero. Se encontrarán con otra cosa que les gusta también… carne viva.

Los indígenas volvieron con los tarros vacíos y dijeron que habían dejado grandes regueros de miel en la selva, donde era casi seguro que tropezarían con ellos las hormigas.

El blanco gruñó una orden y todos se marcharon.

Monk murmuró en alta voz:

—¿Qué clase de hormigas tendrán por aquí?

—Hormigas soldados —le dijo Ham—. He leído mucho de ellas. Se lo comen todo. Pasan por encima de uno, le cubren el cuerpo. Ya sabes tú la punzada que da una hormiga al morder. Bueno, pues miles de ellas...

—Puedes callarte lo demás —le interrumpió Monk—. Yo también tengo imaginación.

Hubo silencio. Fue rasgado una vez por el redoble de un tambor de la selva, no muy lejos de allí. Evidentemente, los indígenas estaban haciendo señales.

Unos minutos más tarde se oyó otro tambor muy lejos. Ham y Monk comprendieron que se trataba de algún mensaje.

Siempre ha sido misterioso el idioma del tambor de la gente de la selva.

Rara vez ha sabido comprenderlo un hombre blanco.

—Mira —dijo Ham, de pronto.

Parecían llevar ya allí muchas horas; sin embargo, la oscuridad no era intensa aún, lo que significaba que había transcurrido muy poco tiempo, porque el crepúsculo dura muy poco en los trópicos.

Una hormiga solitaria estaba dando la vuelta a la fosa siguiendo la miel. Fue bajando lentamente, sin parecer tener la menor idea de dónde iría a parar.

Se aproximó a los dos cautivos.

Monk logró coger con los dedos una pequeña cantidad de tierra. Se la tiró a la hormiga. El insecto huyó. Ahora parecía perseguir un fin determinado.

Salió de la fosa y desapareció.

—Diste un paso en falso esta vez —la dijo Ham a Monk.

—¿Por qué?

—¿Has leído alguna vez algo acerca de las hormigas soldados?

—No.

—Tienen hormigas dedicadas exclusivamente a la exploración —le dijo Ham—. Debiste de haber dejado que se acercara ésa y haberla matado para que no hubiese podido volver a buscar a sus compañeras.

Monk se humedeció los labios. Sintió frío de pronto. Esto era raro, porque el calor que había en el pequeño claro debía ser terrible.

Muy pocas veces se había sentido Monk así durante su vida. Y siempre había sido cuando se hallaba muy cerca de la muerte.

—¡El Inca Gris! —murmuró—. ¡Maldito él, sea quien fuere!

CAPÍTULO XV

POLITICA

EL Inca Gris era una nube que había cubierto a Delezon y a Santa Amoza.

Nube invisible, es verdad, pero tan real, que había tocado a todos los ciudadanos de las dos repúblicas. El Inca Gris se había convertido en símbolo del terror, de igual manera que el murciélago es símbolo de la noche.

El Inca Gris simbolizaba la muerte lo mismo que la calavera y las tibias cruzadas. Sin embargo, nadie sabía qué pensaba el misterioso personaje.

Jamás había quedado un motivo o una meta tan envueltos en diabólico misterio.

El general Fernández Vigo estaba expresando su opinión personal del Inca Gris.

—Es un verdadero demonio, pero es muy inteligente —dijo.

Doc Savage y Long Tom nada dijeron. EL hombre de bronce estaba conduciendo el avión.

Acababan de elevarse en la luz crepuscular, de un punto a la orilla de la selva. Se habían pasado la tarde entera allí, aguardando la oscuridad.

Aquella espera había intrigado al general Vigo. Había hecho muchas preguntas.

—Nuestro propósito exige que lleguemos a la capital de Santa Amoza sin ser vistos —le dijo Doc Savage.

Doc escogió un puesto bien apartado de las afueras de la ciudad.

Evidentemente lo recordaba de haberlo visto cuando volara anteriormente, sobre la ciudad. Era un campo sembrado lo bastante llano para aterrizar.

El aparato tocó tierra divinamente, deteniéndose a la sombra de un macizo de árboles. No era fácil que lo vieran allí.

—¿Hay alguna casa por aquí cerca? —preguntó Tom.

—Ninguna —respondió Doc.

El general Vigo gruñó:

—Debe usted conocer muy bien los alrededores de Alcalá.

—El escoger sitios apartados como éste se convierte en costumbre cuando uno se ha encontrado en tantas situaciones difíciles como yo —contestó el hombre de bronce.

El presidente Carcetas era un hombre viejo y quebrantado por añadidura.

Padecía una depresión moral enorme.

Esto resultaba bastante sorprendente, porque la vida pasada de Carcetas había sido bastante violenta. Había luchado en revoluciones, siempre en el partido que él creía representaba la Justicia.

Había sido desterrado dos veces, volviendo al fin triunfal para alcanzar el puesto más alto posible: el de presidente de su querida patria.

Siempre había sido un hombre justo; pero nadie le había acusado jamás de ser blando o de carecer de valor. Gente había que aseguraba que no tenía punto blando alguno, que era un hombre de hierro.

Esta gente estaba equivocada y ante ella tenía las pruebas de su error.

La pérdida de su hija había deshecho a Carcetas; había hecho desaparecer su valor.

EL presidente Carcetas se hallaba sentado solo, en aquellos momentos, en su despacho del palacio presidencial.

Sonó un golpe en la puerta, y sin alzar la cabeza, dijo:

—¡Adelante!

Entró el Ministro de Guerra Junio Serrats. Este andaba con aplomo, con mucha confianza en sí. Parecía algo orgulloso también y motivos tenía para ello. Porque ahora era el hombre de hierro de Santa Amoza.

Era el poder oculto tras el sillón presidencial. Y, si sabía hacer las cosas bien, su poder sería superior al del presidente.

—La comisión ejecutiva está celebrando una reunión especial

esta noche —dijo—. Aguardan la presencia de usted.

El presidente se volvió, lentamente, en su asiento y miró al Ministro de Guerra. La mirada de Carcetas era la de un viejo vencido.

—¿Qué es lo que va a discutir la comisión ejecutiva? —preguntó.

—¿Lo ha olvidado usted ya? —exclamó el ministro, con sorpresa—. Se trata de la cuestión de votar créditos para nuevas compras de armamento. La compañía representada por el conde Hoffe, como usted sabe, ha pedido que repongamos fondos.

El presidente pareció reflexionar, algo distraído, sobre el asunto. Afirmó lentamente con la cabeza:

—Iré dentro de unos instantes —dijo.

Serrats se encogió de hombros.

—Está bien —murmuró.

Y se fue. EL presidente apoyó la cabeza en las manos.

Parecía estar sumido en profundas meditaciones. Una vez se levantó, se acercó a un espejo y se examinó.

Se apagaron las luces.

Se apagaron por todo el palacio presidencial, en realidad. No hubo mucha confusión al principio. Los centinelas empezaron a correr de un lado para otro, en busca de la avería. Igual hicieron los lacayos y ujieres.

Por fin volvieron a encenderse las luces.

Un ordenanza se acercó a la puerta del despacho del presidente Carcetas, llamó, le ordenaron que entrase y lo hizo.

—Quería asegurarme de que a su excelencia no le había sucedido nada.

—Gracias.

EL presidente estaba sentado a su mesa. Llevaba echada sobre los hombros una larga capa que usaba para las ceremonias de estado y que había estado colgando de una percha cerca de la puerta.

La capa en cuestión era muy larga; tenía el forro escarlata y llevaba prendida una sola condecoración: una insignia que indicaba que el que la llevaba era jefe supremo de los ejércitos de Santa Amoza.

La insignia aquella aseguraba una mentira en las circunstancias

reinantes, porque el verdadero jefe era Serrats.

El ordenanza se fue.

Entonces el presidente hizo una cosa rara. Se dirigió nuevamente al espejo y se puso a examinarse las facciones, exactamente igual que antes de que se apagaran las luces. No parecía satisfecho.

Sacó del bolsillo un lápiz semejante al que usan los actores. Con su ayuda, agregó cuidadosamente otra línea a sus facciones.

Se estaba haciendo parecer más viejo.

Satisfecho, apagó las luces y abandonó el palacio presidencial.

La reunión extraordinaria de la comisión ejecutiva de Sarta Amoza se hallaba en todo su apogeo. Esto significaba que el gobierno en pleno estaba funcionando.

Santa Amoza tenía parlamento, con las dos cámaras de costumbre; pero éste no celebraba sesión ahora.

Y, cuando no se hallaba en sesión, todas las funciones gubernamentales, hasta las extraordinarias, eran manejadas por la comisión ejecutiva.

Alrededor del cuarto había guardias militares, y tres espectadores. Estos últimos eran Ace Jackson, el conde Hoffe y Don Kurrell.

Serrats tenía la palabra. Su voz era áspera, como podía esperarse de un guerrero.

—Acabo de visitar al presidente Carcetas —estaba diciendo—. Se reunirá con nosotros dentro de breves momentos; pero antes de que llegue, deseo hacerles a ustedes una petición. El presidente Carcetas acaba de sufrir una sacudida muy grande. La desgracia de que ha sido víctima su hija casi ha sido superior a sus fuerzas. Siento mucho tener que decirlo, pero no es dueño de sí mismo. Ustedes, señores, podrán comprender perfectamente su estado. Yo sé que ustedes, comprendiéndolo, sabrán disculparle.

Serrats era un hombre muy listo. Sabia que el presidente era muy querido.

Tenía muchos amigos. Estos amigos se apresurarían a echarse sobre cualquiera que hiciese oposición al presidente o que conspirara contra su autoridad.

Serrats era demasiado inteligente para enemistarse con dichos amigos, sobre todo si le era posible conseguir propósitos, mediante la astucia.

Hubo movimiento junto a la puerta. Todas las miradas convergieron en ella.

Muchos rostros sonrieron bondadosamente.

—El presidente Carcetas —susurró alguien. EL presidente se adelantó en su larga capa gris. Caminaba lentamente, como si pesara sobre él una pesada carga y no se quitó la capa.

Se dirigió a la plataforma destinada a los oradores, se encaró con el público y alzó los brazos, imponiendo silencio.

Empezó a hablar en excelente español. Tenía fama como orador. Jamás había hablado de manera que diera más peso a sus palabras.

—Tengo algo que decir —dijo—. Escúchenme con atención, porque es muy importante.

Siguió a sus palabras un silencio profundo.

—Llevamos luchando con la república vecina cerca de cuatro años —dijo—. Han muerto muchos valientes de ambos lados. La causa de esta guerra fue el asesinato de uno de nuestros guarda —fronteras por soldados que se suponía era de Delezon.

"Nuestro honor exigía una satisfacción. Si había honor alguno que vengar, señores, ha quedado vengado ya. Si había amor propio que satisfacer, ya ha quedado satisfecho. Y, sin embargo, la guerra continúa.

Hizo una pausa. El silencio era tan grande que nadie parecía respirar.

—Señores —prosiguió el presidente:— hemos sido unos imbéciles. Hemos sido simples peones movidos por un siniestro ajedrecista.

El Ministro de Guerra intervino:

—¿Qué quiere usted decir?

—El asesinato del guarda —fronteras, motivo de la guerra, no fue cometido por soldados de Delezon, según hay toda suerte de motivos para creer. Fue cometido por otro... por un personaje siniestro que estaba haciendo sus planes para que estallara la guerra. Y lo logró. Aquella fue la primera obra de una mano misteriosa; pero no fue la última. Vez tras vez han ocurrido cosas que han mantenido viva la guerra. Ese ajedrecista maestro, monstruo de avaricia que, por fines que nadie ha logrado descubrir, ha hecho todo lo posible por que no acabara la guerra, tiene un nombre muy conocido de la mayoría de ustedes: me refiero al Inca

Gris.

Se oyó un pronunciado murmullo en el auditorio. Se miraron unos a otros.

—El Inca Gris ha estado trabajando en Delezon de la misma manera que aquí —continuó Carcetas.

—¿Cómo sabe usted eso? —inquirió Serrats.

En lugar de contestar, el presidente alzó la mano para imponer mayor silencio aún.

—Pediré que les dirija la palabra un hombre que conoce la situación de Delezon mejor que nadie —dijo.

Hizo una nueva pausa.

—Les presento al general Fernández Vigo, dictador de Delezon.

EL general Vigo se dirigió desde la puerta a la tribuna.

La sorpresa que produjeron aquellas palabras, así como la inesperada aparición del general Vigo, crearon el mismo efecto que una electrocución en masa. Ojos y bocas se abrieron de par en par.

Algunas personas medio se levantaron de sus asientos. Sin embargo, era tan general la estupefacción, que no se dio el menor paso por detener a Vigo.

Este empezó a hablar en cuanto llegó a la plataforma.

—Tenemos un enemigo común —dijo, sin andarse con rodeos:— el Inca Gris.

Las palabras eran tan inesperadas, la simple presencia del jefe de las fuerzas enemigas tan sorprendente, que nadie dijo una palabra ni hizo el menor movimiento.

—Me hallo aquí para exigir una cosa, señores —prosiguió Vigo —. Exijo una tregua. Exijo algo más que eso: Exijo la paz. Y exijo la cooperación de ustedes. Hemos de unirnos y, juntos, aplastar la organización de ese misterioso monstruo que se llama a sí mismo Inca Gris.

Las palabras del general Vigo pesaron mucho en el ánimo de los que le escuchaban. Rechoncho, reflejando su feo rostro la firmeza, imponía respeto.

Hasta, el valor que suponía su presencia impresionaba.

—Esta guerra ha sido una horrible equivocación —siguió diciendo el dictador—. Vecinos pacíficos se han convertido en enemigos sanguinarios sin tener ellos la menor culpa. Les pido a ustedes, señores, que cooperen para aplastar al Inca Gris.

Paseó la mirada por el auditorio. La sorprendente osadía de su presencia les tenía a todos como paralizados: —No habrá la menor dificultad en cuanto a condiciones de paz se refiere— dijo —. Delezon nada exige. Por añadidura, contribuiremos a hacerles restitución a todo; aquellos que más hayan perdido en tan desgraciada lucha.

Era un discurso muy bonito. Estaba surtiendo sus efectos. Si el general Vigo decía unas cuantas palabras más por el estilo —ya las tenía preparadas para decirlas— bien hubiera podido ser que una votación en masa hubiese puesto fin a la guerra.

Pero el general Vigo no llegó a terminar su discurso.

Se oyó un forcejeo en la puerta y unos gritos agudos. Intentaba entrar un hombre, un hombre picado de viruelas y vestido de paisano. Los centinelas le habían cogido y le sujetaban.

Fue Don Kurrell, el concesionario de los pozos de petróleo, el primero en obrar. Saltó hacia el grupo.

El hombre que había entrado estaba diciendo algo. Le costaba trabajo hacerlo porque uno de los centinelas se esforzaba en taparle la boca.

Pero Don Kurrell comprendió lo que el hombre estaba intentando decir.

Kurrell dio media vuelta, alzó la voz hasta convertirla en penetrante grito, que llegó a todos los rincones de la sala.

—¡Les están haciendo víctima de una estratagema! —aulló—. El hombre que os habló primero no es el presidente Carcetas.

Todo el mundo oyó aquellas palabras. Su significado acalló el tumulto que se había iniciado.

Don Kurrell gritó:

—¡Examinen al hombre que parece ser el presidente Carcetas! ¡Descubrirán que su cabello no es blanco... lo tiene cubierto de polvos!

Ahora fue el Ministro de Guerra quien se movió. Se hallaba muy cerca del hombre a quien todos habían tomado por el presidente Carcetas.

Fue muy rápido.

Agarró el cabello blanco con una mano y la capa con la otra. EL resultado fue revelador. EL cabello, en efecto, parecía blanco a fuerza de polvos.

Y la capa al ser arrancada del hombre, dejó al descubierto no el demacrado cuerpo de Carcetas, sino el de un gigante de bronce, que poseía, evidentemente, enorme fuerza.

El hombre de bronce fue reconocido inmediatamente.

—¡Doc Savage! —gritaron, por todas partes.

CAPÍTULO XVI

HUIDA Y PERSECUCION

SE armó un tumulto imponente en la sala.

Doc Savage, sin intentar ya pasar por más tiempo por el presidente Carcetas, se volvió hacia el general Vigo.

—¡Dése prisa! —le dijo—. ¡Estamos metidos en un verdadero atolladero!

—¿A mí me lo dice? —exclamó Vigo—. ¡Como si no me hubiera dado cuenta yo de ello!

La gente se echó sobre ellos. Vigo sintió que le asían los brazos, pero descargó unos puñetazos a su alrededor, se desasió y retrocedió.

Doc iba a su lado. Lograron llegar a una ventana. Rompieron los cristales y arrancaron la persiana. Sonaron varios disparos detrás de ellos, cuando salieron por ella.

—¡Matad a Vigo! —aullaron voces detrás de ellos—. ¡Matad a Doc Savage! ¡Han intentado hacernos caer en una trampa!

—¡Buscar al presidente Carcetas! —gritaron otros.

Doc y el general corrieron. Otro hombre se reunió con ellos casi inmediatamente. Era Long Tom.

—¿Qué es lo que salió mal? —preguntó.

—Hay algo de misterio en eso —contestó Doc—. Se presentó alguien que sabía que yo me había disfrazado de Carcetas. El individuo tenía aspecto de ser uno de los hombres del Inca Gris. Le he visto por ahí en otras ocasiones.

Long Tom soltó un gruñido.

—Pero... ¿cómo pueden haberse enterado de lo del presidente? Nadie nos vio apoderarnos de él en su despacho y le dejamos atado y amordazado.

—Alguien debe haberle encontrado por casualidad.

Los tres corrieron por las estrechas calles. Torciendo a derecha y luego a izquierda. Doc se detuvo bruscamente.

—Long Tom, general Vigo —propuso—, vayan en busca del presidente Carcetas. Por lo menos entérense de si se ha desatado. Vuelvan a reunirse conmigo en el aeroplano.

—Bien —contestó Long Tom;— pero ¿qué piensas hacer?

No era costumbre de Doc Savage explicar sus planes; pero lo hizo ahora.

—Don Kurrell —dijo—, obró de una forma muy rara. Es más: se ha delatado a sí mismo.

—¿Quieres decir con eso que Don Kurrell es el Inca Gris?

Doc no respondió. Había desaparecido en la noche. El hombre de bronce se movió aprisa y con cautela. Subió a los tejados y viajó por ellos mientras pudo, por resultar eso menos peligroso.

Estaba volviendo hacia el lugar en que se había reunido la comisión ejecutiva.

Llegó al edificio. Reinaba gran excitación en la vecindad. Grupos furiosos se movían de un lado a otro, gritando. Doc vigiló.

—No vió ni rastro del Ministro de Guerra, de Ace Jackson, de Don Kurrell, ni del conde Hoffe.

Luego, unos cinco minutos más tarde, descubrió a Don Kurrell.

Estaba de pie en la orilla de la muchedumbre, poniéndose, como de costumbre, de puntillas, para parecer más alto. Era evidente que observaba todo lo que sucedía a su alrededor.

Al poco rato, Doc dio media vuelta, miró en torno suyo para asegurarse de que nadie le vigilaba, y se alejó. Se metió por una calle oscura, caminó muy aprisa, volviendo la cabeza con frecuencia para ver si alguien le seguía de cerca.

Era evidente que el hombre se dirigía a un lugar determinado y que tenía prisa por llegar a él.

Fue andando tan sólo mientras se halló dentro de la zona revuelta, donde existía la posibilidad de que los soldados dispararan contra cualquiera a quien viesen correr, sin preocuparse en averiguar de quién se trataba.

Una vez fuera de dicha zona, echó a correr. Llegó a las afueras de la ciudad sin que nadie le diera el alto.

Aun siguió corriendo por un sendero, primero; pero no tardó en

atajar cruzando un sembrado. Recorrió unas tres millas.

Su destino resultó ser un cobertizo enorme.

En aquel momento estaban saliendo unos aeroplanos de él. Eran tres, cerrados. Tenían alas plegables. Esto explica que tres de ellos pudieran caber en el cobertizo.

Don Kurrell corrió directamente hacia el grupo que rodeaba a los aviones.

Doc Savage hubo de acercarse, forzosamente, con extraordinaria cautela.

Antes de que llegara, las alas de los aviones habían quedado desplegadas y la mayoría de los pasajeros se hallaban a bordo. Dos de los motores se habían puesto en movimiento ya. Ahora empezó a funcionar un tercero.

Doc se puso en tensión. Durante un momento pareció a punto de correr hacia adelante.

Entonces un hombre tiró una bengala desde uno de los aparatos, con el evidente fin de proporcionar iluminación que le permitiera despegar sin peligro. La bengala ardió con una luz muy brillante.

Doc sería visto antes de que pudiera aproximarse a los aviones. Por consiguiente, permaneció donde se encontraba. Era lo único que podía hacer.

La luz iluminó al mismo tiempo el semblante de los pasajeros.

Algunos de ellos eran hombres de aspecto patibulario, secuaces del Inca Gris, a no dudar.

Otros, sin embargo, eran personas a quienes ni por un momento se hubiera soñado con poder encontrarlas allí.

El presidente Carcetas, Ace Jackson, el conde Hoffe y Don Kurrell ocupaban todos los asientos en el aparato.

Los aviones se pusieron en movimiento. Los pilotos no carecían de habilidad. Despegaron y se perdieron en la noche, volando hacia Delezon.

Long Tom y el general Vigo se hallaban al lado del aparato particular del dictador de Delezon en las afueras de Alcalá cuando Doc se reunió con ellos.

—No encontramos al presidente Carcetas —dijo Long Tom.

—Alguien debe haberle encontrado puesto en libertad —agregó Vigo.

Doc les contó lo que había visto.

—¿Que Ace Jackson iba con ellos? —exclamó Long Tom—. No puedo creerlo.

Vigo soltó una maldición en español.

—Conozco al conde Hoffe personalmente —gruñó—. Ese hombre vendía municiones a Delezon lo mismo que a Santa Amoza. Pero me cuesta mucho trabajo creer que esté trabajando con el Inca Gris.

—Y el presidente Carcetas —murmuró Long Tom—. No puedo comprenderlo…

—Este asunto toca a su desenlace —aseguró Doc—. Vamos. Tenemos muy poco tiempo que perder.

Se metieron en el aeroplano y Doc despegó. No encendió las luces instaladas en las puntas de las alas y la cola del aparato.

Voló sin luces, muy alto. De vez en cuando usaba el catalejo, intentando descubrir a los aeroplanos que iban delante.

El avión de Vigo era más rápido que los otros tres. Su motor era más grande y sus líneas más aerodinámicas.

—¿Crees que podremos alcanzarles? —preguntó Long Tom.

El hombre de bronce no respondió. La pregunta no parecía necesitar contestación.

Cuando llevaban volando un rato, el hombre de bronce extendió un brazo.

—Allí —dijo.

Long Tom hizo uso de los catalejos. Los empleó unos instantes, sacudiendo la cabeza al principio; pero acabó por moverla afirmativamente.

—Ya los veo —dijo—. Se dirigen a la selva.

Doc se alzó de su asiento e hizo una seña a Long Tom para que se hiciera cargo de los mandos.

—Síguelos —ordenó.

Long Tom se sentó en su lugar.

Doc se metió en la parte de atrás del avión. Abrió el estuche de metal que había sacado de entre los escombros del dirigible. Contenía el laboratorio portátil de Monk. Sacó del bolsillo el sobre impermeabilizado en que muchas horas antes metiera un poco del polvo gris que había hallado sobre la cara de las víctimas del Inca Gris.

Empezó a trabajar con el laboratorio portátil. Sus

manipulaciones fueron muy complejas. El general Vigo se acercó y se puso a contemplarle; pero no pudiendo comprender lo que hacía, acabó volviendo a su asiento para ayudar a Long Tom a no perder de vista a los otros aparatos.

Mucho rato después, Doc volvió a proa.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó Long Tom.

El hombre de bronce no pareció oírle. Tom no repitió la pregunta. Doc tenía la costumbre de volverse sordo de pronto cuando le hacían una pregunta que, por razones suyas, no deseaba contestar.

Siguieron volando.

—¡Mira! —exclamó Tom—. ¡Los tres aparatos están aterrizando!

Era cierto.

Doc Savage se hizo cargo de los mandos del avión. Cortó el motor e inició un largo y silencioso planeo hacia la selva.

Escogió un claro situado a cerca de tres millas del lugar en que habían aterrizado los otros tres aeroplanos y se acercó a él por la dirección opuesta al lugar en que habían descendido.

No era probable que le vieran. Tuvo buen cuidado de aterrizar con la menor cantidad de ruido posible.

Los tres se apearon.

—Y ahora... ¿qué? —inquirió Long Tom.

Vigo habló antes de que Doc tuviera tiempo de decir una palabra. Hasta aquel momento, había desempeñado el papel de un hombre valiente; pero había pasado una noche muy movida, tal vez la más movida da toda su existencia.

—Me vuelvo atrás, señores —dijo.

Doc le clavó la mirada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Déjenme ustedes volver a mi campamento. Necesitaremos ayuda para luchar contra el Inca Gris. Yo la traeré. Le aseguro que esta guerra acabará. Me ha hecho usted ver muchas cosas esta noche.

—No —dijo el hombre de bronce.

El general se enfureció. Su rostro se tornó aún más feo.

—¿Por qué quiere usted que les acompañe? —preguntó.

—Tal vez necesitemos su ayuda.

Echaron a andar o, mejor dicho, avanzaron arrastrándose.

Tenían luces, pero no era prudente usarlas.

No tardó Long Tom en ponerse a pensar en Monk y Ham.

—Estarán en apuros —murmuró,— aun cuando sólo estén perdidos.

CAPÍTULO XVII

EL POLVO GRIS

MONK y Ham se hallaban en aquellos instantes en una situación que de buena gana hubieran cambiado por las dificultades de hallarse perdidos en la selva.

Los dos yacían en el fondo de la fosa y los insectos empezaban a llegar.

Habían tardado mucho en hacerlo. Eso no era de extrañar y, evidentemente, los que les habían capturado habían esperado que así fuese.

La espera parecía formar parte del suplicio... la parte mental. El suplicio físico estaba empezando en aquellos instantes.

Monk se retorció con furia al sentir el primer picotazo. No estaba amordazado y comprendía perfectamente por qué. Los blancos —porque los indígenas no parecían muy entusiasmados— querían oír sus gritos de angustia.

Volvió a reinar gran excitación en el poblado. Gritaron varios hombres.

Sonaron órdenes. Figuras oscuras se movían de un lado para otro. Pero la oscuridad era muy grande en la selva, donde no penetraba la luz de la luna.

Monk oyó sonidos y, para alejar sus pensamientos de la situación en que se encontraba más que nada, habló de ellos.

—Algo está ocurriendo —dijo.

Ham estaba sufriendo también. No habían llegado muchas hormigas aún; pero se acercaban en una línea larga, que parecía una cuerda.

—Probablemente tendrán destacados centinelas por la selva —dijo;— tal vez los estén relevando.

Se equivocaba. Unos momentos más tarde quedó demostrado, al acercarse unos hombres a la fosa. Entre ellos se hallaba el jefe de los blancos. Les miró torvamente.

—Ha llegado aviso de que el Inca Gris quiere presenciar la muerte de ustedes —dijo.

—Es muy amable —gruñó Monk.

El hombre se echó a reír.

—Me parece que me quedaré aquí a verles sufrir un rato, señores. El mensajero que ha venido a decirnos que el Inca Gris se acerca, no ha dicho nada que les tratemos con consideración.

E hizo exactamente lo que había dicho. Se agazapó a la orilla de la fosa, empleando de vez en cuando una lámpara de bolsillo para observar el trabajo de las hormigas.

La lámpara producía un efecto extraño en los indígenas. Cada vez que aparecía el haz luminoso retrocedían, como si lo creyeran magia.

Esto divertía al blanco y se distrajo dirigiendo la luz hasta los propios indígenas, haciéndoles correr a refugiarse entre la maleza.

Sin embargo, cuando descubrió de pronto un minúsculo dardo envenenado clavado en las hojas a su lado, decidió abandonar su distracción.

Los tambores de la selva empezaron a sonar en la distancia. Los indígenas escucharon. Luego se reunieron en torno al hombre blanco y se pusieron a hablar, haciendo muecas feroces.

Monk y Ham comprendieron la mayor parte de lo que decían.

—El Inca Gris se acerca —parecía ser que decían los tambores.

Monk y Ham fueron desatados. Los sacaron de la fosa y les quitaron cuidadosamente las hormigas que llevaban encima, con ayuda de unas ramas.

Luego se les volvió a llevar al poblado. Les ataron los pies y manos y les tiraron al lado de la señorita Carcetas.

La joven les saludó como si no hubiera esperado volverles a ver con vida.

—El Inca. Gris en persona viene —le dijo Monk—. Escuche.

Oían ruidos de ramas rotas y de pasos. De pronto apareció en el claro una hilera de hombres. Habían encendido una pequeña hoguera delante de la cabaña, tal vez para alguna ceremonia.

Los recién llegados se dirigieron a ella.

Delante de todos caminaba una siniestra figura envuelta en una capa gris.

¡El Inca Gris en persona!

CAPÍTULO XVIII

LA SELVA

DOC Savage avanzaba lentamente por la selva siguiendo el rastro del Inca Gris. Esto no era culpa suya.

De haber ido solo hubiera podido hacerlo bastante aprisa y esquivar a los indígenas que pudieran andar por allí. Aun con Long Tom como compañero hubiesen podido ir bastante más aprisa.

La dificultad era el general Vigo. Muchos años hacía que el dictador de Delezon no se había visto obligado a hacer tan duro ejercicio.

El viajar a través de la selva exigía mucha resistencia. Doc y Long Tom tuvieren que detenerse repetidas veces para que Vigo recobrara el aliento.

Long Tom parecía preocupado.

—Yo me quedaré con Vigo, Doc —propuso—. Tú sigue adelante.

Doc movió negativamente la cabeza.

—Permaneceremos juntos —contestó. No explicó por qué. Había varios motivos para ello. Uno era que, si se quedaban solos, Vigo y Long Tom serían probablemente incapaces de seguir el rastro de los tripulantes de los tres aeroplanos.

El rastro era muy débil y muy difícil de seguir en la oscuridad. De haber sido de día, hubiera quedado muy simplificado el trabajo.

El general Vigo dijo en voz muy alta:

—Amigos, estoy pensando seriamente en decirles a los dos que se vayan al mismísimo demonio. Yo ya estoy harto de esto.

—No hable tan alto —ordenó Long Tom, furioso.

Pero la voz del general ya había hecho daño. Long Tom no oyó sonido alguno a su alrededor; pero de pronto sintió que Doc le asía del brazo y le empujaba silenciosamente hacia un lado.

El general Vigo al verse tratado de la misma manera, intentó protestar; pero una mano le tapó la boca y otra le sacudió con fuerza, para hacerle comprender la necesidad de guardar silencio.

Los tres hombres se detuvieron a unos metros del lugar en que se hallaban anteriormente. Aguardaron, escuchando.

Se oyó, por fin, un leve rumor entre las malezas. Unos cuantos metros más allá había un espacio abierto donde la luz de la luna se filtraba por entre las ramas.

Aparecieron dos indígenas, atravesando el lugar iluminado, silenciosamente.

Cada uno de ellos llevaba una cerbatana en la mano.

La mano metálica de Doc halló la persona de Long Tom en la oscuridad.

La mano le dio apretones cortos y prolongados, transmitiéndole un mensaje en Morse. El mago de la electricidad no articuló palabra; pero tocó la mano de Doc para darle a comprender que había entendido.

Los indígenas permanecieron en el claro, como si les gustara la luz de la luna más que la oscuridad de la selva. Se movieron de un lado para otro.

Evidentemente habían oído la voz de Vigo y sabían que había gente cerca.

Uno de ellos se detuvo junto a un árbol a muy pocos pasos de Doc y de sus compañeros. El otro siguió más allá.

Long Tom, hizo una mueca en la oscuridad. AL separarse, los indígenas habían complicado la cosa.

Porque cuando se cogiera a uno, tal vez tuviera tiempo el otro de dar la alarma. Doc tocó a Long Tom haciéndole una señal.

Obedeciendo la orden transmitida, Long Tom dio un salto y asió al indígena por detrás. Le llevó una mano a la garganta para impedir que gritase.

Long Tom se había movido aprisa; pero su velocidad resultaba movimiento lento comparada con la de Doc. Este corrió por la orilla del claro, manteniéndose en las sombras y cayó de pronto sobre el segundo indígena.

Este no tuvo tiempo de volverse ni de gritar. Los dedos de Doc le hicieron algo en la nuca y cayó dormido para rato.

Cuando volvió al lado de Long Tom, éste había logrado dejar ya

sin conocimiento a su prisionero.

EL general Vigo murmuró:

—Bueno; ahora no pueden dar la alarma...

Long Tom asió a Vigo por el cuello con las dos manos.

—Vuelva a abrir la boca y le retuerzo el pescuezo —exclamó.

Vigo se enfureció y pareció inminente una lucha; pero una palabra de Doc le hizo detenerse.

—Escuchen —dijo el hombre de bronce.

Escucharon. Se oía acercarse a otro grupo de indígenas.

Todo el ruido que hacían éstos cesó de pronto. La ansiedad de Long Tom aumentó. Vigo había depuesto su actitud y guardaba silencio, con la cabeza gacha. Los tres hombres se arrastraron por entre la maleza, buscando huir.

Los pájaros revoloteaban por la selva eso en sí ya decía mucho. Los indígenas se habían extendido y acordonado el lugar.

Doc, Long Tom y Vigo estaban completamente rodeados.

Sonó en la noche un grito singular. Fue repetido todo a su alrededor. Los indígenas se estaban haciendo señales unos a otros. El motivo de aquel ruido —que al principio era un misterio— no tardó en hacerse patente.

Se encendió una luz en la selva. Era una antorcha. Se encendieron otras, docenas de ellas.

No tardó en formarse una anilla de antorchas alrededor del lugar en que se ocultaban los tres hombres.

—Este es un mal asunto —murmuró el general Vigo.

Al frente de los indígenas iba el jefe que mandara el grupo que había capturado a Monk y a Ham. Dio órdenes rápidamente, hablando en el dialecto del idioma maya, que era la lengua de sus hombres.

—Les tenemos rodeados —dijo—. De eso no cabe la menor duda.

Unos guerreros, armados y preparados, se hallaban detrás de los portadores de antorchas. Había indígenas a centenares, los bastantes para aniquilar a un pequeño ejército. No obstante no hicieron el menor movimiento de avance.

Es más, no parecían ni pizca de sanguinarios.

Se oyó el ruido de un hombre que avanzaba, rápidamente, a través de la selva. Apareció otro indígena. Jadeaba.

—El Inca Gris manda a uno de sus hombres con el polvo de la muerte —dijo.

Ninguno de los indígenas pareció muy entusiasmado al oírlo. Aguardaron.

AL irse consumiendo las antorchas, encendían otras, manteniendo siempre el círculo iluminado.

Llegó un grupo nuevo. Un hombre se destacó de él y avanzó. Era un hombre blanco. No sabía hablar el idioma de los indígenas; pero éstos parecían conocer unas cuantas palabras de español y, con éstas y unos gestos, lograron entenderse.

El grupo del blanco había traído el polvo de la muerte. Deseaban hacer uso de él.

Algunas de las antorchas fueron extinguidas entonces. El círculo de indígenas empezó a ponerse en movimiento. Lenta y ansiosamente fue avanzando.

Unas sombras corrieron de árbol en árbol, de matorral en matorral, sombras de aspecto inocente, pero cada una de ellas era un hombrecillo armado con cerbatana y flechas envenenadas.

La luz de las antorchas esparcía un rojizo resplandor.

Fue el general Vigo el primero en quebrantarse bajo la tensión.

—¡Atrás, demonios! —les rugió—, a los indígenas.

Entonces hubo acción. Los hombres blancos se destacaron de los indígenas.

Corrieron hacia adelante. Llevaban en las manos extraños paquetes y no tardaron sus figuras en perderse en la oscuridad.

Nadie que hubiera estado vigilando en aquella ocasión hubiera sabido cómo se administraba la muerte con el polvo gris.

La siniestra operación se llevó a cabo en la oscuridad y en el silencio turbado tan sólo por algún que otro gruñido.

Después de unos momentos, los blancos se retiraron.

—Todo ha terminado —dijo uno de ellos.

Los indígenas parecían tenerle un miedo sobrenatural a aquel polvillo gris.

Retrocedieron y escucharon. Pero no se oía movimiento alguno, ni sonido en el centro del corro que habían formado. Encendieron más antorchas, y gritando se arrimaron unos a otros. Luego avanzaron.

La luz de sus antorchas no tardó en brillar sobre tres cuerpos

tendidos. Los indígenas lanzaban exclamaciones guturales.

No eran sonidos muy agradables y, desde luego, no expresaban triunfo alguno al ver aquellos tres cuerpos inertes.

El jefe hizo una señal a sus hombres y gritó una orden. Todos procuraron no acercarse a los cuerpos. Los miraron con curiosidad.

Uno de ellos era un gigante de color de bronce. EL segundo era pálido, pequeño, nada llamativo. El tercero era feo y fuerte y vestía el uniforme del ejército de Delezon, sin insignia.

Pero no eran las figuras en sí lo que les llamaba la atención.

Todos ellos tenían cubierto el rostro de un polvillo gris muy fino que daba a sus cuerpos inmóviles un aspecto horrible. Era evidente que hasta los indígenas experimentaban una extraña sensación de terror, porque retrocedieron, mirándose unos a otros con inquietud.

—La muerte del polvillo gris —murmuró uno de ellos.

—El Inca Gris —dijo otro—, ha causado más víctimas. En verdad el Inca Gris no le tiene respeto alguno a la vida.

Como de común acuerdo, todos los indígenas retrocedieron, con la cabeza baja.

—Los tres Hombres blancos han muerto —dijeron—. Más vale que volvamos al poblado.

CAPÍTULO XIX

EL INCA GRIS

LOS indígenas no habían dejado ningún centinela. De haberlo hecho y de haber andado éstos con ojo avizor, hubiesen visto algo que, sin duda alguna, les hubiera sorprendido enormemente.

Doc Savage alzó la cabeza como para escuchar con mayor atención y luego se puso en pie.

—Se han marchado —dijo.

El general Vigo se levantó. Parecía un loco cuando sacó el pañuelo y se frotó con furia el rostro para quitarse el polvillo gris.

Long Tom también parecía inquieto.

—¿Estás seguro de que el polvo éste no acabará con nosotros después de todo, Doc? —inquirió.

—Lo más probable es que no. Hubiese surtido efecto antes de ahora.

Long Tom empezó a preguntar:

—¿Qué es este polvillo gris exactamente y cuál...?

—Es hora de que nos pongamos en marcha —le interrumpió Doc.

El hombre de bronce se echó a andar por la selva, siguiendo a los indígenas que habían regresado a sus campamentos.

El camino era duro y hacía calor, porque la noche no parecía haber refrescado la selva.

Doc y sus compañeros, sin embargo, avanzaron relativamente aprisa. Se hallaban muy cerca de los indígenas y de los blancos, cuando éstos entraron en el poblado.

Se habían encendido más hogueras allí. Estas suministraban bastante luz.

De la oscuridad próxima a una de las cabañas, un hombre

avanzó hacia los recién llegados. Llevaba una especie de túnica gris que deformaba su figura.

Tenía una capucha con una especie de máscara que casi le ocultaba las facciones por completo.

—¡EL Inca Gris!

—¿Qué tenéis que comunicar? —preguntó en español.

Uno de los blancos que habían ido a la selva contestó en el mismo idioma.

—Había tres —dijo—. Los matamos a todos.

—¿Quiénes eran?

—Doc Savage, su ayudante Long Tom y el general Vigo.

Era evidente que el Inca Gris estaba asombradísimo, aun cuando no se le veían las facciones. Los pliegues de la túnica se estremecían, como si el que la llevaba estuviese temblando.

—¿Dónde están sus cadáveres? —preguntó.

—Los dejamos donde cayeron.

—¡Imbéciles! ¡Debisteis haberlo traído! No creeré que el hombre de bronce está muerto hasta que vea su cuerpo despedazado ante mis ojos.

El blanco que había hablado, se movió inquieto.

—La muerte gris —murmuró—, les cubría por completo. Teníamos miedo de tocarlos.

El Inca Gris estaba aullando de furia ya.

—¡Podías haber construido literas o parihuelas! ¡Debías haberlos traído! ¡Volved a buscarlos!

La misteriosa figura reventaba de ira. Soltaba maldiciones en el dialecto maya, en español y en inglés. Era un verdadero políglota.

Los indígenas se estremecieron de miedo, no menos que los secuaces blancos del Inca Gris.

Retrocedieron, llenos de ansiedad, disponiéndose a marchar en busca de los cadáveres de sus tres víctimas.

—¡Aguardad! —ordenó el Inca.

Ordenó a los hombres que se acercaran. Se habló en voz tan baja que no se oyó lo que se decía a pocos metros de distancia.

Doc Savage, Long Tom y el general Vigo escondidos entre la maleza, no lograron oír lo que se decía. Aguzaron el oído; pero todo fue inútil.

Los indígenas se marcharon junto con sus compañeros blancos.

Todos parecían tener muchos deseos de ir en busca de los cadáveres de los tres hombres.

Escondidos a la orilla del poblado, Doc vió cómo se alejaban las voces de los indígenas que —se oían claramente en la noche. Estaban asustados. La rabia del extraño ser gris, que era su amo, parecía paralizarles de horror.

Doc se puso silenciosamente en pie. Long Tom y Vigo le imitaron.

—Procuremos llegar a las cabañas —susurró Doc.

Empezaron a moverse. Era avanzada la noche y la luna estaba próxima a ponerse. Su desaparición sería seguida de una oscuridad profunda y complicaría enormemente todo intento de moverse sin hacer ruido.

Llegaron a la primera de las cabañas sin haber hecho ruido alguno. Junto a una de las hogueras había un pequeño grupo de indígenas.

Estos se hallaban sentados o tendidos en el suelo en su mayoría, cansados, al parecer, de tanto trajinar aquella noche.

Doc llegó a la más grande de las cabañas. Las sombras eran increíblemente oscuras. Apenas se podía ver el interior de la cabaña. Doc se irguió con la intención de registrarlo.

Se oyó una brusca exclamación detrás de él. Era el general Vigo. El dictador gritó, horrorizado. Se oyó el ruido de los puñetazos que estaba descargando, acompañados de una especie de chirrido de ira.

Long Tom llevaba cerillas en el bolsillo. Encendió una de ellas. No había necesidad de andar ya con cautela. El ruido había alarmado a los indígenas.

EL general Vigo estaba luchando con un mono. Este debía de habérsele acercado silenciosamente, dándole un susto.

—¡Química! —gritó una voz desde el interior de la cabaña.

Era Ham. Doc le quitó unas cerillas de la mano a Long Tom y entró en la cabaña. Encendió una.

El suelo estaba cubierto de cuerpos humanos atados. Monk y Ham estaban allí. La señorita Carcetas y su padre, el presidente de Santa Amoza. También se hallaban allí Junio Serrats, el conde Hoffe y Ace Jackson.

Sólo faltaba Don Kurrell. Doc empezó a tirar de las ligaduras. Estas eran de una cuerda muy fuerte hecha por los indígenas, de

fibra.

A pesar de ser tan fuertes, se partieron entre los dedos del hombre de bronce como si hubieran estado podridas. Monk se puso en pie.

—Tienen a Habeas Corpus atado debajo de la otra cabaña —gruñó.

Y saltó fuera.

Los indígenas se habían apartado de las hogueras. Habían desaparecido con sus cerbatanas y flechas envenenadas.

Monk volvió de la cabaña vecina llevando a Habeas agarrado por una oreja.

Se oyó un leve chasquido.

—Dardos envenenados —exclamó Doc—. Arrancad la techumbre de la cabaña. Empleadla como escudo mientras nos vamos internando en la selva.

El hombre de bronce había desatado a todos los prisioneros ya. Empezaron a arrancar el techo, con la intención de usarlo tal como había propuesto Doc.

Long Tom expresó el convencimiento que había llegado a adquirir.

—Don Kurrell falta —dijo—. Eso significa que él es el Inca Gris.

—Pero… ¿qué motivos puede tener? —exclamó Anita Carcetas.

—¡Vamos! —gritó el general Vigo—. ¡Dense prisa, amigos! ¡Es preciso que huyamos de aquí!

De pronto ocurrió un desastre. Les alcanzó tan inesperadamente, que la sorpresa les paralizó. Todo alrededor del claro empezaron a sonar fusiles.

Las balas atravesaron la techumbre, obligándoles a tenderse en el suelo.

Empezaron a llover dardos envenenados. Parecía haber centenares de enemigos alrededor del claro.

—¡El Inca Gris! —estalló Long Tom:— No fue en busca de nuestros cadáveres. Tenía demasiada inteligencia para eso. Se imaginó que pudiéramos habernos fingido muertos y venido aquí, conque colocó a sus hombres en sitios estratégicos… Nos preparó una trampa.

—No os alcéis —dijo Doc—. Conservad la techumbre encima de vosotros. Los dardos envenenados no pueden penetrarlo.

El conde Hoffe aulló:
—¡Estamos acorralados! ¡Nos matarán!
—No necesitamos que nadie nos diga eso, hermano —gruñó Monk.
—¡Cállense! —ordenó Doc.
Todos guardaron silencio.
El hombre de bronce empezó a hablar. Salieron de sus labios palabras guturales.
No hablaba en español ni en inglés, sino en el idioma de la antigua Maya, el idioma puro y sin mezcla de la raza que en otros tiempos fue la más poderosa del mundo occidental.
Estaba recitando un canto, una especie de bendición. Siglos antes aquellas mismas palabras habían sido usadas por los monarcas de Maya, para dirigirse a sus súbditos.
Las palabras pertenecían al Kulca, la lengua prohibida, la lengua que sólo podía ser hablada por monarcas y sacerdotes.
EL cántico surtió un efecto sorprendente.
Los indígenas habían estado gritando, bramando sus alaridos de guerra.
Ahora guardaron silencio, un silencio ominoso.
EL general Vigo preguntó:
—¿Qué es eso?...
—Cállese —le ordenó Monk—. Quizá no lo supiera usted; pero Doc fue en otros tiempos un personaje de importancia entre los mayas y fue consagrado hijo de Kukulcan, La Serpiente con plumas o algo así. Estos indígenas son mayas, aun cuando hayan degenerado mucho. Escuche.
Doc Savage terminó su cántico. Empezó a hablar en maya puro.
—Habéis sido usados como indignos instrumentos, ¡OH hombres de Maya! Os habéis dejado usar por ése que se dice Inca Gris, pero que no es Inca, sino un vulgar asesino. Sin duda os habrá, ofrecido recompensas a cambio de vuestra ayuda; pero, ¿han dado al mundo los hombres de la antigua Maya descendientes tan débiles que tengan que ayudar a gente semejante a este Inca Gris? ¿Sois perros para que luchéis en la esperanza de que se os eche un hueso?
El hombre de bronce calló y ahora le tocó hablar a los indígenas. Se gritaron unos a otros excitados al principio, luego con ira.
El tono de su voz era ya lo bastante expresivo para deducir lo

que decían.

Estaban hartos ya del Inca Gris. Estaban hartos de él ya antes de aquel último incidente.

Se oyó un grito ahogado en la orilla del claro. La figura encapuchada apareció, corriendo como un loco.

—¡El Inca Gris! —aulló Long Tom.

—¡Rayos! —exclamó Monk—. ¡Corre hacia nosotros!

Llegó la figura. Se quitó la capucha de la, cabeza. Era Don Kurrell. Aulló:

—¡Yo no soy el Inca Gris! Pero he sido un idiota con ayudarle.

Don Kurrell se detuvo. Su rostro tenía una expresión horrible al resplandor de la hoguera que ardía al otro lado del claro.

—Se me prometieron concesiones petrolíferas para la compañía que yo represento, si ayudaba al Inca Gris.! Yo no soy más que un pez chico!

El general Vigo se puso en pie y bramó:

—¡Sus embustes no le salvarán! ¡Haré yo mismo justicia!

Arrancó uno de los dardos envenenados de la techumbre. Dio un salto con el dardo en la mano. Su punta envenenada se clavó en el cuello de Kurrell.

Este dio un grito e intentó correr. Pero sólo pudo dar unos cuantos pasos antes de caer.

No se prestó mucha atención a la muerte de Don Kurrell. Estaban ocurriendo otras cosas.

Doc se abalanzó hacia el general Vigo. Este retrocedió.

—¡Es Vigo! —dijo el hombre de bronce—. ¡Vigo es el Inca Gris!

Se había armado un enorme tumulto a la orilla del claro. Los descendientes de los antiguos mayas se habían vuelto contra los secuaces blancos del Inca Gris. Luchaban a muerte.

El general Vigo huyó corriendo como un loco. Tenía unos metros de delantera, lo que explica que el hombre de bronce no le alcanzara inmediatamente.

Demostró conocer perfectamente las cabañas. Se metió en una de ellas, desapareciendo entre las sombras. Doc le siguió.

Hubo silencio durante unos instantes después de haber desaparecido las dos figuras, silencio que a los que se hallaban en el claro les pareció que se prolongaba indefinidamente, a pesar del jaleo de lucha que se oía en la selva, todo a su alrededor.

De pronto sonó un grito. Era largo y prolongado, un grito de intenso horror.

Aquel grito casi debía de haberle arrancado las cuerdas vocales a quien lo lanzara.

Monk emitió un aullido y corrió hacia la cabaña. Ham se acercó a la hoguera y cogió unas teas encendidas, para ver. Se acercó con ellas a la estructura.

Dentro de la cabaña, Doc Savage se hallaba de pie.

EL general Vigo estaba caído, evidentemente muerto.

Un polvo gris —el polvo que era el arma esencial del Inca— cubría las facciones del general Vigo y las de Doc Savage también. El hombre de bronce salió de la cabaña.

—No os acerquéis —dijo.

Y empezó a quitarse el polvo de la cara.

Monk tragó un nudo que se le había hecho en la garganta y preguntó:

—Pero… ¿Cómo es que no te mató ese polvo?

—El polvo gris —contestó Doc,— no es polvo ni mucho menos. Se trata de un minúsculo parásito venenoso… un parásito que se encuentra en ciertas partes de esta selva. Los insectos son de tamaño casi microscópico. En realidad, no muerden: pican. Y, cosa rara, después de picar mueren.

—Pero a ti no te mataron —insistió Monk.

—Sólo gracias a un anestésico que preparé en el aeroplano cuando veníamos hacia, aquí —explicó Doc—. Me apliqué gran cantidad de la mezcla a la piel un poco antes de entrar en el claro, con precaución, por si alguien intentaba usar el polvo gris. Lo usamos en la selva cuando nos vimos acorralados; pero al general Vigo se le habían pasado ya los efectos de aquella aplicación. Además, el polvo gris que utilizaron allí era una imitación, y Vigo lo sabía. Conque no hubiera tenido él miedo, aunque la mezcla no hubiese servido de nada.

—Pero… ¿por qué desempeñaba Vigo el papel de Inca Gris? —inquirió Long Tom—. Estaba haciendo tropelías en su propio país, además de en Santa Amoza.

—No; recordaréis que no hemos visto prueba alguna de que el Inca Gris hubiese hecho cosa alguna contra Delezon. Sólo lo sabíamos porque nos lo había dicho el general Vigo, quien, ni qué

decir, era un embustero.

El presidente Carcetas dijo, explosivamente:

—Así, que lo que Vigo pretendía...

—Era deshacer la república de Santa Amoza —contestó Doc—. Quería dominar los dos países. Era un caso de avaricia unida a una mente diabólicamente ingeniosa.

Aun se oía ruido de lucha en los alrededores del claro; pero no tanto como antes. Fue disminuyendo rápidamente. Por último, pareció haberlo tan sólo en un lugar: un hombre que aun existía.

Este intentó huir por la selva. Los sonidos les contaron lo ocurrido tan claramente como si lo hubieran estado presenciando. Los indígenas le persiguieron. Se oyó un solo grito. Luego silencio.

Ace Jackson y Anita Carcetas se habían apartado un poco. Estaban abrazados.

Los indígenas empezaron a salir de la selva lentamente, con la mirada baja, como si hubieran hecho algo que lamentaran. Su actitud era claramente amistosa.

El presidente Carcetas los miró y dijo:

—La guerra terminará ahora, naturalmente. El general Vigo era el hombre de hierro de Delezon. Nadie puede substituirle. En las condiciones de paz yo me encargaré de que no se olvide a estos hombrecillos descendientes de los mayas, por el servicio que han hecho esta noche.

El presidente Carcetas cumplió su palabra. Como él había esperado, Delezon se desmoralizó por completo al conocer la muerte de Vigo.

Se acordaron condiciones de paz sin dificultad y en ellas figuraba la concesión de un amplio trazo del territorio más rico de Delezon a los descendientes de los antiguos mayas.

Los indígenas quedaron satisfechos. Era aquello lo que siempre habían querido conseguir.

Doc Savage y sus ayudantes hicieron poca cosa, salvo obrar como consejeros al ser firmada la paz.

El día antes de su marcha, ocurrió algo que emocionó, profunda y dolorosamente, a Monk.

Se presentó el jefe de los indígenas. Le acompañaba el mono sagrado Química.

El maya pronunció un largo y complicado discurso que, en

conjunto, significaba que Química le iba a ser ofrecido a Ham como regalo.

¿Quería aceptarlo? —preguntaba el jefe.

—¿Que sí lo acepto? —exclamó Ham, sonriendo expansivamente —. Química valdrá su peso en oro aunque no haga otra cosa más que alejar a Habeas Corpus de mi lado.

Monk contempló boquiabierto la ceremonia de la entrega del regalo.

El gemido que soltó, probablemente turbaría el reposo de los cóndores anidados en los Andes.

FIN

Título original: *Dust Of Death*